

Revolución socialista y guerra civil (1936-1939)

Los socialistas en el gobierno, en la guerra y en la revolución

Balance de una ruptura

Carlos Ramírez

Índice

- **Introducción**
- **El Gobierno republicano-socialista (1931-1933). Esperanzas y desencuentros**
- **La radicalización socialista**
- **Giro a la izquierda en las Juventudes Socialistas**
- **Octubre del 34, un punto de inflexión**
- **De la bolchevización a la estalinización**
- **La lucha interna en el PSOE**
- **El enfrentamiento se intensifica**
- **Victoria del Frente Popular.**
- **Golpe militar del 18 de julio. Las masas responden con la revolución**
- **Largo Caballero, presidente del Gobierno de la República**
- **La batalla en el PSOE entra en su fase definitiva**
- **Caída del Gobierno de Largo Caballero**
- **Ofensiva contra Caballero en el Partido Socialista**
- **Aumentan las críticas en la JSU**
- **El último combate de Largo Caballero por el control de la UGT**
- **La revolución se defiende en el campo: La FNTT planta cara al PCE**
- **Largo Caballero es silenciado**
- **El eclipse político de Indalecio Prieto**
- **La dirección del PSOE se pliega a Negrín**
- **La República se derrumba**
- **Epílogo**

Introducción

De 1931 a 1939, el movimiento socialista —PSOE, JJSS y UGT— experimentó la lucha interna más aguda de toda su historia. Una auténtica guerra en la que los socialistas se enfrentaron entre ellos de forma abierta, descarnada y brutal. Es inútil centrar el estudio de estos acontecimientos en las reales, o supuestas, incompatibilidades personales entre uno u otro dirigente. El terremoto de la lucha de clases y la revolución fue lo que quebró de arriba abajo el equilibrio interno y la estabilidad del Partido, el Sindicato y las Juventudes.

En definitiva, fue la entrada en política de millones de trabajadores, campesinos, jornaleros pobres; de millones de desheredados que, después de décadas de opresión, humillación y miseria, decidieron participar directamente en la construcción de su propio futuro y buscaron en sus organizaciones tradicionales el instrumento para ello.

No era la primera vez que el movimiento socialista se enfrentaba a torbellinos internos de gran calado. El efecto eléctrico que tuvo la revolución rusa de octubre de 1917 en la clase obrera europea, se expresó en las organizaciones obreras de todas las tendencias, siendo especialmente importante en aquellas que formaban parte de la segunda internacional. El PSOE, la UGT y las JJSS no fueron una excepción y la lucha interna fue cruenta. Una de las consecuencias más importantes de esta batalla, y desde luego la de más calado histórico, fue la escisión que provocó el surgimiento del Partido Comunista de España en 1920.

Pero el enconamiento de la lucha de clases durante la década de los años treinta del siglo XX en toda Europa en general, y en el Estado español en particular, y la profundidad del proceso revolucionario que se abrió a partir del 14 de abril de 1931 con la proclamación de la Segunda República, sometió a los socialistas al empuje de unas fuerzas contradictorias de una intensidad nunca experimentada.

Millones de obreros y jornaleros y con ellos las masas socialistas, necesitaban y exigían soluciones; medidas decisivas que mejoraran realmente y de forma clara sus condiciones de vida y trabajo, y el futuro de sus familias, con la particularidad de que no estaban dispuestas a esperar pasivas a que los “profesionales de la política” tuvieran a bien hacerlas realidad.

Los oprimidos del campo y la ciudad, cientos de miles de ellos con el carné del PSOE, de la UGT o las JJSS, se manifestaban en las calles, ocupaban fábricas y latifundios, se enfrentaban con armas o las manos desnudas a la guardia civil, los guardias de asalto o los matones de la patronal. Pero también acudían a las casas del pueblo y a los locales sindicales a exigirles a sus organizaciones que encabezaran la lucha, la organizaran, la dotaran de un programa revolucionario y lo llevaran a la práctica.

Esta inmensa presión surgida de las fábricas y los campos, encontraba su opuesto en la surgida de los despachos de los banqueros y grandes capitalistas, de las casas señoriales de los grandes terratenientes, de los estados mayores del ejército y de las embajadas extranjeras que velaban por los intereses de sus propias multinacionales.

La irrupción de las masas y la presión que ello suponía, por un lado, y los movimientos de los capitalistas por otro, constituyeron las fuerzas contradictorias que desarbolaron la rutina burocrática que presidía la vida interna de las organizaciones socialistas y provocó una rápida y traumática reorganización dentro de ellas.

Hubo sectores de la dirección de las distintas organizaciones socialistas que giraron a la izquierda, en muchos casos bruscamente. También, los dirigentes socialistas con conexiones más claras con la burguesía y los republicanos, los sectores de los distintos aparatos más irremediabilmente osificados por la práctica reformista, reaccionaron con una profunda y visceral hostilidad a la radicalización de las masas de obreros urbanos y del campo, y al giro revolucionario que muchos preconizaban dentro del socialismo español.

El sector más derechista, el tradicionalmente identificado como “reformista”, cuyo dirigente más destacado era Julián Besteiro, fue triturado por los acontecimientos, agrupándose sus restos en la llamada corriente “centrista”, capitaneada por Indalecio Prieto. Esta fue la que asumió dentro del socialismo español la defensa más consecuente de los postulados clásicos socialdemócratas, de colaboración con la burguesía, de defensa del capitalismo y la democracia burguesa, frente a lo que consideraban veleidades izquierdistas irresponsables del sector capitaneado por el veterano dirigente Largo Caballero, y las JJSS.

Arrastrados por el torbellino revolucionario, casi de la noche a la mañana, dirigentes que hasta ayer se caracterizaron por aplicar y defender una política reformista sin cuestionarla, aparecieron como los máximos defensores de cambios radicales de forma inmediata. Los que hasta hacía bien poco consideraban los instrumentos legales del Estado burgués como los únicos “realistas” para conseguir avances, mejoras y sacar al país del atraso secular en el que se encontraba, escribían artículos en la prensa socialista, concedían entrevistas y daban discursos por todo el estado, explicando la incapacidad de la democracia burguesa para solucionar los problemas de la mayoría, concluyendo que la única alternativa era la revolución socialista y exhortando a las masas a prepararse para imponer la dictadura del proletariado.

Muchos de estos nuevos revolucionarios probablemente solo utilizaban este lenguaje para conectar con el sentir de las masas en general, y la militancia socialista en particular, con el objetivo de mantener su prestigio, su influencia y su estatus dentro del partido, el sindicato o las juventudes. También es probable que otro sector de estos dirigentes que giraron a la izquierda, lo hicieran de forma honesta. Que desencantados por la falta de resultados tangibles de la gestión del gobierno de coalición republicano-socialista de 1931 a 1933, y el desgaste y desprestigio que supuso para los socialistas, buscaran en el socialismo revolucionario, en el marxismo, el camino para salvar al partido del naufragio político, solucionar de una vez por todas los problemas de las masas y quebrar la resistencia de las parásitas clases dominantes españolas, arrancándoles el poder y los privilegios que tanto empeño ponían en conservar.

Aunque el debate sobre la honestidad (o la actitud maniobrera) de los dirigentes socialistas que se encuadraron en la izquierda socialista en esos tumultuosos años no consideramos que sea el punto central, colocar esta cuestión en su justa medida si es importante. El hecho de que toda una serie de revolucionarios de la época,

fundamentalmente los componentes de la Izquierda Comunista Española (ICE) identificados con la Corriente de Oposición de Izquierda Internacional dirigida por el revolucionario ruso León Trotsky, consideraran este giro como un montaje oportunista de la “burocracia socialista” despreciándolo (en contra de la opinión de Trotsky), fue precisamente una de las claves para que el potencial revolucionario de esta corriente colapsara, contribuyendo decisivamente a crear las condiciones para la derrota de la revolución. Por su importancia, trataremos ampliamente este asunto en el presente trabajo.

La explicación fundamental para entender el repentino izquierdismo de muchos dirigentes socialistas se encuentra en que, este giro, reflejaba el profundo proceso revolucionario que se estaba viviendo en el Estado español. Además, en ese contexto de radicalización de las masas, este nuevo “rumbo” de los dirigentes izquierdistas generó entre la clase obrera y las propias organizaciones socialistas una dinámica que se retroalimentaba, fortaleciendo la corriente que empujaba a ambos cada vez más a la izquierda. Los discursos izquierdistas sacudían profundamente la conciencia de las masas. Para ellas estas palabras, estas nuevas consignas, traducían, daban forma tangible a lo que su instinto político, recién despertado, consideraba que era el camino a seguir. De esta forma las declaraciones de estos dirigentes tenían el efecto de radicalizar más a los trabajadores obligando a estos líderes a dar nuevos pasos a la izquierda.

Lamentablemente, como veremos más adelante, las soflamas incendiarias con las que muchos dirigentes socialistas llenaban las páginas de la prensa obrera, en la mayoría de los casos y sobre todo en los momentos decisivos, eran contradichas por la política realmente aplicada. Los hechos y las acciones de estos dirigentes negaban lo que sus palabras proclamaban y defendían. Las masas buscaban el programa de la revolución socialista, lo que impulsaba u obligaba a muchos dirigentes socialistas a defenderla en palabras aunque sin aplicar realmente la táctica ni la estrategia para conseguirla, ya fuera por falta de claridad política o por que no tuvieran realmente intención de luchar por acabar con el capitalismo.

En este sentido es necesario destacar, y lo haremos detenidamente a lo largo de las páginas siguientes, que en un contexto de efervescencia interna, con el aparato del Partido, la UGT y las JJSS (aunque en estas el izquierdismo era prácticamente unánime), dividido, y con un control muy precario por parte de la dirección, estaban las condiciones dadas para que una corriente genuinamente marxista, revolucionaria, bolchevique, trabajando en su seno de forma organizada, firme y paciente, se hubiera podido desarrollar, hubiera desenmascarado ante la militancia socialista, y ante las masas en general, a esos dirigentes deshonestos y ganado a los honestos. De esta manera se hubiera podido fecundar a la izquierda socialista con el programa del auténtico socialismo y con la táctica y la estrategia adecuada para hacerlo realidad.

Esto no se produjo. Como ya hemos referido, los dirigentes de la ICE, con Andreu Nin a la cabeza, quienes en teoría eran los cuadros marxistas mejor preparados y contaban, sobre el papel, con el programa, la táctica y la estrategia más clara y adecuada a las necesidades del momento, y además gozaban de un enorme prestigio entre la masa socialista, sobre todo entre las de las JJSS, adoptaron una posición arrogante y sectaria desoyendo y despreciando los numerosos llamamientos de los dirigentes de los jóvenes socialistas para que entraran en las juventudes y contribuyeran a la tarea de

“bolchevizarlas”. Esta actitud de la ICE fue una de las claves para el posterior desarrollo de los acontecimientos.

Sin una corriente genuinamente marxista dentro del movimiento socialista, la izquierda socialista siguió manteniendo una gran inconsistencia política, teórica y práctica, lo que facilitó que el ala derechista del Partido y del Sindicato acabara imponiéndose en la cruenta lucha que se produjo por controlarlos. Los “prietistas”, apoyándose en estas incoherencias, y en la experiencia adquirida en cuanto a maniobras dentro del aparato se refiere, consiguieron neutralizar y dispersar a la izquierda. Para reforzar su posición no dudaron en apoyarse en el resto de los partidos del Frente Popular y en el Gobierno republicano; todos estos tenían un objetivo común: acabar con las conquistas revolucionarias del 19 de julio de 1936 y, para lograrlo, coincidían en la necesidad de eliminar a la izquierda caballerista.

La incapacidad de Caballero y sus seguidores para plasmar en medidas concretas su discurso revolucionario, dejó el camino libre para que fuera el estalinismo el que capitalizara la radicalización de las JJSS. La aureola del Octubre ruso, y los errores sectarios de la ICE, entre otros factores, contribuyeron de forma decisiva para que el PCE acabara convirtiéndose en un polo de atracción irresistible para muchos jóvenes socialistas. Sobre el papel fue la Unión de Juventudes Comunistas la que entró en las JJSS para formar la Juventud Socialista Unificada (JSU) en abril de 1936, pero en la práctica fue el estalinismo el que consiguió el control de la dirección de la nueva organización, aunque como veremos, la lucha interna dentro de la JSU no cesó ni un instante.

El estallido de la guerra civil, sometió al movimiento socialista y a sus distintas corrientes a la máxima presión. Fueron momentos decisivos en los que las fortalezas y debilidades de cada una de ellas se mostraron sin posibilidad de disimulo.

Una vez producida la sublevación militar, la izquierda socialista seguía hablando de dictadura del proletariado y de culminar la revolución socialista, mientras encabezaba el gobierno que dio los primeros y decisivos pasos para reconstruir las instituciones burguesas quebradas por la acción de las masas el día después del alzamiento fascista. Aunque defendían la revolución socialista en los mítines, tomaban medidas para estrangularla desde el Gobierno.

Por su parte, los reformistas y centristas, eran mucho más consecuentes a la hora de aplicar en la práctica lo que defendían en la teoría. Para ellos era vital reconstruir el Estado burgués y restaurar el orden republicano en la zona leal; luchaban denodadamente para que la República se mantuviera dentro del marco del capitalismo, y se basaban para ello en el apoyo de la pequeña burguesía (pequeños propietarios del campo y la ciudad, etc.); querían garantizar que las democracias occidentales tuviesen la certeza de que las masas luchaban en España por la democracia burguesa y no por la revolución, confiando en que de esta forma ayudarían a la acosada República española. Pero esta posición, como la experiencia demostró, era una ilusión con efectos prácticos profundamente contrarrevolucionarios ya que las llamadas democracias occidentales, con Francia y Gran Bretaña a la cabeza, que no eran más que regímenes capitalistas acosados a su vez por un intenso auge de la lucha de clases, tenían más una victoria revolucionaria y los efectos de contagio que pudiera tener entre sus propios trabajadores, que el triunfo de Franco.

En la derecha del PSOE había una coincidencia total entre lo que decían y lo que hacían. Presionaban para acabar con los comités obreros surgidos después del 19 de julio, actuaban audazmente para desarmar al proletariado y para frenar primero y liquidar después las colectivizaciones. Utilizaron con decisión las responsabilidades de gobierno que asumieron, y desarrollaron una ofensiva implacable contra las posiciones de la izquierda socialista dentro de la UGT y el PSOE, buscando y encontrando para estas tareas el apoyo y colaboración de los dirigentes estalinistas del PCE y JSU, que defendían la misma política que los centristas y reformistas todavía con más ahínco y firmeza.

Con estas premisas la izquierda socialista fue arrollada y la mayoría de sus dirigentes inhabilitados políticamente, empezando por el propio Largo Caballero al que, después del mitin en el cine Pardiñas en octubre de 1937, se le impidió volver a hablar en público a punta de bayoneta. La izquierda contaba con la simpatía de la mayoría de la clase obrera revolucionaria, pero los trabajadores se encontraban huérfanos de dirección y de orientación política, algo imprescindible para frenar los envites de la contrarrevolución.

El naufragio político de la izquierda caballerista, el nefasto papel jugado también por los dirigentes anarquistas (que es necesario citar aunque no sea el tema de este trabajo) y la firme defensa del carácter burgués de la República realizada por prietistas y estalinistas, sentaron las bases para la terrible derrota.

Muy numerosos han sido los artículos, manifiestos y folletos originales con los que hemos trabajado para la elaboración del presente libro. Por su interés histórico además de, cómo es lógico, para verificar los hechos y reforzar las conclusiones políticas que extraemos y que expondremos a lo largo de estas páginas, tenemos la intención de citar profusamente extractos de estos materiales, al mismo tiempo que dedicaremos una parte sustancial de este volumen a la reproducción completa o muy extensa estos documentos. Los que participaron en primera línea en la lucha revolucionaria y en la batalla interna dentro del movimiento socialista, sus palabras, sus ideas, sus artículos y discursos, serán los protagonistas de lo que sigue.

El Gobierno republicano-socialista (1931-1933). Esperanzas y desencantos

En abril de 1931, el PSOE y la UGT eran las únicas organizaciones que, por su tradición, implantación e influencia, tenían la capacidad de vertebrar y unificar al movimiento obrero en todo el estado español. La práctica política de toda la familia socialista en el momento de la proclamación de la Segunda República, estaba determinada por la colaboración con los republicanos. A estos los consideraban los representantes políticos de la burguesía moderna y progresista interesada, como ellos, en instaurar en el estado español un régimen similar al de la vecina República francesa. Los tres sectores del socialismo español, enfrentados en los años de revolución social y guerra civil, participaban de esta estrategia. Tanto los llamados reformistas, eufemismo utilizado para referirse al sector más a la derecha, encabezado por Julián Besteiro, como los centristas dirigidos por Indalecio Prieto y la posterior ala izquierda, cuyo máximo exponente era Largo Caballero.

No obstante, algunas diferencias si se habían exteriorizado, sobre todo cuando Julián Besteiro, al considerar que los acuerdos del Pacto de San Sebastián con los republicanos suponían una ruptura demasiado brusca y radical, dimitió en febrero de 1931 de todos sus cargos en el Partido y la UGT. Besteiro estaba en contra de la participación en un futuro gobierno junto a los republicanos porque consideraba que el país no estaba lo suficientemente maduro para ello. En un mitin celebrado en el cinema Europa, en fechas cercanas al final de la monarquía, Besteiro planteaba: “Nosotros sabemos que, aunque tenemos mucha fuerza, las organizaciones obreras no están maduras para aceptar todas las responsabilidades del Poder, ni siquiera para plantear el problema de la participación en el Gobierno. Por eso decimos que la República deberá nacer apoyada por nosotros y admitir nuestra influencia como garantía de que la República española (de cuya existencia estoy seguro), será una República no degradada por los vicios de la Monarquía.” (1)

En realidad, en lo que se refiere a las posiciones políticas de Besteiro, estas estaban mucho más cerca del liberalismo burgués que de planteamientos socialistas. Tan tarde como en abril de 1935, su visión liberal-humanista del “socialismo”, de las relaciones entre las clases y del papel de las instituciones del Estado burgués, volvieron a aflorar, como una prueba más de que la revolución no había hecho mella en sus principios. Así se expresaba Besteiro en aquellos momentos: “Por regla general, cuando un militante socialista de marcada significación se proclama independiente de la disciplina del Partido y acepta funciones de Gobierno en colaboración con personalidades políticas pertenecientes a partidos burgueses, sea cual sea el juicio que su determinación pueda merecer, no es fácil negar que aporta a la política gubernamental burguesa una serie de hábitos, de tendencias y de propensiones a la acción que significan realmente una infiltración del Socialismo en el campo de sus adversarios.”(2)

Indalecio Prieto, por su parte, era un firme defensor del sistema burgués, y lo hacía sustentándose teóricamente en la clásica idea reformista de la “revolución por etapas”. Según esta, en un país atrasado en el que no se ha realizado las tareas propias de la revolución democrático-burguesa (la separación de la iglesia del estado, la eliminación de los restos del pasado feudal en el campo, la industrialización, modernización y

unificación completa del país, etc.), el papel de las organizaciones obreras debía ser el de apoyar a los sectores reformistas de la burguesía, en este caso a los republicanos, cuidándose mucho de no asustarlos con planteamientos excesivamente radicales, para hacer realidad estas tareas inacabadas, y así, después, en un futuro indeterminado, cuando la situación estuviera madura, poder plantearse emprender el camino de la lucha por el socialismo. Prieto era tan consecuente y radical con este planteamiento que en 1930 declaró: “Lo que yo pretendo en estos instantes, arrojando todas las invectivas de quienes comulgando en mis ideas o viviendo en mi afinidad tienen una visión política distinta, es decir a las clases conservadoras y medias del país, que por parte de los elementos extremos de la política española no se ansía ahora un movimiento de tipo revolucionario que, al implantar cierto radicalismo incompatible con el estado social y político del país, ponga en peligro todo el porvenir de España, sino que estos hombres, nosotros, que somos los extremistas, queremos ayudar a un movimiento que, salvando la dignidad de España, derribe la monarquía para instaurar un régimen republicano dentro del cual todas las ideas, libremente en su palenque, luchen por el triunfo de sus respectivas aspiraciones.” (3)

Para los reformistas y para los centristas (que en realidad no eran más que reformistas más cautos, más ocultos detrás una retórica algo menos liberal), los acuerdos con los republicanos tenían más calado, más recorrido en lo programático y en el tiempo. Por su parte, para la futura izquierda socialista esta alianza con los republicanos era más coyuntural; solo se debería mantener hasta que la clase obrera estuviera lo suficientemente madura políticamente para emprender la lucha por el socialismo.

Así justificaba Largo Caballero, en julio 1933 en el histórico mitin del teatro Pardiñas en Madrid, la colaboración con los republicanos: “los mismos elementos que nos invitan a tomar parte en la revolución, [se refiere al llamamiento que les hicieron los republicanos para colaborar juntos en traer la República] nos dicen: ‘Si no hay representantes del Partido Socialista en el Gobierno provisional, no podemos responder de que la revolución se verifique.’ Y no solamente los hombres que estaban en el comité revolucionario, sino otros elementos que habían ofrecido su cooperación a la revolución, vienen y nos dicen: ‘Si ustedes, socialistas, no forman parte del Gobierno, no es fácil que la revolución se realice.’ En esa situación, nosotros acordamos participar en el Gobierno provisional. (...) Nosotros no hemos ido a participar en un Gobierno republicano dentro de una situación normal. Nosotros hemos ido a una revolución, nosotros hemos participado en ella y hemos ido a un Gobierno revolucionario; (...) Llegará el día en que el proletariado español, por su experiencia en la lucha política con los patronos, se convencerá de que no hay más camino para su emancipación económica, que es la base de la emancipación en todos los demás órdenes de la vida, que una República socialista.” (4)

La posición de Caballero, a pesar de una retórica más izquierdista que la defendida por los reformistas y centristas, no supuso, en la coyuntura de abril de 1931, ninguna diferencia práctica ni provocó ninguna desavenencia interna excesivamente traumática en el socialismo español. Fue al ser puestas en práctica estas posiciones teóricas de las distintas alas del Partido, y al chocar estas con la realidad social, política y económica de la España de la época, lo que provocó que en pocos meses, se desatase una guerra abierta y sin cuartel entre las distintas corrientes. Las consideraciones teóricas de unos y otros colisionaron con la realidad. Y esta ponía en movimiento poderosas fuerzas que obedecían a sus propias leyes.

A principios de 1931, la monarquía estaba totalmente desprestigiada ante las masas tanto del campo como de la ciudad y el descontento social amenazaba con provocar un estallido de imprevisibles consecuencias. Además, en medio de la mayor crisis de la economía capitalista conocida hasta el momento, los grandes empresarios y los terratenientes pugnaban por mantener sus beneficios aumentando todavía más la presión sobre los obreros, jornaleros y campesinos pobres.

En ese momento, en el que se estaba gestando a ojos vista una explosión revolucionaria de grandes proporciones, la burguesía optó por sacrificar a la monarquía. La burguesía abrazó la República con el objetivo de que este acto supusiera una válvula de escape que liberara gran parte de la tensión social acumulada, no para renunciar a algunos de sus privilegios, sino precisamente para que la República se convirtiera en un muro de contención más firme que los protegiera.

Los capitalistas y terratenientes aspiraban a que en la República —con la esperanzadora aureola de libertad y fraternidad que traía consigo— sus grandes fortunas, la propiedad de sus fábricas y de sus tierras, estuvieran más seguras y dejaran de ser el objetivo de las aspiraciones de las masas. Para ello necesitaban contar con la participación de las organizaciones obreras en la tarea de contener y limitar las demandas de los trabajadores. Sacrificar a Alfonso XIII, permitir algunas libertades democráticas, incluso aceptar que socialistas entraran en el Gobierno (siempre que no cuestionaran estos límites) era para ellos un precio aceptable a pagar para conseguirlo.

Estas concesiones las hacían fruto de su debilidad. Necesitaban ganar tiempo y esperar que el ímpetu revolucionario pasara para volver a la ofensiva. No tenían la más mínima intención de conceder mejoras reales a la clase obrera y a los jornaleros y campesinos pobres. Los beneficios y privilegios de los grandes empresarios y terratenientes emanaban precisamente de ese estado de opresión al que las masas estaban sometidas. Cualquier iniciativa para aplicar políticas que supusieran avances sociales chocaba con la oposición visceral de los grandes empresarios y terratenientes, porque entraban inmediatamente en contradicción precisamente con esos privilegios y beneficios. Esta actitud tendía a hacerse más firme, en la medida que el capitalismo a escala mundial se encontraba sumido en una profunda depresión lo que agravaba todavía más las propias limitaciones de la atrasada economía española.

Grandizo Munis describió este proceso de manera muy gráfica: “La actividad de las masas pobres no cejó un solo instante durante la dictadura, pero se multiplicó con los primeros efectos de la crisis económica, empezada muy temprano en España. A medida que la crisis se profundizaba, sumábase al proletariado y los campesinos la pequeña burguesía y la grande. Esta última, sobre todo, creyó capear el temporal sin más que un cambio escenográfico dentro de la monarquía. Pero a medida que pasaba el tiempo, aparecía más imprescindible sacrificar la monarquía para salvar al sistema capitalista. Entonces se vio a representantes de la clerecía y los latifundistas, como Alcalá Zamora, alzar el crucifijo junto con al gorro frigio de la República. Maura, hijo del conocido político monárquico del mismo nombre, hizo otro tanto. Sánchez Guerra, un primer ministro de su majestad, sin declararse republicano, citaba versos llamando gusano al Rey, mientras su hijo, uno de esos personajillos por herencia, brincaba al campo republicano como asistente de Alcalá Zamora. Un monárquico impenitente, Osorio y Gallardo, atribuía ideas republicanas inclusive a su gato y se confesaba ‘monárquico sin rey’ presto a servir a la República. El viejo y degenerado partido republicano de

Lerroux asistido por Martínez Barrio, empezó a recibir adhesiones de burgueses y mensajes secretos de generales que presentían la polvareda revolucionaria.” (5)

Por su parte, para las masas trabajadoras del campo y la ciudad, la República, la conquista de derechos democráticos y la libertad, no eran un fin en si mismo, sino el medio para acabar con la miseria crónica en la que vivían y construir un futuro mejor. Los campesinos y jornaleros necesitaban tierra y salarios decentes que les permitieran vivir; junto con los obreros de la ciudad exigían la reducción de la jornada de trabajo, educación para sus hijos, viviendas dignas, en definitiva poder alcanzar con el fruto de su trabajo, las condiciones de vida civilizadas que hasta ahora, a pesar de trabajar de sol a sol, se les había negado.

Pero todo esto era imposible de realizar sin acabar con la propiedad terrateniente y los privilegios de la gran oligarquía empresarial y financiera (dentro de la cual se encontraba la todopoderosa Iglesia española). Que las masas alcanzaran unas condiciones de vida dignas, exigía acabar con las relaciones de producción capitalistas y esto era precisamente lo que la burguesía quería preservar con la República; querer defender sus propiedades y privilegios es, como ya hemos explicado, lo que convirtió a capitalistas y terratenientes monárquicos hasta la médula, en republicanos de toda la vida.

El papel fundamental de los partidos republicanos en esta trama no era otro que el de garantizar que la joven República española no traspasaba estos límites. Por tanto, fuera cual fuera la justificación teórica en la que las distintas alas del socialismo español basara su pacto con estos partidos republicanos, el resultado objetivo no podía ser otro que el PSOE, la UGT y las JJSS formaran parte de esa barrera de protección que la burguesía levantaba entre las masas y sus privilegios fundamentales.

El PSOE se integró en los distintos gobiernos republicanos hasta septiembre de 1933, dando inicio al período del gobierno de conjunción republicano-socialista, y para ello contaron con el apoyo estratégico de la UGT. Formaron parte de estos gobiernos, Fernando de los Ríos, estrecho colaborador de Indalecio Prieto, que pasó por las carteras de Justicia e Instrucción pública, el propio Prieto que desempeñó las de Hacienda y después la de Obras públicas y Largo Caballero que se mantuvo todo este tiempo en la de Trabajo.

Los socialistas trabajaron por llevar a la práctica su programa de reformas políticas y económicas, pero estas chocaron desde el primer momento con la oposición y el boicoteo de los burgueses y sus representantes político. A la vez se encontraron con que las exigencias de los trabajadores y campesinos para que se aplicaran medidas decisivas que tuvieran un efecto tangible en la mejora de sus vidas, no tardaron en convertirse en un clamor cada vez más intenso.

El gobierno de coalición y con él el movimiento socialista, sufrieron los envites de poderosas fuerzas que empujaban en sentidos opuestos. La multitud de decretos, disposiciones y leyes promulgadas por el gobierno, que en teoría suponían una mejora para las masas, no pasaban, en la mayoría de los casos, mucho más allá del papel.

Rehenes de su propia política, los socialistas se encontraban atrapados entre dos fuegos: la oposición de los poderosos y las necesidades y demandas de las masas. Las medidas

que intentaban llevar a la práctica no satisfacían a nadie. A los burgueses siempre les parecían radicales y excesivas, aunque el gobierno se esforzara en insistir en todo lo contrario. Y para las masas estas mismas iniciativas del gobierno eran totalmente insuficientes. El PSOE y la UGT, se debatían entre la oposición y el sabotaje de los capitalistas y terratenientes y la presión cada vez más intensa y generalizada de las masas del campo y la ciudad.

Largo Caballero reflejaba esta situación de la siguiente forma, cuando habla de la ley de Términos Municipales: “Hice una organización del empleo de la mano de obra, para lo cual hubo que hacer un censo clasificando hasta por especialidades a los obreros ¿y sabéis lo que me ocurrió cuando hice esta organización en algunas provincias? Que cuando he ido a repartir los obreros sobrantes de un pueblo a otro donde faltaban, venían obreros de las provincias del norte, los que llaman gallegos —aunque no son gallegos—, pero los llaman así. ¿Sabéis cómo son reclutados esos obreros? Pues esos obreros son reclutados por unos agentes, que son los mismos encargados, los manijeros de las casas propietarias, que se valen de cartas o de comisiones o de amigos para hacer la recluta de obreros de otras localidades donde todavía no pueden hacerse las operaciones agrícolas, ofreciéndoles un jornal. Por cada uno de los obreros que contratan perciben los manijeros una prima. Es lo que pudiéramos llamar una especie de trata de negros. Y contra esta ley, que es una ley necesaria, que no impide a nadie, absolutamente a nadie trabajar donde haya trabajo, es contra la que se oponen.”

Más adelante en el mismo discurso y al referirse a las medidas tomadas por él en el ministerio de Trabajo respecto a los salarios, plantea: “¿Qué menos puede hacer una República que, cuando rija el ministerio de Trabajo un socialista mejorar los salarios sin exageración! Y hasta se llega a lo siguiente: en una provincia cercana a la de Madrid había salarios de dos pesetas. (*Voces del público ¡En Guadalajara!*) Eso es: en Guadalajara. ¿Sabéis lo que han hecho los patronos al resolverse las bases aumentando ligeramente tales salarios? Pues han cesado en sus negocios.” (6)

El sabotaje era constante. Las medidas que suponían aunque fuera medio paso avanzar socialmente, despertaban la ira de los propietarios. La ley de términos municipales, los jurados mixtos (organismos de arbitraje creados para solucionar los conflictos laborales a través de la negociación y el acuerdo), la Ley de Contratos de Trabajo, que regulaba la negociación colectiva (jornada laboral: semana laboral de 40 horas, vacaciones, aumento de salarios, creación de seguros sociales...), la reducción de la jornada laboral de los trabajadores del campo y la participación de los sindicatos agrícolas en la contratación para las tareas del campo, etc., suponían un esfuerzo titánico para las organizaciones obreras el intentar que se aplicaran, (sobre todo a la UGT que era la más comprometida con la política del Ministerio de Trabajo) quedando en la mayoría de los casos en papel mojado por este boicot patronal.

Por otro lado toda una serie de iniciativas en otros ámbitos promovidas por el Gobierno (reforma del ejército, del papel de la iglesia, de la propia estructura del estado, la cuestión de las nacionalidades históricas, etc.) además de tener un alto grado de superficialidad, chocaban con la propia naturaleza de la administración y el aparato estatal heredados de la monarquía y al que no se había depurado de ningún modo significativo.

Munis señala al respecto: “El autor hizo una experiencia personal no carente de interés. Cumpliendo su servicio militar en el 1er Regimiento de Infantería de Línea, en Madrid, el año 1933, fue confinado a prisiones militares por razones ideológicas y actividades políticas. Allí se encontraban gran número de sublevados sanjurjistas. Tenían tanta libertad y comodidades como pudiera disfrutar un propietario en el recinto de su casa. (...) Recibían diariamente visitas de militares en servicio y personajes reaccionarios, durante las cuales se prometían mutuamente una pronta restauración. (...) Detalle ilustrativo de la fisiología de una República burguesa: en la misma prisión se encontraba el trágicamente célebre capitán Rojo, autor de la horrible matanza de Casas Viejas. Vivía en la mayor comunidad y camaradería con los monárquicos y disfrutaba de los mismos privilegios que ellos. Los soldados que estábamos allí por actividades revolucionarias o por faltas a la disciplina, padecíamos un trato bien diferente: celdas lóbregas, comida infecta, muy escasas visitas y frecuentes castigos a pan y agua por motivos baladíes.” (7)

El Estado burgués tiene su propia dinámica, su propia vida interna y obedece orgánicamente a los intereses de la clase burguesa. Pretender dominarlo desde un gobierno o un parlamento por muy mayoritario que haya sido su apoyo en las urnas y ponerlo a funcionar en dirección opuesta a esos intereses, es una utopía como la experiencia histórica ha demostrado una y otra vez. Los socialistas en el gobierno republicano lo comprobaron con creces.

En cuanto a la vital cuestión de la tierra, la prometida reforma agraria fue un colosal fracaso, al renunciar transformar realmente la situación en el campo, y un monumental aborto, al intentar tan siquiera poner en práctica sus modestas disposiciones. L. Fersen, de la Izquierda Comunista, lo reflejaba magníficamente en 1933: “Con la reforma agraria española ha pasado lo siguiente: se imponía hacer una reforma y no faltaban hombres avanzados, hombres de ideales pasados por agua, que en efecto, soñaban con hacer grandes cosas sin causar apenas daños. Cuando surgen las dificultades, las luchas y los antagonismos, los hombres de altos ideales sueltan tanto paño como se les exige. De la proyectada reforma agraria no queda nada: se han abandonado todas las pretensiones. Pero no puede confesarse, se cubren las apariencias creando un organismo burocrático (el IRA) y dotándolo de un presupuesto de 50 millones para que vaya arrastrando su vida.” (8)

En cuanto a los trabajadores del campo y la ciudad, estos exigían, porque lo necesitaban con urgencia, medidas decisivas para conseguir un trabajo digno, un salario decente, para desprenderse de la presión opresiva del patrono, del terrateniente y del cura. Necesitaban un trozo de tierra para trabajarla, la jornada de ocho horas, colegios dignos de tal nombre para sus hijos... Nada de esto se concretaba, ni siquiera se vislumbraba en el horizonte. Los decretos favorables para las masas se enredaban en la maquinaria administrativa y burocrática de las instituciones y los que conseguían ver la luz eran ignorados, incumplidos y despreciados por los capitalistas y latifundistas.

La experiencia fue dura, pero las masas entendieron rápidamente que los únicos avances serios que se harían realidad serían los que arrancaran a través de la lucha. Las movilizaciones, impulsadas en numerosas ocasiones, sobre todo en los primeros meses de la República, por la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), fueron extendiéndose por toda la geografía española. “(...) de 96 huelgas en 1929 se pasó a 402 en 1930, 734 en 1931, 805 en 1932 y a más de 1000 en 1933.” (9) Los obreros de las

ciudades en Barcelona, Madrid, Sevilla, Gijón, Zaragoza, Cádiz, Bilbao, los del campo andaluz, extremeño y castellano, protagonizaban luchas cada vez más amplias y masivas y las reivindicaciones pasaban del ámbito económico al político, radicalizándose las huelgas rápidamente.

Los dirigentes del PSOE y la UGT acusaban a la CNT de mantener una actitud irresponsable con la que según ellos le hacían el juego a la reacción, mientras la Confederación acusaba al sindicato socialista de apéndice de la patronal. El material político editado por la UGT de la época estaba plagado de arengas como esta: “Pero nuestros enemigos no están sólo en las filas de la extrema derecha. Contra nuestra organización se desatan también las iras de los extremistas de la izquierda, los cuales aprovechándose de la lamentable situación que crea la crisis del trabajo, en cuyo problema pone el Gobierno todo el interés que las circunstancias permiten, pretende influir en el ánimo de los trabajadores para lanzarles a movimientos huelguísticos en los cuales sólo sacrificios pueden cosechar. Para justificar esta clase de movimientos cualquier pretexto es bueno para los extremistas de la CNT.” (10)

Los dirigentes de la CNT, reflejando el entusiasmo popular generalizado con el advenimiento de la República, dio un margen de confianza al Gobierno pero este duró poco. Pronto exigieron que se hicieran realidad las promesas de una vida mejor. Con este cambio, los dirigentes anarquistas expresaban, en los primeros meses de la República, el sentir de una parte significativa de los sectores más combativos y avanzados de las masas, convirtiéndose así en el catalizador de su desencanto. Los llamamientos a la insurrección, cargados de aventurerismo para implantar el “comunismo libertario”, que hicieron los anarcosindicalistas durante 1932 y 1933 sobre todo en Andalucía y Cataluña, sin preparación, sin programa, de forma descoordinada, y que acabaron en sonados y traumáticos fracasos, no fueron las únicas luchas impulsadas por la CNT, ni siquiera las más destacadas. Los militantes anarcosindicalistas se pusieron a la cabeza de las movilizaciones cotidianas en la ciudad y el campo aumentando con ello de forma significativa su influencia, ejerciendo así una enorme presión hacia el sindicato socialista.

La respuesta de la coalición de gobierno republicano-socialista fue la de mostrar una gran paciencia en general frente al sabotaje patronal (en alguna ocasión aparecía en la prensa que un patrón había sido multado o incluso detenido, aunque por poco tiempo, por obligar a sus trabajadores a trabajar más de lo que la ley estipulaba, o por pagar menos de lo reglamentado, o por saltarse alguna disposición, etc., pero esto era muy excepcional (11)), mientras con los trabajadores se actuaba con la más extrema dureza.

El gobierno aprobó todo un organigrama legal, destacando en él la propia Constitución y la Ley de Defensa de la República (por ejemplo esta última recogía la prohibición de difundir noticias que perturbaran el orden público y la buena reputación, denigrar las instituciones públicas, rehusar irracionalmente a trabajar y promover huelgas), que concedía multitud de prerrogativas al aparato del Estado para suspender las libertades democráticas y un amplio margen a la policía y guardia civil para reprimir a los trabajadores que luchaban por su pan.

Ataques a manifestaciones obreras y el protagonismo de la policía para “reventar” huelgas, eran cotidianas en la multitud de conflictos laborales que cada día se sucedían con más frecuencia. Pero además de esto hubo acontecimientos sangrientos en los que la

guardia civil y guardias de asalto demostraron una especial saña, que conmovieron a los obreros de todo el país y causaron un terremoto en la opinión pública. Castilblanco (Badajoz), Arnedo (La Rioja), Casas Viejas (Cádiz)... mostraron de forma implacable el doble rasero del Gobierno y de los cuerpos represivos del Estado: comprensión y delicadeza con el patrón y fuego y balas para los trabajadores.

En estas circunstancias, la UGT tenía cada vez más dificultades para defender la estrategia de colaboración con el gobierno y moderación, que la enfrentaba con los trabajadores en general y con sus propios afiliados en particular. “Para todos aquellos profanos en la legislación social llamados extremistas, la República nada ha hecho, siguiendo el mismo rumbo anquilosado de las etapas gubernamentales de la monarquía, ya felizmente desaparecida. Para los otros, los capitalistas, la gran banca, los trust y las grandes empresas, la República ha dado una legislación social tan socializante (dicen ellos, y será verdad) que coloca a esas empresas y a estos capitalistas al borde de la ruina (...) Ni unos ni otros tienen razón para opinar como lo hacen. Los primeros, porque constantemente manejan el tópico de: todo o nada, pero se aprovechan de lo que los demás consiguen, y los otros, porque, usando también el tópico de que se legisla de prisa, lo que pretenden es seguir disfrutando de sus privilegios de clase, disponiendo a su antojo de vidas y haciendas. Para nosotros la cosa está clarísima. Ni todo ni nada. Lo preciso, lo imprescindible, lo natural y lo humano. Una legislación social adaptada a las nuevas corrientes modernistas que haga posible en nuestro país, satisfacer las justas aspiraciones de los obreros del campo y de la ciudad.” (12)

Atrapada entre estas dos fuerzas contrapuestas, el discurso oficial ugetista iba quedando cada vez más aislado, alejándose a gran velocidad de la experiencia cotidiana de amplios sectores de las masas.

La radicalización socialista

La dirección de la UGT se aferraba a su estrategia colaboracionista; se consideraban como uno de los pilares fundamentales que sostenían a la República y se sentían en la obligación de defender una postura de máxima “responsabilidad” frente a los peligros de desestabilización que, según su criterio, venían por la derecha y la izquierda.

Frente a esta posición de principio de la dirección de la UGT, compartida por el PSOE, la presión de la militancia desde dentro del sindicato se hizo sentir muy pronto. El Comité Nacional de la UGT celebrado los días 1 y 2 de febrero de 1932, se vio en la obligación de hacer la siguiente declaración, en apoyo a la presencia socialista en el gobierno: “El pleno de la UGT, después de una amplia deliberación y oídas las explicaciones que sobre la intervención de los ministros socialistas hicieron los camaradas Largo Caballero y Fernando de los Ríos, acordó por unanimidad, declarar su solidaridad con los compañeros que vienen representando al Partido Socialista y a la clase trabajadora en el Gobierno de la República.” (13) Esta fue la respuesta que dicho organismo dio a la propuesta que hizo el delegado de la Federación Gráfica, Antonio Muñoz, pidiendo que los ministros socialistas salieran del Gobierno trasladando a este órgano directivo el malestar existente entre la base del sindicato que no veía avances sustanciales en materia social.

El gran crecimiento que experimentó la UGT durante los primeros meses de la República fue espectacular. En abril de 1931, la UGT cuenta con aproximadamente 300.000 cotizantes, en marzo de 1932 son ya 957.451 y en junio de ese mismo año alcanza la cifra de 1.041.539. (14) De todas las secciones, la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra (FNTT) era la más poderosa. Creada en 1930 con poco más de 27.000 afiliados, en septiembre de 1932 contaba con 392.000 y un periódico, *El obrero de la tierra*, con una tirada de 80.000 ejemplares. (15)

La legislación laboral promovida por Largo Caballero favorecía el desarrollo de la UGT, particularmente el de la FNTT, al estructurar ésta los jurados mixtos (organismos a los que había que recurrir obligatoriamente para negociar las condiciones laborales o plantear una huelga) por el boicot de la CNT a los mismos, al considerarlos organismos que adormecían la conciencia revolucionaria de las masas. También la FNTT adquirió una capacidad de actuación importante en el mercado de trabajo y su reparto a través de las disposiciones del decreto de Laboreo Forzoso y el de Términos Municipales, y su colaboración con los ayuntamientos en los pueblos, muchos de ellos regidos por militantes socialistas que a la vez lo eran de la FNTT.

Esta posición “preferente” de la UGT en los organismos promovidos por el Gobierno atrajo a muchos obreros, sobre todo en el campo, que esperaban encontrar por esta vía una solución más rápida y fácil al problema del paro, los bajos salarios, etc. Pero el cauce institucional no traía las mejoras. Como ya hemos explicado, cada vez era más necesario recurrir a la movilización para conseguir avances ya que los patronos boicoteaban los jurados mixtos o no respetaban sus dictámenes.

Los sucesos de Arnedo (La Rioja) antes mencionados, se produjeron precisamente porque los propietarios de la empresa de calzado de la localidad que habían despedido a

varios obreros, se negaron a readmitirlos, a pesar de la mediación del propio Gobernador civil. Los trabajadores iniciaron una huelga el martes 5 de enero de 1932, dirigidos por la UGT (16). Una multitud se concentró en la plaza del pueblo y la guardia civil disparó con el resultado de 11 muertos, entre ellos un niño de cuatro años, y 30 heridos. Choques de estas características eran cada vez más frecuentes por todo el país. Los patronos ofrecían una resistencia cada vez más recia y la guardia civil se empleaba cada vez más a fondo contra los trabajadores.

A su vez, el paro se incrementaba, sobre todo en el campo (en 1933, el desempleo agrícola alcanzaba ya la cifra de 382.965, el 64,5% de un total de casi 600.000 trabajadores). La FNTT se encontraba muy presionada. La situación era desesperada para los jornaleros y los patronos actuaban constantemente de forma provocadora. Este estado de cosas hizo que la FNTT, poco a poco, bajo la presión de la “acción directa” de los propios jornaleros socialistas, o impulsada por la CNT, se viera obligada a ir cambiando de estrategia y sumarse e incluso fomentar movilizaciones y ocupaciones de fincas. Todo esto provocó que la Federación del sindicato socialista experimentara en su seno los movimientos más serios hacia la izquierda en este período.

En agosto de 1932, se produjo el fallido intento de golpe militar por parte del general Sanjurjo, añadiendo más leña al fuego de la insatisfacción de las masas. La polarización social creciente, y la incapacidad del gobierno de conjunción para enfrentarse a la reacción, empezaron a provocar cambios en el lenguaje oficial de algunas instancias del sindicato. El primero de mayo de 1933 el editorial de *El obrero de la tierra* señalaba: “Hemos perdido casi dos años por no haber quebrado la espina dorsal del caciquismo con la reforma agraria, por no haberla puesto en práctica en agosto de 1931.” Otro factor que añade más presión al aparato ugetista es, que partir de 1933, la afiliación del sindicato empieza a declinar. A principios de 1934, la Comisión Ejecutiva contabilizaba globalmente 640.691 afiliados, muchos de hechos sin cotizar.

A pesar de que quien dirigía su Comisión Ejecutiva Nacional durante ese período era el ala más a la derecha de los socialistas, con el propio Besteiro en la presidencia del sindicato, el giro a la izquierda empieza a vislumbrarse en el seno de la UGT.

A partir de la segunda mitad de 1932, los partidos reaccionarios arrecian en una campaña de acoso y derribo contra el gobierno de coalición republicano-socialista, orientando la munición de más calibre contra la participación del PSOE en el mismo. La prensa reaccionaria y los discursos parlamentarios pronunciados desde los escaños de la derecha, combinan la condena —hipócrita y demagógica— de la represión que contra los trabajadores es ordenada por el gobierno (la prensa reaccionaria vertió muchas “lágrimas de cocodrilo” por los jornaleros asesinados en Casas Viejas), con la denuncia histórica sobre los presuntos planes socialistas de implantar en España la dictadura del proletariado, exigiendo la inmediata salida de los ministros socialistas del gobierno o la convocatoria de elecciones a cortes.

La enorme polarización política que se vivía en la sociedad y la radicalización hacia la izquierda de amplios sectores de la juventud trabajadora y del proletariado, tanto en el campo como en las ciudades; el enorme desgaste sufrido por la participación en un gobierno que había defraudado las expectativas de amplios sectores de las masas y la campaña sin escatimar recursos de la reacción contra los socialistas, sacude profundamente al Partido Socialista, al sindicato y a las juventudes.

La reacción de los dirigentes en el parlamento, en los mítines, en los editoriales de *El Socialista* pasa, en un principio, por defenderse de los ataques que les llegan tanto a derecha como a izquierda. Frente a la reacción niegan que sus intenciones sean las de sobrepasar los límites que impone la República burguesa apelando a su trayectoria de colaboración leal y sincera. Y, frente a la izquierda, defienden fervorosamente su papel de progreso en el gobierno y las leyes avanzadas que gracias a ellos se han proclamando. Pero los ataques lejos de remitir van adquiriendo más fuerza: la derecha se muestra cada vez más audaz y los trabajadores son cada vez más unánimes en la exigencia de medidas radicales. La presión aumenta día a día y si a la situación interna le sumamos el contexto internacional, esta se hace insostenible.

Efectivamente, la victoria del nazismo en Alemania y, posteriormente, el aplastamiento de la socialdemocracia austriaca en febrero de 1934 por el régimen fascista del canciller Dollfuss, que tuvieron como consecuencia inmediata la destrucción de las organizaciones obreras más poderosas de la época en el mundo capitalista, cierran el cuadro de todos los factores que golpeaban al movimiento socialista en aquellos momentos.

Si es posible señalar un punto de inflexión en el cambio de rumbo político de dirigentes significativos del socialismo español, este lo podemos encontrar el 23 de julio de 1933, en el mitin dado por el todavía ministro de Trabajo Francisco Largo Caballero, en aquel momento también presidente del PSOE y secretario general de la UGT. Ante un auditorio entregado, a la vez que defendió la gestión del Gobierno del que formaba parte y explicó los logros sociales y la legislación laboral creada por el Ministerio de Trabajo, puso encima de la mesa toda una serie de ideas que representaron un giro importante a la línea defendida hasta el momento. Reproducimos algunos párrafos del discurso: “(...) Hemos contribuido a esa transformación para hacer un Código jurídico en nuestro país que nos permita poder llegar a nuestras aspiraciones sin dolencias grandes, sin grandes derramamientos de sangre. Las queremos lograr legalmente, si es posible; pero si estos señores nos dicen que por ser obreros, por ser socialistas, por ser un partido de clase, no podemos gobernar, nos echan fuera de la Constitución, nos echan fuera de todas las leyes y si no nos permiten conquistar el Poder con arreglo a la Constitución y con arreglo a las leyes, tendremos que conquistarlo de otra manera. (*Formidable ovación y vivas a Largo Caballero. La ovación se repite entusiástica.*)”

“Lo que nosotros decimos es que el Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores de España tienen la obligación, el deber, aunque les cueste algo caro, de impedir una dictadura burguesa, de oponerse al desarrollo fascista en la República. Y para ello, cada Agrupación y cada Sociedad obrera deben constituirse en una entidad antifascista y contraria a la dictadura burguesa. Y decimos: No es que queramos nosotros implantar la dictadura nuestra caprichosamente, sino que si hay quien tiene el mal pensamiento de intentar implantar en España una dictadura o el fascismo, entre la dictadura burguesa o el fascismo, nosotros preferimos la dictadura socialista. (*Enorme ovación.*)”

“Que conste bien: el Partido Socialista va a la conquista del Poder y va a la conquista, como digo, legalmente si puede ser. Nosotros deseamos que pueda ser legalmente, con arreglo a la Constitución y si no, como y cuando eso ocurra, se gobernará como las circunstancias y las condiciones del país lo permitan. (*Muy bien.*) Lo que yo confieso es

que si se gana la batalla en unas elecciones, no podemos entregar el Poder al enemigo.”

(17)

Aunque las palabras de Caballero sobre la conquista del poder y la dictadura socialista, es probable que tuvieran fundamentalmente el objetivo de intimidar a la reacción, de dar un golpe en la mesa para dejar claro ante los partidos republicanos que la colaboración de los socialistas seguía siendo imprescindible para el desarrollo de la República (con la lectura íntegra del discurso esta es la conclusión más clara que se puede sacar), el efecto de estos conceptos entre la base militante, nuevos en el vocabulario de los dirigentes del socialismo español y en un contexto de radicalización política de las masas y de presión a la que estaban sometidas las distintas organizaciones socialistas, fue sísmico. El epicentro del terremoto se localizó con fuerza en las Juventudes (JJSS).

El 12 de agosto de 1933, Largo Caballero intervino en la escuela de verano organizada por las JJSS en la localidad madrileña de Torrelodones. Previamente, el día 5, Julián Besteiro realizó su conferencia con el título de “Los Caminos del Socialismo”, con poco éxito entre los asistentes. En ella, Besteiro insistió en sus planteamientos reformistas de siempre. Su tesis central fue la de que la revolución está ligada a la democracia, rechazando, por tanto, las tesis “bolcheviques” de la dictadura del proletariado e invitando a los jóvenes a la reflexión. El día 6 le tocó el turno a Indalecio Prieto quien realizó otro discurso de corte moderado que tampoco gustó a los Jóvenes Socialistas.

La Conferencia de Largo Caballero, con el título “Posibilismo Socialista en la Democracia” conquistó al auditorio. En ella siguió defendiendo la colaboración con los republicanos hasta ese momento y la participación de los socialistas en el gobierno, pero insistió y profundizó en los nuevos conceptos “radicales” planteados en el cine Pardiñas; he aquí unos extractos: “Yo antes de la República creí que no era posible realizar una obra socialista en la democracia burguesa y después de veintitantos meses en el gobierno de la República, si tenía alguna duda de ello, ha desaparecido. Hoy estoy convencido de que realizar una obra socialista dentro de una democracia burguesa es imposible. Muy bien. Una cosa son las reformas sociales dentro de la democracia burguesa y otra la obra socialista. Para discurrir sobre ese tema, primero tendríamos que analizar que entendemos por posibilidad socialista: por que supongo que no será una ley de accidentes de trabajo o de la jornada de ocho horas. No se empieza a hacer socialismo hasta que se comienza a socializar la propiedad. ¿Y hay alguien que tenga la esperanza de socializar la propiedad ni poco ni mucho, en una democracia burguesa?

“Yo mismo he tenido siempre fama de hombre conservador y reformista. Han confundido las cosas. El ser intervencionista en un régimen capitalista no quiere decir que se sea conservador y reformista. No. Intervencionista he sido yo toda mi vida, pero eso no invalida lo otro. Yo os digo que, desde que estoy en el gobierno, con la observación que he hecho de lo que representa la política burguesa, he salido, si cabe, mucho más rojo que entré, ¡pero mucho más! Y creo que no soy yo solo. (Rumores)

“Todos los maestros han pensado que después de un triunfo, ya sea legal o revolucionario de la clase trabajadora, hay un período de transición, porque nadie puede soñar porque mañana fuese el banco azul un gobierno compuesto íntegramente por socialistas, iba a comenzar al día siguiente a dictar decretos disponiendo la socialización de esto o lo otro. Esto no es posible. Tampoco se iba a limitar el gobierno a promulgar la ley de términos municipales, la ley del descanso dominical y otras cosas por el estilo.

Habría que hacer algo más eficaz. Pero al llegar a esa situación ¿Qué ocurriría? Lo siguiente: que nos encontraríamos con una burocracia que tiene sus raíces en la monarquía. (...) ¿Se va a conformar (el gobierno socialista) con una burocracia enemiga del socialismo? Pero tened en cuenta que si no se conformase, toda la burocracia se pondría enfrente del socialismo.

“Tendríamos que revisar el caso del Ejército. ¿Es que creéis vosotros que por que hubiera una opinión electoral que nos diese una mayoría en el parlamento, no diré yo los soldados, pero si los jefes, iban a hacerse socialistas? Tendríamos la policía. ¿Creéis vosotros que la policía se iba a convertir en seguida en socialista? Tendríamos los tribunales de justicia, que tampoco se iban a hacer socialistas. ¿Y la prensa, se iba a hacer socialista por que triunfase un gobierno de nuestro partido? ¿Y la clase patronal? La clase capitalista enseguida comenzaría a hacer lo que ha hecho con la República, pero con mayor intensidad: cerrar fábricas, parar minas, cerrar talleres y limitar al máximo la producción para provocar un paro general en toda España, con objeto de que los parados fuesen enemigos del socialismo. Y aquí se daría el caso curioso de que habiendo una opinión en el país de mayoría socialista, una minoría, representada por los patronos, que tienen en sus manos todos los medios de trabajo, cerrar las fábricas, los talleres, las minas, los ferrocarriles, etc., o restringiendo la producción, podían dar al traste con toda nuestra fuerza. Eso es lo más grave. ¿Y la banca, se iba a hacer socialista? Esta es la cuestión. Si yo empiezo a analizar esto y os asusto a todos y nos encogemos, ni triunfamos en las elecciones ni podemos pensar en un movimiento revolucionario. Lo que hay que pensar es que si ese momento llega, con todos esos inconvenientes, hay que hacerle frente como se pueda, en la forma en que se pueda. ¿Legalmente en el parlamento? Legalmente en el parlamento. ¿Qué no lo consienten? ¡Ah! Entonces habría que buscar otros procedimientos. ¿Y es que esto sale de nuestro deseo, de nuestro afán de ir a favor de la corriente? No. Eso está dicho por nuestros maestros. En la crítica que Marx hizo del programa de Gotha, decía entre otras cosas esto: ‘Entre la sociedad capitalista y la comunista hay un período de transición revolucionaria, de transformación de una en la otra. A este período corresponde una etapa de transición política y el estado, durante este período, no puede ser otra cosa que la dictadura del proletariado.’ *(Muy bien)*

“No es que nosotros vayamos a imitar a los rusos, como ellos no quisieron imitar a otros, porque cuando Lenin salió de Suiza, salía hecho un conservador, un oportunista. No hay más que leer el manifiesto que dirigió a los rusos, diciéndoles que era imposible el socialismo en su país y que había que ir a la implantación de una República democrática. Pero luego los hechos le empujaron a la revolución social, por que se encontró con el siguiente dilema: o que se anulaba a los bolcheviques o estos anulaban a sus enemigos. Las circunstancias son las que nos empujan muchas veces, independientemente de nuestra voluntad. No es que yo crea que debemos imitar a los rusos, pero las circunstancias nos van conduciendo a una situación muy parecida a la que se encontraron ellos cuando hicieron la revolución, porque aunque nosotros no tenemos una guerra como la que tuvieron ellos y aunque no tenemos unos soldados con los fusiles que les entregó el gobierno para ir a las trincheras, lo que es indudable es que en España se va creando una situación revolucionaria tal, por el progreso del sentimiento político en las masas obreras y por la incomprensión de la clase capitalista, que no tendrá más remedio que estallar algún día. Ante esta posibilidad nosotros debemos prevenimos.”¹⁸

Las palabras de Largo Caballero captaron inmediatamente la atención de la militancia socialista y las masas en general.

Los mismos síntomas se podían apreciar en gran parte de los partidos socialdemócratas europeos. La polarización política a izquierda y derecha que se estaba viviendo en el Estado español no era un fenómeno aislado. En el caso de Europa, todo el continente estaba sumido en una intensa efervescencia política. Las sacudidas afectaban a todas las organizaciones obreras, especialmente a las socialdemócratas, después el avance fascista. Las masas buscaban intuitivamente la salida revolucionaria y puestas en movimiento, provocaron profundas crisis en estas organizaciones.

En esta agitada coyuntura, del seno de los viejos y anquilosados partidos y sindicatos reformistas, surgían dirigentes que, utilizando un lenguaje revolucionario, aglutinaban en torno a ellos a una parte significativa de su militancia a la vez que ganaban la atención de amplios sectores de las masas. Estas corrientes políticas, que se situaban entre el reformismo y el marxismo, se denominan centristas. Trotsky señala al respecto lo siguiente: “Ciertas organizaciones o corrientes de masas bien definidas quedaron reducidas a la nada en la posguerra inmediata, cuando la movilización obrera europea cayó en reflujo. El agravamiento actual de la crisis mundial y la incuestionable radicalización de las masas provocaron inexorablemente el surgimiento de nuevas tendencias centristas en el seno de la socialdemocracia, los sindicatos y las masas no organizadas.” (19)

El centrismo se podría definir como un estado de ánimo entre grandes sectores de trabajadores que han abandonado el reformismo y buscan a tientas el programa del marxismo. Es una etapa transitoria entre el reformismo y el marxismo. Por su propia naturaleza es coyuntural y es necesario diferenciar claramente entre este estado de ánimo entre las masas, muy positivo, que refleja la búsqueda intuitiva del camino de la revolución socialista y los dirigentes centristas, que en una gran mayoría explotan estas tendencias para mantener el control sobre el movimiento e impedir la formación de un fuerte y genuino partido marxista de masas. Trotsky analiza la naturaleza de este fenómeno: “El reformismo es la corriente surgida de los estratos superiores y privilegiados del proletariado, que refleja sus intereses. Especialmente en algunos países, la aristocracia y la burocracia obreras conforman una capa muy importante y poderosa con una mentalidad que en la mayoría de los casos es pequeñoburguesa en virtud de sus condiciones de existencia y formas de pensar; pero deben adaptarse al proletariado sobre cuyas espaldas se encaramaron. Los más elevados de estos elementos llegan al poder y bienestar supremos por los canales del parlamentarismo burgués. (...)

“Así, las dos corrientes fundamentales de la clase obrera mundial son el socialimperialismo por un lado y el comunismo revolucionario por el otro. Entre estos dos polos hay una serie de corrientes y agrupaciones de transición que cambian constantemente de ropaje y se encuentran siempre en estado de transformación y desplazamiento: a veces se desplazan del reformismo al comunismo, otras del comunismo al reformismo. Estas corrientes centristas no tienen, y su naturaleza no les permite tener, una base social bien definida. Mientras el comunismo es el abanderado de la clase obrera y el reformismo representa los intereses de la cúpula privilegiada de la misma, el centrismo refleja el proceso transicional en el seno del proletariado, las distintas oleadas dentro de sus distintas capas y las dificultades que estorban el avance

hacia posiciones revolucionarias definitivas. Precisamente por eso las organizaciones centristas de masas jamás son estables ni viables. (...)

“Las tres tendencias del movimiento obrero contemporáneo —reformismo, comunismo y centrismo— derivan inexorablemente de la situación objetiva del proletariado bajo el régimen imperialista de la burguesía. (...) Por su parte, las masas jamás permanecen mucho tiempo en esta etapa transicional: se unen coyunturalmente a los centristas y luego avanzan para unirse a los comunistas o vuelven a los reformistas, salvo que caigan, por un tiempo, en la indiferencia.” (20)

Este era el proceso que se estaba desplegando inexorablemente en el movimiento socialista español a medida que el proceso revolucionario se profundizaba.

Otro aspecto a destacar en el desarrollo de corrientes centristas, es que sus protagonistas, los dirigentes, se encuentran subidos en una ola que no controlan. Los tempos que intentan marcar, los límites que sus intenciones o planes subjetivos quieren imponer, son engullidos por la dinámica de los acontecimientos. Como expusimos más arriba, frases, ideas, conceptos revolucionarios, que se utilizan con el objetivo de cautivar al auditorio y ganar autoridad en el movimiento, al caer en el fértil terreno de la revitalización política de las masas, impulsa a estas más a la izquierda y obliga a estos líderes a radicalizar más sus posiciones. G. Munis lo explica claramente: “Cuando, desde la tribuna de un pueblo extremeño, Largo Caballero anunció: ‘Estamos convencidos de que la democracia burguesa ha fracasado; desde hoy nuestro objetivo será la dictadura del proletariado’, el panorama político cambió de golpe radicalmente. De un confín al otro de la Península, las palabras ‘dictadura del proletariado’ repensaron las conciencias, convirtiendo la retirada de las masas en una nueva ofensiva revolucionaria”. (21)

En el seno del partido y el sindicato, destacados dirigentes se posicionaron con Caballero. Luis Araquistain, Pascual Tomás, Wenceslao Carrillo, Enrique de Francisco, Ricardo Zabalza y otros miembros de la dirección del PSOE y la UGT, empezaron a conformar y a organizar la llamada ala caballerista, corriente que rápidamente ganó un apoyo preponderante de la masa militante socialista y la clase obrera en general. Estos primeros reagrupamientos, dentro de la UGT y el PSOE, anticipaban los duros enfrentamientos que estaban por venir y se concretaron en iniciativas para dotar a la izquierda socialista de una base teórica con la que sistematizar las posiciones y adquirir consistencia política. En ese sentido se produjo la aparición, en mayo de 1934, de la revista mensual *Leviatán* dirigida por Araquistain, que se perfila como el principal ideólogo de la izquierda socialista.

En el número uno de la nueva revista, en un artículo titulado *La nueva etapa del socialismo*, Araquistain escribía: “Esta etapa quiere decir que hay que volver a Marx y Engels, no con los labios, sino con la inteligencia y con la voluntad. El socialismo reformista está fracasado. Nos engañamos casi todos, y ya es hora de reconocerlo. No ha fracasado el socialismo revolucionario, como afirman sus enemigos, sino su falsificación. Marx y Engels tenían razón en todo, en su teoría de la Historia y del Estado y en su programa de acción. La Historia es una guerra civil permanente, y ¡ay! de los que lo ignoran o no quieren reconocerlo, o de los que pretenden estar a bien con todos los beligerantes: a la postre, serán aplastados o esclavizados. (...) No fiemos únicamente en la democracia parlamentaria, incluso si alguna vez el socialismo logra

una mayoría: si no emplea la violencia, el capitalismo le derrotará en otros frentes con sus formidables armas económicas. Porque no caigamos tampoco en la cándida ilusión de Kautsky: el capitalismo no abdicará espontáneamente. De esto tiene que convencerse el socialismo en su nueva etapa. Y si no se convence, acabarán barriéndolo de todas partes y, dueño del campo político social, quedará sólo el comunismo.”⁽²²⁾

Más tarde nacería *Claridad* como órgano de expresión de la izquierda caballerista (hasta 1937, que pasó a ser el órgano de la UGT). Editado como semanario, bajo la dirección de Carlos Baraibar desde julio de 1935 a marzo de 1936, en abril de ese año se convirtió en diario y Luis de Araquistain en su director.

Giro a la izquierda en las Juventudes Socialistas

El ariete principal de la izquierda socialista y la fuerza que le da un irresistible impulso son las Juventudes Socialistas, una poderosa organización juvenil, que según sus propias fuentes pasó de 3.000 militantes en todo el estado en 1931, a 21.000 en 1934.

En el proceso de giro a la izquierda de la clase trabajadora, la juventud estaba a la vanguardia y esto se filtraba a todas las instancias de la organización juvenil socialista. Los jóvenes socialistas fueron los primeros en reflejar en su seno el torbellino político que se desarrollaba y las palabras de Largo Caballero encontraron en ellos un terreno muy abonado para crecer y desarrollarse.

Las referencias hechas por Caballero a la “dictadura del proletariado”, a “la conquista del poder”, a la “revolución socialista”, fueron convertidas en consignas y en reivindicaciones por los jóvenes socialistas y sus dirigentes asumieron estos conceptos como parte del lenguaje común de las Juventudes. En el número del semanal *Renovación*, órgano de expresión de las JJSS, del 16 de septiembre de 1933, cuya consigna de portada era “¡Camaradas! ¡Proa a la revolución socialista!”, Serrano Poncela (vocal del Comité Nacional de Juventudes Socialistas después de su V Congreso celebrado en abril de 1934), escribía en un artículo titulado *El proceso interno de las Juventudes*: “Nunca más de actualidad que ahora el concepto de Engels: ‘El Estado es un instrumento de opresión de una clase sobre otra’. Alrededor de él las JJSS maquinan con sus cerebros, amando viejos conceptos que por un proceso fatal de las generaciones y los partidos habían quedado bastante arrinconados ante las luminarias pomposas de la democracia burguesa y la reforma social. (...) El proceso interno, repetimos, es alrededor de este concepto de Engels. La generación pasada dice: ‘condicionamos la teoría del golpe de estado a la democracia burguesa’. La generación nueva no condiciona nada, dice sencillamente: ‘A la dictadura del proletariado, que es la única solución socialista’. Ni democracia ni parlamentarismo. El proceso interno de las JJSS, que cada día destaca con más violencia inexorable, es el concepto autoritario del Estado de dictadura de clase’.” (23)

En el siguiente número de la revista, en una entrevista concedida por Largo Caballero al semanario juvenil, este declaraba: “A través de la democracia burguesa la clase obrera no puede hacer más que ponerse en relativas condiciones para el triunfo. Pero, ¿llegar al socialismo dentro de la democracia burguesa? ¡Eso es imposible! ¿Es que la democracia burguesa va a acabar con la lucha de clases? ¿Va a socializar los medios de producción y de cambio? ¡Como vamos a soñar tal cosa! El capitalismo acudirá a la violencia máxima para mantener sus posiciones y el socialismo tendrá que llegar también a la violencia máxima para desplazarle.” (24)

A medida que pasan las semanas, el tono de las consignas va subiendo, espoleados además, por los propios acontecimientos en la lucha de clases nacionales e internacionales. La victoria de la derecha en las elecciones de noviembre de 1933, la derrota de los obreros austriacos en febrero de 1934, profundizan el giro a la izquierda de los jóvenes socialistas. Es importante resaltar que las declaraciones de los dirigentes eran un reflejo ya filtrado, ya algo limado, suavizado, del sentir de las bases, de las aspiraciones de la militancia de las juventudes.

En el debate dentro del socialismo español sobre la colaboración o no con los republicanos, la posición de las JJSS es muy clara y tajante en esos momentos. En el editorial de *Renovación*, titulado ‘Los cepos de la burguesía’, del 13 de enero de 1934, leemos lo siguiente: “En marcha hacia el futuro de la clase trabajadora, la pequeña burguesía tiene una misión claramente definida: la del cepo. Retiene y mutila a la vez. Las energías más prometedoras del proletariado han sido consumidas en los cepos que la burguesía ha puesto en su camino. Cuando era más de temer la fuerza expansiva del socialismo; cuando tal vez era inminente un triunfo en toda la línea de los trabajadores, la burguesía ha sabido colocar los cepos que detienen la marcha del proletariado. (...) Oteando (los republicanos) el futuro ha visto las orejas a la revolución y quiere alejar este peligro a fuerza de habilidad. Quiere unirse a la revolución misma para chupar parasitariamente sus jugos e inutilizarla. (...) ¡Alerta a la corrupción que operan los pequeñoburgueses de la República! ¡Contra los que desvitalicen el socialismo! ¡Contra los que esperan mansamente, confiando en la democracia, que pase la caballería fascista!”. (25)

El mismo número del periódico señala ideas muy claras a lo largo de sus páginas: “Largo Caballero ha propugnado el frente único obrero. Nosotros estamos de acuerdo con él y contra todos los que propugnen una conjunción con elementos de la burguesía más o menos avanzados. Eso pasó a la historia.” “Por mucho que lo intenten los llamados hombres de izquierda, la conjunción republicano-socialista no se puede resucitar. La única conjunción posible ya es la del proletariado revolucionario.” “La situación actual solo tiene una salida: la revolución social.”

La posición defendida por las JJSS acerca de la unidad de acción es la de constituir un frente único revolucionario. En este sentido hacen llamamientos a anarquistas, a la Izquierda Comunista y a los comunistas oficiales (estalinistas) para concretarlo.

Las JJSS mantenía en aquel momento una actitud muy crítica hacia la política de la Juventud Comunista estalinizada por su actitud sectaria hacia el resto de las organizaciones obreras. El 23 de septiembre de 1933, podemos leer en *Renovación*: “Los comunistas lanzan estos días el anzuelo hacia nuestros cuadros poniéndoles el cebo del frente único, con una insistencia que no nos preocupa. No picaremos. Estamos persuadidos de que lo que ellos llaman ‘el frente único por la base’ no puede conseguirse en la forma en que ellos buscan. (...) Sabemos que no es preciso llamar la atención de nuestros amigos, que ya conocen sobradamente estas maniobras desleales y antiproletarias.” (26)

Un tono mucho más fraternal es el utilizado para dirigirse a los anarquistas. José Laín, futuro miembro del Comité Nacional de las Juventudes, polemizando teóricamente con los jóvenes ácratas, escribe en *Renovación* el 20 de enero de 1934: “Frente único para la acción. Y esta acción no puede ser otra que un movimiento revolucionario cuidadosamente preparado, serio y con la extensión suficiente para que ofrezca garantías de que se pueda derrocar al sistema capitalista. (...) Se trata del porvenir de la clase trabajadora. (...) Y ahora es cuando se presenta la cuestión más espinosa. (...) ¿Qué hacer el día después del triunfo de la revolución? Si nos atenemos a la doctrina anarquista, nada. Se declara desaparecido el Estado y a esperar de la buena voluntad de todos una mejor organización de la sociedad. Para nosotros es entonces cuando hay que

comenzar la labor revolucionaria. Descuajar a la burguesía, el ejército, la fuerza pública, la prensa, los bancos. Todos los tentáculos que extiende la burguesía dominante.

“Y esto, para nosotros (las fuerzas de inspiración marxista) solo puede realizarse con un régimen transitorio de dictadura del proletariado. No creo sin embargo, que este sea un obstáculo insalvable. Recuérdese, recuerden los anarquistas, que si nosotros queremos un Estado de dictadura proletaria no es como un fin, sino como un medio, a nuestro juicio, el más eficaz, para acabar precisamente con el estado, tanto burgués como proletario. (...) Vayan todas estas sugerencias a los camaradas anarquistas, para barrer muchos recelos teóricos y acercar nuestras posiciones. Que están y deben estar, más cerca de lo que primeramente pudiera creerse.” (27)

El 3 de marzo de 1934, en las páginas de *Renovación* también se reproduce una amistosa carta dirigida a los dirigentes de la Izquierda Comunista: “¿Puede haber coincidencias? Si. Las hay ya. Lo que es preciso es comenzar. Y como vosotros decís, camaradas: ‘sin reservas ni segundas intenciones’. Frente único por la base es sabotear el frente único. (...) Creemos, esperamos que coincidáis con nosotros. El objetivo es el triunfo de la revolución. Y hablando con claridad y nobleza nos entenderemos. Que todos hagan igual y el frente único será un hecho.” (28)

En otros aspectos clave, se vislumbraban incongruencias en la política de las Juventudes a la hora de intentar concretar su orientación revolucionaria. Su referente teórico y práctico seguía siendo la fracción caballerista del Partido y del Sindicato, y las carencias y contradicciones de la izquierda socialista eran muy acusadas. Uno de los aspectos más característicos de los dirigentes centristas, era la discrepancia entre sus palabras y los hechos. En el caso de Largo Caballero y sus compañeros izquierdistas, esta “cualidad” se manifestaba de forma muy aguda, como veremos más adelante.

A pesar de que la idea central de los discursos caballeristas era la revolución socialista, no hacían mucho para preparar realmente las fuerzas que garantizaran su triunfo. La consigna del momento pasaba por negar la importancia de la lucha huelguista, que se desarrollaba con fuerza: “Nada de batallas parciales; si presentamos éstas la revolución se perderá. La masa ya está en forma” (29) La dirección de las JJSS seguía esta misma política. En *Renovación* del 18 de abril de 1934 podíamos leer la siguiente consigna: “¡Basta de batallas parciales! ¡Preparaos para la lucha definitiva!”.

A pesar de estas lagunas en la acción política, que revelaban importantes carencias teóricas, el proceso de radicalización siguió consolidándose. El V congreso de las JJSS, celebrado en abril de 1934, supuso un afianzamiento del giro izquierdista. La Comisión Ejecutiva, que hasta ese momento estaba dirigida interinamente por los izquierdistas después del abandono de los besteristas a fines de 1933, se reconoció oficialmente. Carlos Hernández Zancajo, como presidente, y Santiago Carrillo, como secretario general, encabezarían a partir de ese momento la organización juvenil.

Las JJSS comprenden que la clase obrera necesita un partido fuerte, disciplinado y orientado hacia la lucha por el socialismo sin lastres internos. Así, meses antes de Octubre, abogan ya por la depuración del Partido de reformistas y centristas: “No se trata en la actuación parlamentaria de determinados errores al enjuiciar un problema (...). Hay algo más grave, más importante y es el saber si los hombres que componen esa minoría parlamentaria nos van a servir para una acción revolucionaria antes y

después de la conquista del poder. (...) No, tienen el fetichismo del parlamentarismo y la legalidad. (...) Acentuemos la depuración del Partido sin detenernos ante nada, intransigentemente. (...) Nuestra minoría es una carga para la lucha revolucionaria.” (30) En septiembre, una vez más vuelven a la carga en el mismo sentido: “La fracción reformista, tan divorciada del sentir del partido como la burguesía republicana o más, continua en nuestros cuadros o por rutina o porque espera la revancha. Si lo primero no nos conviene porque significa un lastre que impide la libertad de movimientos, lo segundo demuestra que conspira por situar al partido en una posición contrarrevolucionaria. Por eso, ante el proceso revolucionario se nos plantea una necesidad: eliminar, separar de nuestros cuadros a la fracción típicamente reformista. Es este un deber de las masas socialistas, presionar para la eliminación de la fracción reformista. Si las masas están a la altura de las circunstancias, esa eliminación será fácil y no causará al socialismo español más que bien incalculable.” (31)

La búsqueda de ideas y referentes es clara. En el terreno internacional, la posición en el seno de las Juventudes se encontraba lejos de ser unánime. Los dirigentes abogaban por la depuración de la Segunda Internacional de los elementos reformistas y por la unidad de todas las corrientes de “orientación marxista”. En septiembre de 1933, leemos en un editorial de *Renovación* titulado ‘¿Hacia la IV Internacional?’: “León Trotsky se lanza a la aventura de constituir una IV Internacional que recoja los partidos escindidos de las otras internacionales. (...) Prevemos que esta nueva internacional nace sin vida. El actual problema no estriba en constituir una nueva central que reste adeptos a las ya existentes; para nosotros el problema estriba en influir dentro de las secciones para llegar a una unidad de las internacionales marxistas. (...) Admiramos profundamente la figura política de Trotsky por su temple de luchador y su categoría de constructor de una revolución, y por ello nos duele más su presente actitud. (...) Combatimos las maniobras oscuras del estalinismo con el ‘frente único por la base’ e igualmente combatimos este proyecto de IV Internacional. Queremos la unidad obrera sincera y real, de internacional a internacional. Creemos con ello interpretar fielmente el marxismo revolucionario.” (32)

El 11 de noviembre, Federico Melchor volvía sobre el mismo tema insistiendo en los mismos argumentos, y el debate no debió agotarse por que en abril de 1934 encontramos en el órgano de expresión de las Juventudes un artículo titulado *No con mi voto*, firmado por Rafael Castro de Madrid que, aunque se mantiene en la misma postura, que parece la oficial, es menos tajante respecto al rechazo a la constitución de una IV Internacional: “Hagamos nuestra revolución; resucitemos la Segunda Internacional, rescatándola para la revolución y fundamos todas las tendencias de interpretación marxista, que no subsisten más que por la insuficiencia de muchas aptitudes. Entonces, hecha esta fusión, este frente único por centrales internacionales, tal vez surja, no la IV, sino la internacional de todos los trabajadores.” (33)

En el ambiente de radicalización de la militancia de las JJSS, los dirigentes de las JJSS tuvieron, finalmente, que plantearse la ruptura con la Segunda Internacional. La iniciativa se tomó en septiembre de 1934: “La Comisión Ejecutiva acordó dirigirse a las Federaciones provinciales pidiéndoles su opinión sobre los siguientes puntos:

1º Conveniencia de convocar una reunión en París, a la que asistirían los representantes de las Juventudes (Socialistas) belgas, francesas, italianas y suizas, para examinar la

situación creada a estas ante la posición reformista de la mayoría del buró de la Internacional.

2º Conveniencia de separarse, si dichas organizaciones se hallan de acuerdo, de la Internacional de Juventudes Socialistas.” (34) A finales del mismo mes se volvía a insistir en la cuestión de las Internacionales, incluida la posición ante la IV, en un artículo titulado *Ni con la segunda, ni con la tercera...*, que decía así: “...Ni con la cuarta que pueda surgir de una nueva escisión. He ahí la posición de las JJSS (...) que solo espera el refrendo de las Federaciones Provinciales. (...) La táctica reformista de la Segunda Internacional ha fracasado. Pero también ha fracasado la táctica de la Tercera. (...) Nosotros confirmamos hoy con toda energía las palabras pronunciadas por nuestro compañero Santiago Carrillo en el Stadium: “La Segunda Internacional ha fracasado. La Tercera también. En ninguna de las dos puede realizarse la unificación del proletariado. Dicha unificación sólo podrá hacerse volviendo a la Internacional de Marx.” (35)

Para la base de las Juventudes la Segunda Internacional estaba muerta y la Tercera despertaba grandes recelos por su régimen interno al que consideraban insano, y por su política sectaria hacia el resto de organizaciones de la clase obrera. Para muchos de los militantes de las Juventudes, la Oposición de Izquierdas Internacional, liderada por Trotsky, era una referencia y la idea de lanzar una Internacional que fuera una alternativa política y también organizativa a la reformista y a la estalinista, era vista por un sector significativo de ellos con buenos ojos. G. Munis explica refiriéndose a este aspecto, lo siguiente: “La base en efecto, sin consideraciones oportunistas ni demagógicas, se orientaba a la ruptura con la Segunda Internacional y a la afiliación a la IV; un congreso regional, celebrado en una provincia de Castilla la vieja, tomó una resolución en ese sentido.” (36)

Mientras los dirigentes se resistían a sacar todas las conclusiones organizativas de su giro a la izquierda, la base militante exigía audacia, también en este crucial asunto. Como en todos los terrenos, el campo estaba muy abierto en JJSS, el proceso de reorientación política, estratégica y organizativa, era muy profundo. La búsqueda de las auténticas ideas del bolchevismo, entre la masa de jóvenes militantes socialistas, era sincera y decidida.

Octubre del 34, un punto de inflexión

El fracaso de la huelga insurreccional de octubre de 1934, en su objetivo de desencadenar la revolución socialista, y la derrota de la Comuna asturiana, conmocionó a las Juventudes provocando un salto cualitativo en su viraje a la izquierda. El tono contra los reformistas y las exigencias de depuración del partido se recrudecen y se intensifica la búsqueda de la base política, teórica y práctica, que les permita hacer frente a las investidas de la reacción, que les arme políticamente en la lucha contra los “conservadores dentro del socialismo” y les dote de la guía necesaria para que la revolución socialista triunfe.

Es en ese contexto en el que la dirección de las JJSS elabora el célebre manifiesto, *Octubre, segunda etapa*. En él se refleja todo el potencial revolucionario de la organización juvenil y también sus debilidades teóricas y su confusión política en aspectos claves.

El escrito empieza con la revolución rusa de 1917, sus efectos en el Estado español y en el movimiento socialista, responsabilizando a las 21 condiciones de Lenin, de la no entrada del PSOE en la Tercera Internacional. Sobre la colaboración del PSOE y la UGT con la dictadura de Primo de Rivera, esto es lo que dice al respecto: “El movimiento obrero español entra en este momento en un período difícil de ilegalidad. Únicamente salva esta etapa, aceptando un juego de oportunismo revolucionario más o menos acertado, el PSOE, sus juventudes y la UGT.”

Justifica el pacto con los republicanos para el advenimiento de la República: “El PSOE y la UGT establecen un compromiso revolucionario con la pequeña burguesía que tienda a derribar la monarquía e instaurar una República, para con ella abrir paso a una legalidad, a un parlamento, al disfrute de unas relativas libertades y concesión de unas reivindicaciones fundamentales para la clase obrera.” También opina necesaria la colaboración en el gobierno de conjunción republicano-socialista al considerar que ni la pequeña burguesía, ni el proletariado, eran lo suficientemente fuertes por si solos, para asegurar la revolución democrática.

Sigue explicando que, una vez concretado el andamiaje republicano (Constitución, leyes complementarias, etc.), se agudiza la lucha entre la pequeña burguesía, presionada por los grandes capitalistas y el proletariado y se produce la ruptura entre republicanos y el PSOE: “El PSOE, al salir del poder, rompía definitivamente su compromiso con la pequeña burguesía y se replegaba a sus disposiciones de clase para dar continuidad a la revolución y prepararse para el asalto del Poder político, y desde él iniciar la transformación profunda y radical del régimen, atendiendo a sus realidades económicas. Las ilusiones democráticas se van perdiendo a medida que las luchas se desarrollan. El mito de la República se deshace así que van quedando al descubierto todas sus características propias. Las masas, con nuevas experiencias, radicalizadas, consideran que la democracia desde aquel momento es un mito; que el Parlamento, desde aquel instante, es una entelequia; que se ha llegado al momento histórico de decir que hay que prepararse para la insurrección, para la conquista violenta del poder político, y tras él implantar la dictadura del proletariado. (Dictadura por dictadura, la nuestra).” La victoria de la derecha supone que la reacción emprenda, apoyada por la pequeña

burguesía, “un desquite, polarizando la lucha de clases en sus grados más extremos: fascismo o revolución.”

Para los autores, llegados a este punto solo había dos caminos. “Socialismo o fascismo. Revolución o contrarrevolución.” E insisten en justificar la política de no a las luchas parciales aplicada durante todo 1934: “Pero es evidente que el arma de las huelgas debe ser manejada en períodos prerrevolucionarios con gran habilidad y tacto. Si se reconoce que históricamente se está abocado a una revolución, es imprescindible colocar por encima de los intereses específicos de las colectividades, los intereses generales del proletariado. Estos intereses siempre los recoge y representa la revolución. No quiere decir esto que los Sindicatos descuiden sus luchas parciales, sus reivindicaciones profesionales de clase, si es que su patronal pretende arrebatar alguna conquista; pero sí que se reconozca que en un período prerrevolucionario es preciso actuar procurando no quebrantar las fuerzas a los elementos que han de ponerse al servicio de grandes luchas, para conquistas integrales, definitivas. Sobre todo, saber tener muy en cuenta que en períodos agudos, cuando una revolución está encima, la burguesía, por instinto, por intuición de clase, es agente provocador constante. Procura penetrar en las fuerzas de la revolución, para desmoralizarlas y destruirlas.”

Y en ese sentido vuelven a mostrar todo su apoyo a la posición de Largo Caballero respecto a la huelga campesina: “Al propósito de la huelga de campesinos se opuso el sentido de responsabilidad. Para ello no bastaba más que una reflexión. Si se lanzaba al campesino a una huelga general, debería arrastrar inmediatamente en su solidaridad a los trabajadores industriales. La hora de la revolución había llegado. Si los trabajadores industriales no podían, no tenían preparación suficiente para acudir en ayuda de los campesinos, los campesinos no deberían ser lanzados a una huelga general que interpretaban ellos mismos y nuestros enemigos como el principio de la revolución, para que fueran desechos y la insurrección española perdiera uno de sus puntales más importantes. Concretamente el problema se planteaba: ¿es la hora, se puede o no se puede aceptar en este momento la batalla? La contestación nos la daba el examen objetivo y subjetivo de las condiciones precisas de la revolución. Ni se podía ni era la hora. ¿Por qué? La historia contestará. Desde aquel momento no quedaba más camino que evitar una provocación tan trascendental. Evitar que los campesinos confundieran su hora, su misión, para que más tarde pudieran ser útiles a las grandes batallas que se avecinaban. Con ello lograrían sus reivindicaciones máximas y contribuirían con su aportación y su esfuerzo a las tareas de la insurrección. Todo fue inútil. Los campesinos fueron lanzados a enfrentarse con la burguesía y un poder político que de todas formas interpretó aquella acción como la iniciación del movimiento. Los campesinos también. Gastaron sus elementos y sus energías. Fueron condenados centenares, cerrados sus centros y deshechas las organizaciones. Los trabajadores industriales no habían podido descender a luchas falsamente planteadas, y velando por los altos intereses del proletariado siguieron su marcha, perdiendo a sus aliados campesinos, que habían derrochado heroísmo revolucionario inútilmente...”

“Entonces, como hoy, decimos que una huelga nacional del campesinado sólo se explica como el motivo de desencadenamiento de una insurrección. Sindicalmente es una monstruosidad, si no tiene ese carácter, porque no se da la circunstancia en ningún país de que la fisonomía agraria sea unilateral y uniforme. Sino que todos tienen características propias. Una zona produce trigo, otra arroz, una es de pequeños propietarios, otra de asalariados. Las cosechas se dan en una zona en una época; en las

demás, en otra. Es obligado, en buena táctica sindical, acomodarse a las características de la colectividad para ponerla en juego y poder defender con eficacia sus intereses. Frente al movimiento irresponsable se manifestó: ‘La revolución española pierde uno de sus puntales. La historia medirá la responsabilidad, pero quienes han aceptado este papel, este compromiso, merecen, en nombre de la revolución y de los intereses generales del proletariado, ser fusilados...’.”

Este planteamiento lo combinaban con críticas muy duras al ala derecha del Partido y la UGT (Besteiro, Trifón, Saborit, etc) tachándolos de traidores y responsabilizándolos del fracaso de octubre: “En octubre estalla la insurrección. El reformismo se pone frente a ella. La traiciona. La huelga general revolucionaria, como en 1930, no se produce en muchas localidades. ¿Qué ha pasado?... Después de ahogada la revolución, el reformismo pretende caer sobre las organizaciones sindicales como los grajos sobre un cadáver. Todos los medios son lícitos. Los militantes están encarcelados, otros condenados; tienen, pues, el camino libre para sus repugnantes acciones. La burguesía les aplaude y les ayuda. Están, por ello, ufanos y siguen adelante su trayectoria vergonzante en la historia del proletariado.”

Y sigue: “Los jefes y jefecillos, que no han podido desprenderse de una educación tradicional, cuya mentalidad quedó retrasada, sin tener capacidad ni audacia para marchar al ritmo de los acontecimientos, se convirtieron, unos conscientes y otros inconscientes, en el freno más terrible a los impulsos y anhelos revolucionarios de las masas que falsamente estaban representando. No han contribuido en lo más mínimo a encauzar el sentimiento unánime de las masas, no ayudaron a esclarecer a éstas los problemas de la revolución. No participaban de los entusiasmos y del estado de ánimo que invadían todos los medios proletarios. Iban arrollados, sin tener el timón de los acontecimientos, sin comprender las realidades. Fueron incapaces de ello. Hicieron, en su mayor parte, el papel de un corcho sobre corrientes de aguas tumultuosas. (...)

“La traición a la revolución la personifican Besteiro, Trifón y compañía. Ellos la han frenado desde el momento histórico en que se inicia. Han estado sistemáticamente enfrente de toda acción, de toda labor que tendiera a recoger los anhelos revolucionarios del movimiento obrero. Oponían el peso de una burocracia insensible cuando los problemas de la reacción apuntaban. Cuando se advertía y señalaba la necesidad de virar nuestra nave sindical, la necesidad de estar a la altura de unas circunstancias imperativas, Besteiro, interpretando el sentir de todo el reformismo traidor, decía solemnemente en un comicio de gran trascendencia lo siguiente: ‘Con el Estado democrático que hemos creado, con la Carta fundamental como pieza jurídica que tiene nuestro país, existe margen suficiente para defender los intereses generales de la clase obrera...’ ‘El fascismo es el ruido de unos ratones en un caserón viejo, que asusta a los pusilánimes y a los cobardes’ (Él era el valiente). ‘No hay ningún peligro’. Esto lo decía el presidente de la UGT el 14 de octubre de 1933, cuando Lerroux subía al poder y Samper en el Ministerio de Trabajo cometía las mayores barbaridades en contra de la clase obrera.”

La conclusión práctica es, para ellos clara; hay que bolchevizar al partido. La primera lección de octubre es la necesidad imperiosa de depurar al Partido de los elementos reformistas y centristas. Contra estos últimos, ponen en guardia a los militantes socialistas: “Sólo una experiencia tan dolorosa, (el fracaso de la huelga general de octubre del 34) un acontecimiento tan trascendental, podía llevar a la conciencia de las masas socialistas, y de los núcleos directores mejor dispuestos, el convencimiento de la

necesidad de romper definitivamente con el reformismo. (...) Está justificado, pues, que las Juventudes Socialistas de España nos asignemos la tarea de expulsar al reformismo de nuestro seno, como una de las primordiales. Porque el reformismo no es sólo ese grupo de ‘ex generales’ del movimiento obrero; lo componen también otros jefecillos distribuidos por algunas localidades y provincias, con los mandos de la organización en la mano. Esos jefecillos han saboteado el movimiento de Octubre; fingieron desear la insurrección para no indisponerse con las masas, hasta que llegó el momento de la lucha, y entonces la eludieron. (...)

“Pero la expulsión de los reformistas no es más que una etapa del proceso de bolchevización del Partido Socialista. Una etapa que nosotros consideramos preciso vencer rápidamente para que las demás puedan realizarse con facilidades mayores. Quedan otras, que vamos a ir examinando, como, por ejemplo, la eliminación del centrismo. (...) El centrismo pretendió que a la insurrección contra el fascismo se fuese del brazo de la pequeña burguesía, junto con los partidos republicanos. Con esto, el resultado de la lucha, al haber triunfado, no hubiera sido la hegemonía total y absoluta de la clase obrera, la dictadura del proletariado, como deseaba la gran mayoría del Partido, sino una situación de colaboración que respetaría más o menos los privilegios de la clase burguesa. (...) Por lo que se deduce que el centrismo puede ser —y será probablemente— refugio seguro para los restos del naufragio reformista.”

Insistían en la política de independencia de clase, algo que los enfrentaba con los estalinistas que habían abandonando las teorías ultraizquierdistas del socialfascismo y el frente único por la base, preparando el camino del “Bloque Popular Antifascista” antesala del Frente Popular: “Es preciso desarmar a los comunistas, identificados con la derecha del Partido Socialista en la apreciación de esta cuestión, poniendo de relieve cómo los verdaderos bolcheviques somos nosotros, que, frente a la consigna de Bloque Popular Antifascista, levantamos la de la Alianza de los proletarios.”

En cuanto a la referencia internacional abogaban por la salida de la Segunda Internacional e insistían en descartar como referencia concreta a una posible futura IV Internacional: “Pero cuando erraba (Trotsky) era al suponer que tanto la Tercera Internacional como los partidos de la Segunda no iban a ser capaces de acomodarse a los nuevos deseos del proletariado. Y partiendo de este supuesto falso, Trotsky llegaba a la conclusión de que la clase obrera, disgustada con ambas Internacionales, buscaría la unidad por nuevos derroteros, cuyo cauce podría ser muy bien el que le ofreciese una Cuarta Internacional.”

Y a pesar de las diferencias que expresaban frente al estalinismo en el terreno político y organizativo, confirmaban que la revolución de octubre seguía siendo un poderoso foco de atracción, dando un paso hacia el entendimiento con la Tercera Internacional, a la que seguían considerando la heredera del octubre soviético: “¿Es que el Partido y las Juventudes Socialistas de España, aunque acepten el programa, pueden estar en una Internacional en la cual todas las inspiraciones vienen de arriba; con un Comité Ejecutivo que no sólo marca las directrices políticas de la organización, sino que puede expulsar por cuenta propia a los militantes sin escuchar la opinión de las masas, incluso desatendiéndola; que puede modificar los acuerdos de los Congresos, en los cuales está representado el sentir de todos o la gran mayoría de los afiliados? ¿Pueden todos los militantes socialistas, desde el primero al último, resignarse a perder la facultad de autodirigirse y de ejercer la crítica proletaria que tan beneficiosa es para el movimiento?

Resueltamente no. Esas condiciones estatutarias son las que nos separan hoy de la Tercera Internacional. (...) Sin embargo, nosotros no perdemos la esperanza de que la Tercera Internacional reforme sus estatutos. Lo mismo que ha rectificado en otros aspectos, tendrá que rectificar en éste. La lección de los hechos la obligará a ello. (...) Si creemos que es la Tercera Internacional la que habrá de amoldarse a este género de transformación es por considerar que siendo Rusia el primer país socialista, la Meca del proletariado, en ella y sólo en ella puede estar el centro del proletariado mundial, mientras la revolución no vaya triunfando en otros países.” (37)

Octubre segunda etapa tuvo un efecto explosivo, echando más leña al fuego de la crisis que paralelamente se estaba desarrollando en el Partido y la UGT. Los reformistas y centristas protestaron con vehemencia. Prieto se dirigió a la Comisión Ejecutiva del PSOE denunciando la actitud de la Federación de Juventudes, argumentando que estas no se habían creado para dictar normas al Partido y mucho menos para dar patentes de traidores a hombres encanecidos de sus filas. No fue escuchado. Andrés Saborit, junto a otros reconocidos besteiristas, se sintieron ultrajados como señalaron en una carta enviada a la Comisión Ejecutiva del PSOE:

“Madrid, 29 de noviembre de 1934. Comisión Ejecutiva del Partido Socialista Obrero Español, Madrid. Estimados correligionarios: Sin sorpresa, pero con profunda y justificada indignación, hemos leído, primero en *Octubre* y después en *UHP*, [*Unión de Hermanos Proletarios*, semanario clandestino de las Juventudes tras ser cerrado *Renovación* en la ola de represión que siguió a Octubre] ambas publicaciones clandestinas, pero que se dicen portavoces de las Juventudes Socialistas, ataques violentos, por el lenguaje que en los mismos se emplea, para elementos pertenecientes al Partido Socialista Obrero Español, a quienes se moteja de reformistas por los escritores anónimos de las mencionadas publicaciones, llegando a preconizar como necesaria la escisión del Partido, en el que los abajo firmantes llevamos militando, sin tacha para nuestra conducta, el que menos, veinticinco años.

“Ya sería esto motivo suficiente para elevar nuestra voz dolorida ante la Comisión Ejecutiva del Partido, llamando a la vez su atención sobre la gravedad del proceder que desde hace ya bastante tiempo vienen siguiendo los elementos dirigentes de las Juventudes Socialistas en nuestro país; pero, además, compañeros de la Comisión Ejecutiva, en las publicaciones de referencia se trata de ofender, con insultos de la mayor gravedad, a quien nosotros consideramos excelente camarada y militante socialista de insuperable condición: a nuestro querido amigo Julián Besteiro. Y sin hablar con él de este enojoso asunto, sin darle cuenta previamente de nuestra resolución, hemos decidido enviaros la presente para protestar ante vosotros contra esta campaña de descrédito —principalmente para quienes la realizan—, y altamente perjudicial para las ideas, esperando que cese vuestro silencio cuando públicamente se maltrata a excelentes correligionarios y se hacen alardes de tan mal gusto contra la integridad del Partido. Estamos dispuestos los firmantes a los mayores sacrificios por nuestros ideales; pero nadie nos exigirá que renunciemos a defendernos públicamente cuando públicamente se nos ofende, máxime si las autoridades del Partido, por razón de los cargos de dirección que en el mismo tienen, dejan incumplido su deber. Fraternalmente vuestros y de la causa socialista. Firmado: Andrés Saborit, Lucía Martínez, Trifón Gómez” (38)

En *Octubre, segunda etapa*, se manifiesta todo el potencial revolucionario de las JJSS, pero también se advierten todos los peligros que se cernían sobre su futuro. La

persistencia de la confusión política; no haber sacado las conclusiones correctas de la política reformista aplicada en los años anteriores (colaboración con la dictadura de Primo de Rivera, después con los republicanos y la propia participación en el gobierno, etc.) y la incompreensión del proceso de degeneración burocrática que había sufrido la revolución rusa, el Estado soviético y las organizaciones que conformaban la Tercera Internacional, eran carencias que, sometidas a la presión de los acontecimientos revolucionarios, amenazaban convertir este proceso de radicalización en un trágico aborto.

De la bolchevización a la estalinización

En ese ambiente de radicalización revolucionaria, una de las aspiraciones más anheladas por la militancia de las Juventudes era la unidad, como un medio para luchar por la revolución socialista y combatir la amenaza fascista. Los jóvenes socialistas aspiraban a unificar a todas las organizaciones revolucionarias. Su planteamiento era que, ya que las JJSS eran la organización juvenil más importante, fueran estas las que dieran cabida en su seno a todas las demás.

Después de Octubre del 34 se incrementa la labor para concretarla. Los llamamientos son continuos y muy claros: “Camaradas. Durante la Revolución de octubre hemos luchado juntos contra el fascismo, en un mismo bloque y para el mismo objetivo. ¿Por qué no seguir haciéndolo así? ¿Por qué seguir separados si nuestra línea es la misma? La Juventud Socialista ha roto definitivamente con el reformismo socialdemócrata, y quiere, de acuerdo con la Juventud Socialista de Francia, de Bélgica, de Suiza, de Checoslovaquia, de Inglaterra y de Austria, emprender la reconstrucción del movimiento de la juventud sobre la base más pura del marxismo revolucionario. La dirección internacional necesaria para obtener la victoria no existe. La Segunda y la Tercera Internacional han perdido su papel dirigente. Después de la victoria de Hitler ha nacido un nuevo movimiento. Creemos que es necesario y urgente terminarlo. Regresemos a Marx y a Lenin. Unamos la juventud revolucionaria en una Internacional que rompa con los errores del pasado. Para ello invitamos a la Juventud Comunista, a las Juventudes Comunistas de Izquierda, a la Juventud del Partido Comunista Ibérico a entrar en masa, como tales, en la Juventud Socialista de España. Invitamos a la juventud proletaria revolucionaria a unirse a nuestra bandera para la reconstrucción del movimiento proletario internacional.

“¡Por la unidad orgánica de la Juventud revolucionaria!

“¡Por una Internacional marxista!

“¡Por la bandera de Marx y de Lenin!

“Nosotros hemos tenido respecto a esta proposición una discusión con la Juventud Comunista: ésta ha rechazado de forma secundaria nuestras propuestas. Sin embargo, no hemos perdido la confianza.

“¡Jóvenes comunistas, haced presión sobre vuestra dirección para que se realice la unidad orgánica!

“¡Jóvenes obreros, la Juventud Socialista de España os llama a la unidad!

“¡Viva la Revolución de octubre!

“¡Viva la unidad orgánica!” (39)

De las organizaciones revolucionarias, la Izquierda Comunista (ICE) todavía sección española de la Oposición de Izquierdas Internacional, dirigida por León Trotsky, era la que gozaban de más prestigio entre los Jóvenes socialistas. Ya en 1932, las JJSS de Zaragoza, pidieron a la Comisión Ejecutiva Nacional del PSOE que solicitara al gobierno el permiso para que Trotsky pudiera entrar en España: “El 25 de junio de 1932 se celebró en Zaragoza el congreso constituyente de la Federación Provincial zaragozana de las JJSS (...) Así hay noticias, por la Memoria del Congreso, de las actividades orgánicas del grupo juvenil zaragozano en los pasados años, como por ejemplo la petición a la Comisión Ejecutiva Nacional para que solicitara ‘del gobierno se autorizara la entrada de Trotsky en España.’” (40) A pesar de que eran una organización pequeña, las aportaciones políticas y teóricas de la Izquierda Comunista

les había granjeado una gran autoridad entre sectores conscientes del proletariado y la juventud. Cuando el objetivo central dentro de las Juventudes pasa a ser la “bolchevización” del socialismo español y su depuración de elementos reformistas, muchos socialistas ven en la ICE la herramienta para conseguirlo. Los dirigentes de las Juventudes declaraban públicamente que consideraban a los cuadros de la ICE como los mejores teóricos y revolucionarios de España, haciéndose eco del gran prestigio del que gozaban entre la base.

Trotsky, consciente de que la conquista de la Juventud Socialista era el primer y decisivo paso para ganarse a la mayoría de las masas obreras y campesinas, aconsejó a Andreu Nin y la ICE entrar en las JJSS para dar forma completa al sentimiento revolucionario surgido en su seno. El ambiente dentro de las Juventudes era excepcionalmente propicio. He aquí el testimonio de primera mano ofrecido por G. Munis: “Debo referir un caso personal muy ilustrativo de la tendencia imperante en la Juventud Socialista. Siendo yo representante de la Izquierda Comunista en la Alianza Obrera, miembros del Comité madrileño de la Juventud me propusieron ingresar en esta. Argüí que me gustaría, pero que no ingresando sino personalmente, solo podía aceptar previo consentimiento de mi organización, y en caso de que me permitiese seguir desempeñando mis funciones de militante de la misma. Los proponentes estuvieron conformes sin el menor regateo, hasta tal punto consideraban ligado su destino revolucionario al de la organización trotskista. Desgraciadamente, la ICE se negó a autorizar mi ingreso, so pretexto de mayor utilidad, hube de someterme a la disciplina.”

(41)

La dirección de la ICE no entendió el proceso que se estaba dando dentro de la socialdemocracia en general y de las JJSS en particular. Para ellos no se trataba más que de maniobras de la burocracia, de poses pseudorrevolucionarias que esta adoptaba para poder seguir controlando la organización. A los llamamientos a entrar a las Juventudes para bolchevizarlas, respondían que la auténtica ruptura con el reformismo deberían hacerla escindiéndose del movimiento socialista y entrando en la ICE. Los artículos en la revista *Comunismo*, órgano teórico de la Izquierda Comunista, escritos al respecto insistían en estos argumentos: “Nuestra presente experiencia nacional, ligada a toda la experiencia internacional, es la condenación más elocuente del reformismo, y el proletariado tiene que sacar como consecuencia que hay que abandonar los viejos partidos socialistas podridos hasta la médula y organizar una verdadera vanguardia revolucionaria, un partido comunista capaz de organizar la lucha y la victoria. El Partido Socialista, en conjunto, no tiene reforma posible. Los militantes socialistas que sinceramente se orientan por la vía revolucionaria deben reconocer que la condición previa para que esta radicalización tenga eficacia es la escisión del partido. Sin esto, el ala revolucionaria del partido no podrá dar un paso y la corriente revolucionaria que indiscutiblemente existe en sus filas estará condenada a la impotencia.” (42)

En otro artículo podemos leer: “Esta ala izquierda del socialismo, acaudillada por burócratas expertos, está realizando una maniobra de gran envergadura. Con sus amenazas pretenden intimidar a la burguesía y (lo que es para ellos más importante) absorber el movimiento obrero revolucionario, apareciendo como su vanguardia. Multitud de obreros socialistas, escépticos respecto a las posibilidades revolucionarias de su partido, se animan creyendo que enciende la antorcha de la revolución.” (43) A pesar de esta actitud sectaria y arrogante, los llamamientos seguían produciéndose,

mostrando la gran autoridad con la que la ICE contaba en el seno de la militancia de las JJSS.

La editorial de *Renovación* del 1 de septiembre de 1934 planteaba lo que sigue: “Cierto que también nos produce algún sinsabor, pues incluso algunos que se llaman revolucionarios no tienen reparos en atribuirnos un propósito conscientemente perturbador. No aludimos tan solo con esto a los de dentro, sino también a algunos de los que andan por nuestros aledaños, los trotskistas, por ejemplo, que declaran abiertamente en sus periódicos ‘el peligro de nuestra política sentimentalmente revolucionaria’. (...) Cierto que el partido de la revolución necesita una dirección de hierro. Pero, ¿Cómo llega a poseer esa dirección? ¿Mediante el ataque desde fuera? Nosotros opinamos que sólo por medio de la crítica interna se conseguirá totalmente esa dirección. Si trotskistas y bloquistas, que desde fuera nos dirigen reproches, vinieran a nuestro campo a ayudarnos a dar la batalla a la fracción reformista, los frutos serían más rápidos.”³⁹(44)

Santiago Carrillo, polemizando con Maurín, dirigente del Bloque Obrero y Campesino, BOC (partido proveniente de la escisión del comunismo oficial en Cataluña y con el que la ICE se fusionaría en 1935 para constituir el Partido Obrero de Unificación Marxista ‘POUM’), organización que utilizaba argumentos parecidos para rechazar la entrada a las JJSS y al PSOE, decía: “Por ahora imaginemos, amigo Maurín, que la victoria del centrismo y del reformismo en nuestro Partido sobreviniera irremediablemente, a pesar del ingreso del Bloque, por ejemplo. Que la eliminación no se hiciera en nuestro seno abriendo la puerta a la derecha, sino a la izquierda. ¿Que perderíais vosotros? Al salir tendríais más prestigio que cuando entrasteis; mucho más. Podríais hacer ver a las masas obreras vuestra buena voluntad de unificar al proletariado, demostrada por los hechos y no con consignas que no se cumplen. Habríais ganado terreno entre las masas socialistas, yendo hacia ellas, educándolas, e incluso atrayéndolas en vuestra salida.”

Anteriormente, en el mismo artículo había planteando la cuestión de manera muy certera con el siguiente razonamiento: “Cuando nosotros invitamos a los demás núcleos obreros a ingresar, no pensamos en la cantidad, sino en la calidad. No en que colaboren con la derecha, sino en que nos ayuden a desalojarla, ayudándonos a plantear los problemas con mayor claridad y mayor justeza. Por otra parte, nosotros conocemos las reacciones que el espíritu de partido provoca en nuestras masas: desde dentro, con la bandera del Partido en las manos, la victoria será no sólo posible, sino probable; desde fuera, todo intento renovador provocaría una reacción peligrosa del espíritu de partido, y no lograría más que efectos negativos.”⁴⁰(45)

Estas son las opiniones que, desde finales de 1933, emanan de los dirigentes de la ICE y del BOC. Tenían a la vanguardia de la juventud revolucionaria en el Estado español pidiéndoles que lucharan junto a ella para aniquilar al reformismo y bolchevizar las Juventudes y al Partido Socialista. La ICE era, por el nivel político, la experiencia y la autoridad de sus cuadros, la única preparada (sobre el papel) para dar a esta radicalización la imprescindible consistencia teórica y práctica. Construyendo en el seno de las JJSS una poderosa fracción sobre esa base, tenían todo a favor para llevar a cabo una dura lucha sin concesiones, y desenmascarar a esos “caudillos burócratas expertos que estaban realizando una maniobra de envergadura” ante los miles de militantes que buscaban el bolchevismo de forma honesta. Podían haber dado al genuino marxismo revolucionario una base de masas con la que enfrentar los retos que la revolución

española planteaba, y evitar que todo este potencial acabara disipándose o que fuera descarrilado siendo ganado por el estalinismo. Pero renunciaron a esta tarea para unirse al BOC, una organización con una implantación y tradición incomparablemente menor que las JJSS, y no menos confusa en sus análisis y orientación política, perdiendo así una oportunidad histórica que tendría dramáticas consecuencias para el futuro.

Una de las consignas centrales defendida por las Juventudes Socialista era el frente único. Los primeros contactos entre JJSS y las Comunistas en ese sentido, fueron infructuosos. La posición sectaria de la Tercera Internacional, la caracterización de “socialfascista” que hacían de la socialdemocracia y la consigna de frente único por la base, eran un fuerte obstáculo. Del 26 al 30 de julio de 1934, se producen reuniones de delegaciones de las dos juventudes para discutir sobre la unidad de acción y las Alianzas Obreras. Estas se rompen. En agosto de 1934, podemos leer en *Renovación* la explicación de esta ruptura de conversaciones, además de una clara denuncia a las manipulaciones y el sectarismo estalinista: “Nosotros fuimos a las conversaciones con una esperanza sin límite. A pesar de la experiencia pasada, suponíamos que ahora se nos requería lealmente. (...) Se interrumpen las conversaciones [por la negativa estalinista a ingresar en las Alianzas Obreras]. Y *Mundo Obrero* dice: ‘Los jefes socialistas rechazan las proposiciones de unidad de acción, cerrando el paso a todo acuerdo.’ Y bajo este epígrafe comienza de nuevo la campaña de desprestigio contra los directores del Partido y las JJSS, pretendiendo enfrentarnos con nuestras propias masas.” (46) En el verano de 1934 el PCE publica un folleto titulado *¿Alianza Obrera? ¡No! ¡Frente Único! Esta es la salida*. La Alianza Obrera es definida como alianza “antiobrera”, como lo opuesto a la vía del frente único revolucionario (47)

A partir de septiembre de 1934, el PCE dará un vuelco a su posición y solicitará el ingreso en las Alianzas Obreras. Un paso inducido por el nuevo giro que se estaba operando en la política de la IC y de Stalin, a partir de su acercamiento a la burguesía francesa con la que selló un acuerdo militar en mayo de 1935, y que cristalizaría en el VII Congreso de la Internacional Comunista (agosto de 1935). Dimitrov, encargado por orden de Stalin de la ponencia general de ese congreso, el último de la Internacional Comunista, definiría en él la política de los Frentes Populares, una reedición de las viejas tesis mencheviques y reformistas de la colaboración de clases.

El giro del PCE impulsó con fuerza la orientación de los dirigentes de las JJSS hacia la JC. El 19 de septiembre de 1934, se celebró un acto conjunto entre JJSS y la JC en el Estadio Metropolitano de Madrid, conocido como “mitin del Stadium”, al que asisten entre 80.000 y 100.000 personas para protestar por el decreto del gobierno derechista sobre la actuación de los jóvenes en política, en el que se exigía el consentimiento paterno para que esta participación fuera legal.

Después de la huelga general de octubre, los contactos se incrementan. Surgen los comités de enlace entre ambas Juventudes cuya función será, en un principio, la de dirigir las iniciativas de acciones unitarias entre ambas. La idea de la unidad orgánica empieza a fraguar rápidamente. Son varios los factores que lo impulsan; el giro estalinista abandonando la política del “socialfascismo”; la necesidad de conformar la unidad obrera en la lucha contra el fascismo; el hecho de que los caballeristas (como más adelante veremos) utilizaran la consigna de fusionar los partidos obreros en uno solo para alcanzar “la unidad orgánica del proletariado”, como un arma política en su lucha contra los prietistas dentro del PSOE; el deseo entre la militancia de la juventud

socialista de concretar de una vez por todas de forma práctica la bolchevización; la nefasta política antes señalada de la ICE hacia las JJSS y la radicalización socialista en general; y, por supuesto, la autoridad del primer Estado obrero de la historia. Todos estos factores hinchan las velas de la unificación.

Por otro lado, para un sector de los dirigentes, que en realidad se habían visto arrastrados por el ambiente entre la base a defender posiciones revolucionarias, y que sentía el suelo temblar debajo de sus pies ante la efervescencia política que dificultaba el control de la dirección sobre la vida interna de las Juventudes, la unificación con las Juventudes Comunistas y la afiliación a la Tercera Internacional eran vistas como un elemento que fortalecería la estabilidad interna y aumentaría su margen de maniobra para controlar la organización.

Llegados a este punto, el giro hacia la Internacional Comunista es ya claro y se abre paso en diferentes Federaciones de las JJSS, como podemos comprobar en esta carta en la que ya se aprecia, por otra parte, la empalagosa retórica estaliniana de adulación a los líderes:

“Valencia, 12 de noviembre de 1935.

“Al camarada G. Dimitrov, Moscú.

“Querido camarada, las Juventudes Socialistas y con ellas todo el proletariado español han seguido con un interés excepcional las deliberaciones del VII Congreso de la Internacional Comunista y han leído con gran satisfacción vuestro informe sobre la unidad obrera contra la burguesía y el fascismo.

“El octubre rojo español ha sido una demostración del espíritu revolucionario que animaba al proletariado español y de su decisión de luchar en las mismas filas para la causa común de todos los trabajadores. Este espíritu, camarada Dimitrov, es más firme aún hoy y tenemos la esperanza que la unión de los camaradas comunistas y socialistas se hará rápidamente y permitirá realizar, próximamente, los deseos expresados en vuestro informe, deseos que, nos parece, son de una gran precisión y el resultado de una visión clara de los problemas concernientes a la clase obrera del mundo entero.

“Mientras se celebraba el VII Congreso de la Internacional Comunista que os ha elegido, afortunadamente, secretario general, tenía lugar en Valencia el IV Congreso de la Federación provincial de las Juventudes Socialistas de Valencia, al cual asistía una delegación fraternal de las Juventudes Comunistas. En este Congreso fue adoptada por unanimidad, saludada por ovaciones, una resolución que traducía el deseo de los jóvenes marxistas de la provincia de Valencia y de España entera de editar en común un número especial de los periódicos *Adelante* y *Verdad*, el primero órgano de las Juventudes Socialistas de Valencia, el segundo, de los camaradas comunistas.

“Este número especial debe aparecer el 22 del corriente y estará consagrado a la conmemoración del aniversario de la gloriosa Revolución rusa. Por ello, os rogamos que nos hagáis llegar algunas líneas de vuestro puño y letra que serán un autógrafo vuestro y también un artículo. Nuestro número contendrá artículos de los camaradas más importantes de los Partidos y de las Juventudes Socialistas y Comunistas.

“Esperamos, querido camarada, que queráis contribuir a la tarea que queremos cumplir al publicar el número especial de *Adelante-Verdad*.

“Presentad al camarada Stalin, digno jefe del proletariado de la Unión Soviética, la expresión sincera de nuestra admiración, del gran afecto que nosotros, revolucionarios españoles, sentimos por él. Haced partícipe también de nuestra admiración a todo el proletariado de la URSS por la obra magnífica de edificación socialista que realiza con tanta abnegación.

“Os renovamos, camarada Dimitrov, la expresión de nuestro inmenso afecto y de nuestra profunda amistad y quedamos a vuestra disposición y a la de la causa de la clase obrera.

“Firmado: Justo M. Amutio, redactor en jefe de la redacción de *Adelante-Verdad*.” (48)

La dirección de las JJSS seguía insistiendo como condición inamovible, en que la unificación con las diferentes fuerzas proletarias debería hacerse a través del ingreso de estas en las filas de la Juventud Socialista en el caso de los jóvenes, y en el PSOE si la fusión era de partidos, pero esto no fue inconveniente para que la “unión orgánica” se concretara.

El proceso no estuvo exento de dificultades. Las más importantes provenían de las discrepancias políticas existentes. El estalinismo, como ya hemos explicado, saltó del ultraizquierdismo más sectario del “tercer período”, de considerar a toda organización obrera que no fuera él como fascista (socialfascismo, anarcofascismo, etc.), a la consigna de unidad popular contra el fascismo. Para muchos jóvenes socialistas este planteamiento no era más que la versión estaliniana de la política de pactos con los republicano-burgueses, preconizada por Prieto dentro del PSOE.

De hecho, las resoluciones del VI congreso de la Internacional Juvenil Comunista, celebrado a finales de septiembre y principios de octubre de 1935, sobre todo en lo que se refieren a la política de alianzas, provocaron el rechazo de muchos militantes y dirigentes de las Juventudes. Serrano Poncela, miembro del Comité Nacional de las JJSS, escribió al respecto: “He aquí el concepto de la unidad orgánica que ha flotado desde el primer instante por el consciente de todos los delegados [A continuación cita las palabras de Raimond Guyot, secretario de la Internacional]: ‘Debemos constituir una organización de masas de jóvenes sin partido, abarcando no solo a la Juventud Comunista, sino también a la Juventud Socialista, así como a jóvenes sin partido. En las organizaciones de la juventud tienen cabida todos aquellos que quieren luchar por el progreso, contra el fascismo y la libertad, contra la guerra y por la paz. (...) Nuestras formas de organización deben, claro está modificarse de acuerdo con las nuevas tareas. Nuestras organizaciones, nuestras células son demasiado austeras, muy políticas. Responder a las demandas económicas, culturales, políticas, de la nueva generación por medio de grupos, de clubes, de hogares’ (...)

“Como puede verse”, escribe Poncela “el contenido es claro. Una juventud sin partido, sin programa, sin objetivos concretos, adialéctica por completo, que abarca desde el liberal pequeño burgués, de contenido filosófico-espiritualista, hasta el marxista recalcitrante cubierto por el sayal del más hosco materialismo. (...) ¡Magníficas juventudes que nos recuerdan aquellas otras que en la brumosa Escandinavia discurren su vida organizando orfeones y partidos de tenis, caminatas a los fiordos y meriendas

colectivas! Su autonomía y su amplitud programática no dan lugar a más si quieren permanecer conciliados todos sus extremos. (...) ¿Se quiere error táctico de más grueso volumen que el contraído en el citado Congreso? (...) Al lado de este paso en falso dado en pro de la unidad orgánica juvenil, que ha colmado de amargura a muchos jóvenes, las JJSS mantienen la bandera de la unidad orgánica con el mismo empeño de siempre, dispuestas a buscar nuevos cauces de coincidencia. (...)” Y acaba con la siguiente declaración: “Juventud reciamente clasista, enmallada rígidamente en Marx y Lenin. Después será ocasión de estudiar pactos con fuerzas en lucha por la libertad y la democracia’ (...).” (49)

A pesar de estas consideraciones, que eran apoyadas por dirigentes significados como Carlos Hernández Zancajo (presidente de las JJSS), la mayoría de los líderes de las JJSS fueron ganados para el programa y los postulados emanados del VI Congreso de la IJC y del VII de la Tercera Internacional.

Santiago Carrillo, secretario general de las JJSS, publicaría un artículo en *Claridad*, el 7 de diciembre de 1935, en el que subraya: “No podemos perder de vista que esta vuelta, esta reincorporación a los postulados del marxismo, tras las rectificaciones de la III Internacional, nos coloca en un plano político semejante al de los comunistas. Ha vuelto a caer en nuestras manos una bandera que no se debió abandonar. Y no podemos vacilar al definir nuestra posición. No tememos la unidad orgánica: la deseamos y la conseguiremos a marchas rápidas porque somos también comunistas, como Marx, Engels y Lenin; porque las murallas de la china que nos separaban de la IC se han derrumbado, y nosotros vamos a dar fin a la tarea de su definitiva destrucción, arrancando de cuajo los residuos burocráticos y pequeñoburgueses que las cimentaban.” (50)

El proceso de unificación se había concretado. A primeros de marzo de 1936, una delegación de ambas organizaciones juveniles encabezadas por Santiago Carrillo por parte de las JJSS y por Trifón Medrano por parte de la JC, se desplazó a Moscú para ultimar los detalles de la unificación que fueron aprobadas después por las Ejecutivas de las dos organizaciones en reunión conjunta.

El 4 de abril de 1936, en un acto en la casa del pueblo de Madrid, Carrillo era aun más claro en su defensa de los postulados estalinistas: “Nosotros vamos a crear una organización amplia, de masas; la organización de la nueva generación. No queremos una organización que sea la masonería juvenil. Queremos salir del carácter de secta que hasta ahora tenían nuestras juventudes, para abarcar a toda la gran masa de la juventud laboriosa. Ya se que no faltará quien diga que vamos a matar el espíritu revolucionario de la juventud obrera. Habrá también quién nos acuse de reformistas. Contra esas acusaciones falsas quiero preveniros. ¿Quién nos hará esas acusaciones? Los elementos centristas que aun tenemos en nuestra organización. Ellos, que precisamente son todo lo contrario de revolucionarios. Serán también los elementos trotskistas influidos por estos elementos que hay dentro y fuera de nuestra organización. Pero yo os digo: con la creación de esta organización nueva, amplia y de masas, vamos a fortificar el carácter revolucionario de la juventud.” (51)

Santiago Carrillo, incluso ya manejaba la jerga estalinista contra los “trotskistas” en defensa de las posiciones políticas con las que quería hacer comulgar a la militancia de las JJSS. También dirigentes como José Laín, que después de octubre y para escapar a

la represión de la reacción encontró refugio en la URSS, Federico Melchor, incluso el propio Serrano Poncela antes citado, entre otros, fueron ganados para el estalinismo. El día 5 de abril, se celebró el mitin de unificación en la madrileña Plaza de las Ventas con una asistencia masiva. Nacen las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU). El estallido de la guerra impide la celebración del congreso de unificación, nombrándose el 20 de septiembre una Ejecutiva Unificada que debía asumir las funciones de dirección.

G. Munis hace estas duras consideraciones respecto del resultado de esta fusión de la que nacieron las JSU: “No hubo tal bolchevización, sino estalinización; no progresó políticamente la juventud, sino que regresó. Poco después de consumada la fusión, ocupaba posiciones más conservadoras que antes. Evidentemente una parte de la Juventud Socialista, si no toda, hubiese podido desprenderse totalmente del reformismo y llegar a integrarse en una organización revolucionaria bolchevique, caso de haber sacado todas las conclusiones políticas y orgánicas que se deducían del anti-reformismo y el anti-estalinismo mostrado por ellas en ocasiones anteriores. Pero entre sus dirigentes había más arribistas que militantes honrados. Para alguno de ellos, la fusión con el estalinismo era la perspectiva cierta de una buena carrera burocrática. Dos principalmente, Carrillo y Melchor (...).” 52

Mientras las JJSS defendían la política de frente único proletario contra los pactos y bloques con las organizaciones burguesas (recordemos entre otros textos el editorial de *Renovación* titulado *Los cepos de la burguesía*, citado anteriormente), que constituía uno de los principales caballos de batalla contra los reformistas y centristas dentro del PSOE, las JSU pasaron a ser los defensores más entusiastas de las alianzas con todo aquel que se postulara antifascista, ya fuera un marxista, un liberal o un humanista, y de la alianza interclasista que era el Frente Popular.

Objetivamente no avanzaron hacia el bolchevismo sino que retrocedieron a la posición de abril del 31. Esta cuestión estuvo presente durante toda la vida de la JSU y fue uno de los focos principales de enfrentamientos en su seno; el otro fue la oposición interna en torno al predominio del PCE en la JSU y el sometimiento de esta a sus directrices, como veremos más adelante.

La lucha interna en el PSOE

En 1932 Largo Caballero fue elegido presidente del PSOE, cargo que ocuparía hasta diciembre de 1935. También en 1932, en el XVII Congreso de la UGT, Julián Besteiro fue elegido presidente. En las JJSS, como ya hemos visto, eran los besteiristas los que dominaban la dirección, hasta que en 1933 fueron desplazados por los izquierdistas. Por su parte los llamados centristas tenían posiciones significativas en todos los escalones de los aparatos del PSOE y la UGT. Entre otros, Indalecio Prieto era miembro de la Ejecutiva del PSOE; González Peña era dirigente del Sindicato Minero de la UGT en Asturias; Ramón Lamóneda, quién pasó de partidario de la tercera internacional en 1921, a prietista, era vocal suplente por Castilla la Nueva en el Comité Nacional del PSOE; y Juan Negrín era diputado y miembro de la comisión directiva del grupo parlamentario socialista.

La batalla interna que desata el giro izquierdista de Caballero tiene sus primeros damnificados entre los que defienden los planteamientos políticos de Julián Besteiro. Desde un principio, el veterano dirigente del ala de derechas se enfrentó decididamente a las ideas de Largo Caballero. En julio de 1933, en la clausura del congreso de los ferroviarios de la UGT, Besteiro decía: “He oído propugnar a varios camaradas el que los socialistas nos apoderemos del poder y que incluso actuemos dictatorialmente. Yo os digo que esto es un error terrible, del que debemos de huir.”(53)

Los caballeristas tomaron la iniciativa para controlar los puntos clave del aparato del PSOE y la UGT. La metodología seguida por Largo Caballero en este empeño, (primero con los reformistas y después con los centristas) era, fundamentalmente, la de interpretar a conveniencia los estatutos y mover los hilos del aparato para anular al adversario político. Este sería el mismo mecanismo que utilizaría en todas las batallas internas que estaban por venir, tanto en la UGT como en el Partido. En lugar de emprender de forma organizada una ofensiva política, impulsada desde la base, recurría a las mismas artimañas burocráticas que sus adversarios.

La única forma de desenmascarar a estos elementos ante la militancia y ante la clase obrera en general, y hacer firmes las posiciones organizativas de la izquierda socialista en la dirección del movimiento socialista, era la lucha política, dotando a su fracción de un programa, una estrategia marxista, revolucionaria, que además concordara con la acción política cotidiana en la calle, en las fábricas y en el parlamento. Solo así conseguiría una sólida base para que las maniobras que, desde dentro del aparato pudieran orquestrar los partidarios de Besteiro o Prieto, quedaran sin efecto.

Ahí era precisamente donde radicaba la debilidad de la izquierda socialista. El giro a la izquierda de sus dirigentes, que como ya hemos señalado tuvo profundos efectos entre las masas obreras, tenía mucho de retórico. Provocado por la radicalización de los trabajadores y la base socialista, y como respuesta a la violenta campaña de acoso y derribo que la reacción había emprendido contra Caballero y su gestión gubernamental, las ideas del marxismo no habían sido asimiladas coherentemente ni en profundidad. Entre los veteranos dirigentes socialistas, educados durante décadas en la escuela del reformismo, no se había producido una ruptura real, hasta sus últimas consecuencias, con el reformismo. Esto solo hubiera sido posible si dentro del movimiento socialista se hubiera desarrollado una sólida fracción revolucionaria que hubiera defendido, frente a

la indecisión e incoherencia político-práctica de los dirigentes caballeristas, el programa del auténtico bolchevismo. De esta forma, incluso algunos de estos dirigentes podrían haber sido ganados para el genuino marxismo revolucionario. Lamentablemente ya hemos visto la actitud que mantuvieron los que tenían la autoridad y la supuesta capacidad política para que esto se hiciera realidad. La ICE despreció la radicalización socialista y la izquierda socialista naufragó en la tormenta revolucionaria.

Con los estatutos como arma y desde las posiciones controladas por ellos, los seguidores de Caballero desarrollaron una intensa presión para desalojar a los besteiristas de sus responsabilidades más importantes en el Sindicato. El 19 de septiembre de 1933, el Comité Nacional del PSOE aprobó una resolución por la que se expresaba la “resuelta decisión de defender la República contra toda opresión reaccionaria y su convicción de la necesidad de conquistar el Poder político como medio indispensable para implantar el socialismo.”⁽⁵⁴⁾ El 31 de diciembre de ese año, el sector besteirista consiguió, sin embargo, que el Comité Nacional de la UGT rechazase una resolución en la misma línea.

El 27 de enero de 1934, la Ejecutiva del PSOE contraatacó, elaborando un programa político “radical” en el que se incluían los siguientes puntos:

- “1) Organización de un movimiento francamente revolucionario con toda la intensidad posible y utilizando los medios que se puedan disponer.
- “2) Declaración de ese movimiento en el instante que se juzgue adecuado incluso antes de que el enemigo, cuyos preparativos son evidentes, tome precauciones definitivas o ventajosas.
- “3) Ponerse el Partido y la Unión General, evitando confusionismos, en relación con los elementos que se comprometan a cooperar al movimiento.
- “4) Hacerse cargo del poder político el Partido Socialista y la Unión General, si la revolución triunfase, con participación en el Gobierno, si a ello hubiese lugar, de representaciones de elementos que hubiesen cooperado de modo directo a la revolución.
- “5) Desarrollar desde el poder sin dilaciones el programa mínimo reflejado en el proyecto de bases.”⁽⁵⁵⁾

Este programa se propuso a la UGT para que lo asumiera. Besteiro lo rechazó y presentó uno alternativo en la clásica línea reformista.⁽⁵⁶⁾ El plan presentado por Besteiro fue rechazado y este presentó su dimisión como presidente de la UGT, junto con Saborit, Trifón Gómez, Moíño, Cernadas y Muñoz Giraldos, estos como miembros de la Ejecutiva Nacional del Sindicato. Fueron sustituidos por los caballeristas Anastasio de Gracia, como presidente, José Díaz Alor, como vicepresidente y el propio Largo Caballero, como secretario general.

La izquierda socialista pasaba a controlar los principales resortes de las organizaciones socialistas. Solo había un obstáculo con la suficiente entidad que podía evitar la aplicación por parte de los socialistas de una auténtica política revolucionaria; este era la inconsistencia política y práctica de la propia izquierda caballerista.

El lenguaje izquierdista de las organizaciones socialistas, ayudó a que la clase trabajadora recuperara rápidamente el fuelle después de la decepción del Gobierno republicano-socialista y la derrota electoral. Los puntos de apoyo para que las consignas

revolucionarias se pudieran llevar a la práctica eran lo suficientemente sólidos y numerosos.

Por iniciativa del BOC, y con el apoyo de la ICE, nacieron las Alianzas Obreras (AO) recogiendo el deseo de unidad proletaria en la lucha contra el fascismo, existente entre los trabajadores. Pronto se adhirieron también las organizaciones socialistas. La clase obrera pugnaba por tomar la iniciativa. La disposición a defenderse de la ofensiva reaccionaria era clara. Un ejemplo significativo de ello fue la huelga general de Madrid, declarada el 22 de abril de 1934, para boicotear el acto que la reacción quería celebrar en El Escorial. Gil Robles (líder de la Confederación Española de Derechas Autónomas, CEDA) y sus seguidores, pretendían que asistieran al mitin más de 100.000 adeptos, la movilización de la clase obrera lo impidió y se tuvieron que conformar con la asistencia de poco más de 10.000. Munis describe de forma muy gráfica la situación en la capital y el ambiente entre la clase en ese momento: “En menos de tres horas desde el momento en que se decidió la huelga, la ciudad quedó paralizada y silenciosa, cual si nunca se hubiera movido en ella una herramienta. (...) En tres horas, la voluntad de acción revolucionaria inmovilizó hasta las entrañas de Madrid.” (57)

Otra prueba de este ambiente fue la campaña de solidaridad activa con la huelga general de Zaragoza promovida también desde Madrid y por iniciativa de la Alianza Obrera, que fue decisiva para la victoria de los trabajadores en dicho conflicto.

Pero la línea de actuación de la izquierda socialista no iba en la dirección de impulsar y unificar el movimiento. En ningún momento plantearon un plan de acción global al que dotaran de un programa reivindicativo, con el que hacer caer al Gobierno (“Abajo las cortes reaccionarias”), y con el que trabajar realmente para conseguir la toma del poder de la que tanto hablaban.

Las AO podrían ser, para llegar a alcanzar ese objetivo, la herramienta más eficaz. Para ello había que dotarlas de una estructura democrática en la que sus componentes fueran representantes elegidos desde las fábricas, los barrios y los tajos. Trabajar para hacerlas organismos cada vez más protagonistas en todos los aspectos de la actividad de la clase obrera (organizadora de movilizaciones, de campañas de solidaridad, de la autodefensa frente a las agresiones fascistas y de la policía, etc.). Largo Caballero y sus seguidores no plantearon nada de esto. Iban arrastrados por los acontecimientos. Se resistieron a entrar en las AO y cuando lo hicieron, pusieron todo su empeño en mantenerlas como comités de enlace entre organizaciones con sus representantes elegidos en proporción a la influencia de estas mismas, impidiendo así su democratización. También maquinaron para restar a las AO protagonismo ante las masas, usurpando la autoría de importantes iniciativas. El ejemplo de la citada campaña de solidaridad con la huelga general de Zaragoza es claro; a pesar de que la iniciativa de esta acción partió de la AO de Madrid, la prensa socialista insistía en que había sido organizada por el PSOE y la UGT.

En lugar de unificar e impulsar las luchas, la consigna de los caballeristas era “nada de batallas parciales, no desgastemos las fuerzas, las necesitaremos para hacer la revolución”. Con esta metodología, la revolución lejos de acercarse se difuminaba en un horizonte brumoso, y las fuerzas en lugar de acrecentarse se dispersaban. En lugar de animar las luchas parciales (por otro lado totalmente necesarias frente a la ofensiva de la reacción en todos los frentes, tanto en el político como en el laboral), aumentar la confianza de la clase obrera en sus propias fuerzas e ir así incorporando a sectores cada

vez más amplios de trabajadores a la acción, la izquierda caballerista actuaba como un poderoso freno que tenía el efecto contrario.

El punto culminante de esta nefasta estrategia fue la posición de Caballero frente a la huelga campesina. La FNTT (Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra de la UGT) se encontraba muy presionada. La situación en el campo era desesperada, los patronos actuaban constantemente de forma provocadora y la experiencia de 1931-1933 había impulsado en el seno de la Federación agraria socialista un profundo giro a la izquierda, más agudo todavía que el que se estaba produciendo en el PSOE y resto de la UGT.

El 22 de febrero de 1934, en la reunión de la Ejecutiva de la UGT, Ricardo Zabalza dirigente de la FNTT, presentó una carta de esta Federación llamando a la huelga general agraria, pidiendo el apoyo de la Ejecutiva Nacional y solicitando la solidaridad de otras Federaciones. La respuesta de la Ejecutiva de la UGT fue negativa, aunque poco después le propuso a la FNTT una huelga agraria escalonada; cada provincia iría a la huelga en fechas diferentes conforme le fuese llegando la fecha de la siega. Esta alternativa suponía objetivamente lanzar una “guerra de guerrillas” que sería fácilmente aplastada por los patronos que, contando ahora de forma inequívoca con el pleno apoyo del gobierno central, buscaban la ocasión para infringir una derrota decisiva a los jornaleros. La dirección de la FNTT la rechazó. El 17 de marzo del 34 se podía leer en *El Socialista* lo siguiente: “Nada de batallas parciales; si presentamos estas la revolución se nos escapará. La masa ya está en forma.” La huelga campesina, aislada y sometida a una represión feroz, fue derrotada. Los obreros del campo necesitaron un tiempo para sanar sus heridas y su participación en el movimiento revolucionario de octubre de 1934 fue muy escasa. No se recuperarían hasta la victoria electoral del Frente Popular en febrero de 1936; entonces la lucha de los campesinos sin tierra resurgió con fuerza redoblada.

Considerar a la clase obrera como si de un grifo se tratase, que se abre o cierra cuando se considera oportuno, era la forma burocrática con la que los dirigentes de la izquierda caballerista se relacionaban con el movimiento obrero. Las palabras de Munis vuelven a ser duras pero certeras: “El desenvolvimiento de la situación demostró que la fracción Caballero, con todo su verbalismo revolucionario, reducía la acción al mínimo indispensable para mantener amagados los poderes constituidos. Nunca pensó seriamente en coordinar la acción múltiple de las masas hacia la acción decisiva.” Y continúa haciendo alusión a un enfrentamiento dialéctico memorable entre Prieto (en ese momento subido a la ola de radicalismo verbal) y Gil Robles: “Por encargo de su minoría parlamentaria, el señor Prieto pronunció una de sus alharacas oratorias amenazando en tono olímpico: ‘el Partido Socialista contrae ante el proletariado español y mundial el compromiso solemne de desencadenar la revolución’. Así hablaba en un momento de miedo al fascismo, el ahora corporativista (reformista) Prieto. Gil Robles respondió tranquilizando a la reacción fascistoide: ‘Vosotros los socialistas seréis siempre incapaces de desencadenar la revolución, porque la teméis; sabemos que de vuestra parte todo quedará en palabras.’ Cito de memoria pero respondo de la fidelidad del fondo de ambos discursos.” (58)

En estas condiciones y con estos antecedentes, se llegó a los acontecimientos decisivos de octubre de 1934. La entrada en el Gobierno de la CEDA era la señal, tantas veces anunciada por la izquierda caballerista, para desatar la huelga general y llevar a cabo la

revolución. Pero los dirigentes socialistas se limitaron a convocar una huelga general pacífica, que sin consignas, ni preparación, sin armas ni un mínimo plan de acción, acabó diluyéndose en todo el estado, salvo en Asturias, dónde alcanzó un agudo carácter insurreccional desde el primer día por la iniciativa de los mineros. La Comuna Asturiana, al quedar aislada, fue derrotada después de quince días de vida, y de heroica resistencia armada de los mineros contra la incursión de las tropas regulares del ejército.

(59)

El enfrentamiento se intensifica

El resultado de octubre tiene un profundo efecto dentro de la familia socialista. Como ya hemos visto, en las JJSS su giro a la izquierda se profundiza y redoblan la campaña contra el reformismo, exigiendo su inmediata expulsión del partido.

Pero es dentro del Partido donde las corrientes fundamentales que todavía convivían en su seno, caballeristas y prietistas, izquierdistas y centristas, habiendo quedado en un segundo plano los besteiristas, protagonizan el enfrentamiento decisivo que se desarrollaría dentro del PSOE y la UGT. Una lucha que se prolongará hasta los últimos meses de la guerra civil, momento en el que el sector prietista se rompe y surge de su seno el ala encabezada por el ex prietista Negrín, en esos momentos presidente del Gobierno republicano y cabeza de la influencia estalinista dentro de las organizaciones socialistas.

Los planteamientos de Julián Besteiro y sus seguidores ante la radicalización socialista, fueron claros desde un principio. Se opusieron sin tapujos, abierta y francamente a ella. La debilidad de su posición política, en un contexto en el que las ansias revolucionarias de las masas arrollaban todo planteamiento identificado con prácticas reformistas, fueron el punto de apoyo para que los caballeristas desalojaran a los besteiristas, sin excesivas dificultades, de sus posiciones dentro de las organizaciones socialistas, sobre todo de la UGT.

Pelear contra Prieto iba a ser muy distinto. Indalecio Prieto y sus correligionarios, que no estaban dispuestos a ser arrollados por el ímpetu revolucionario que recorría todo el Partido, reaccionaron de una forma bien distinta a la de Besteiro.

En la escuela de verano de las JJSS de 1933 en Torrelodones, el discurso dado por Prieto causó una honda insatisfacción en los jóvenes socialistas; estas fueron algunas de sus palabras: “Creo sinceramente que el adueñamiento del poder en las circunstancias presentes, las de ahora —porque no puedo prever las de mañana—, si estuviese en nuestras manos ese adueñamiento, sería para el Partido Socialista una gran desgracia. (...) ¿Creéis vosotros, desparramando la mirada por el área política y social de España, que la realidad permite la implantación de un régimen netamente socialista? Mi convicción es negativa a este supuesto. Y entonces si el Partido Socialista se hubiera de acomodar a una realidad, según mi juicio, inadecuada a la implantación de un régimen colectivista, el Partido, asumiendo la totalidad de las funciones del Poder público, adueñado absolutamente de él, con unas u otras reformas, con unos u otros avances, con unas u otras mejoras, habría forzosamente que gobernar en burgués. He ahí por qué yo calificaba de desgracia y de tragedia estas circunstancias si estas circunstancias se produjesen de tal modo que el Partido Socialista se hubiese de adueñar del poder político en España.” (60)

De la gélida acogida a estos razonamientos, sobre todo comparándola con el entusiasmo con el que fueron recibidas las palabras de Largo Caballero pocos días después, tomó cumplida nota el agudo instinto del veterano dirigente socialdemócrata. Prieto llegó a la conclusión de que había que adaptar el lenguaje a la situación interna del movimiento socialista. Era necesario, para poder jugar algún papel, amoldar el discurso, ¡sólo el discurso!, a las circunstancias de este giro revolucionario de las masas socialistas para no verse arrollado por él.

En *Renovación* de 2 de diciembre de 1933, podemos leer una breve reseña de un discurso de Prieto, que los redactores de la revista titularon ‘Un viva a la revolución de Prieto’; estas eran algunas de sus frases: “Ante estos momentos históricos yo me siento en la obligación moral de no ser gendarme de la burguesía española (...) Con esto yo cierro mis palabras, exaltando el espíritu de la revolución, a la cual quiero unirme con las potencias todas de mi alma, débil o fuerte, menguada o amplia (...) Canto en la revolución la esperanza de ver implantado en España y en el mundo nuestro ideal socialista (...) Esa es la revolución que yo siento. Ciudadanos de Madrid, ¡viva la revolución!” (61) El 4 de febrero de 1934, en un discurso en el cine Pardiñas, Prieto lanza hacia el final de su alocución la siguiente sentencia: “Hágase cargo el proletariado del poder, ponga en marcha a España y haga que España se convierta, con sus manos, en un faro luminoso que alumbré el camino de la Humanidad, para que nuestros hijos puedan vivir en un régimen de justicia social.” (62) El 7 de diciembre del mismo año, en el número 137 de *Renovación*, se recoge un extracto de los acuerdos tomados por la Comisión Ejecutiva del PSOE, de la que Prieto formaba parte, que dice así: “Examinada la situación política por la Comisión Ejecutiva, acordó ratificarse en su posición revolucionaria de clase y oponerse a toda desviación de carácter democrático que pudiera influir en la posición actual del proletariado.”

El sector prietista intentó amoldar su lenguaje al utilizado por los caballeristas, y aparecer ante el Partido como copartícipes del giro revolucionario del ala izquierda. En la medida que las proclamas de la izquierda socialista quedaban muchas veces en el terreno de las palabras, a los “centristas” no les fue muy difícil adaptarse a la nueva situación. Por otro lado estos últimos, también asustados por la victoria de los nazis en Alemania y del fascismo en Austria, compartían, junto a los caballeristas, la opinión de que un lenguaje amenazante podría disuadir a los burgueses españoles de tomar el mismo camino. Antes del movimiento de Octubre, Indalecio Prieto y Fernando de los Ríos visitaron a Julián Besteiro en su casa para que se reincorporase en sus puestos directivos y se comprometiese con la “revolución” que el PSOE y la UGT estaban organizando. Fue una reunión tormentosa que tuvo como resultado una negativa rotunda de Julián Besteiro, echando éste en cara a Prieto y de los Ríos que apoyaran una revolución con la que no estaban de acuerdo. En la reunión de la minoría socialista del Congreso presidida por Juan Negrín, Julián Besteiro volvió a condenar el movimiento de octubre como una auténtica locura.

Prieto y sus seguidores, como ya hemos dicho, fueron más prudentes y utilizaron otra estrategia para mantener sus posiciones dentro del Partido. Tenían la esperanza de que al final las aguas volvieran a su cauce, las veleidades revolucionarias remitieran y el proceso volviera a culminar en un acuerdo electoral y de gobierno con los republicanos.

En el contexto previo a octubre del 34 la idea de reeditar el acuerdo con los republicanos estaba muy desprestigiada. Además las masas socialistas habían hecho suya la idea de que la democracia burguesa estaba agotada, que la única alternativa era la revolución y que había que prepararse para ella. Para la base del Partido, del Sindicato y las Juventudes, hablar de elecciones no tenía sentido; la perspectiva era la insurrección.

Tras el fracaso de la huelga de octubre y la derrota de la Comuna asturiana, toda la prensa socialista fue suspendida, las Casas del Pueblo clausuradas, había 30.000

encarcelados —entre ellos muchos dirigentes—, cientos de consejos de guerra en proceso y varias condenas de muerte pendientes de ejecutar. Aunque los planes de la burguesía española de seguir el mismo camino que en Alemania o Austria, implantando un régimen fascista por “vías constitucionales”, habían fracasado, el golpe a la clase obrera y sus organizaciones fue muy duro.

La derrota de octubre y la posterior represión crearon en la clase obrera y en la masa militante socialista un estado de retraimiento que fue visto por los reformistas (besteiristas y prietistas), como la oportunidad de lanzar una fuerte ofensiva política para que el Partido volviera a la senda “racional” de la colaboración de clases. Besteiro y sus correligionarios empezaron a publicar, en julio de 1935, el semanario *Democracia* dirigido por Andrés Saborit. Esta revista tiene poca incidencia en la batalla política dentro del PSOE. Era muy alto el desprestigio de las posiciones reformistas, a pesar de que parte de la militancia socialista tenía hacia Besteiro una alta consideración desde el punto de vista moral.

El papel de Indalecio Prieto y sus seguidores, era totalmente distinto. Como ya hemos explicado la práctica reformista de Prieto estuvo más camuflada en el período previo a octubre y, aunque había habido choques con las JJSS sobre todo a causa de las críticas de los jóvenes socialistas a las prácticas “poco revolucionarias” del grupo parlamentario, Prieto seguía manteniendo cierto prestigio. Además González Peña, dirigente del sindicato minero de la UGT en Asturias y destacado prietista, se encontraba encarcelado y condenado a muerte por su participación en Octubre (pena que después le sería conmutada por la de cadena perpetua, para ser finalmente indultado por el gobierno del Frente Popular), y era considerado como un héroe revolucionario por miles de socialistas y obreros en general.

Apoyándose en estos pilares, diseñaron y pusieron en marcha un plan de actuación, que aplicaron con decisión, diligencia y audacia. Ya en enero de 1935 hubo un cruce de cartas entre Prieto y Azaña en el que se plantearon la posibilidad de reeditar la coalición republicana-socialista. El 23 de marzo Prieto envió un escrito a la Comisión Ejecutiva, en el que informó sobre su opinión favorable, “desde hacía tiempo”, a la constitución de un bloque obrero, pero con la inclusión en tal alianza de los partidos republicanos. El 30 de marzo *El Liberal* de Bilbao, periódico propiedad de Prieto, publicó con el título de *El manifiesto socialista*, una circular que en nombre de la Comisión Ejecutiva Nacional del PSOE (CEN) fue enviada a todas las agrupaciones del Partido. Hay que tener en cuenta que muchos miembros de la CEN estaban en la cárcel o en el exilio, por lo que no pudo haber reuniones formales de dicho organismo, siendo estas iniciativas impulsadas solo por los colaboradores prietistas de la CEN.

Dicho escrito, cuyo nombre oficial era el de “circular número tres”, fue elaborado por Juan Simeón Vidarte vicesecretario de la Ejecutiva del PSOE y Fernando de los Ríos, ambos cercanos colaboradores de Prieto y ha pasado a la historia como “la circular Vidarte”, en alusión a uno de sus autores. En ella “(...) después de hacer un rápido análisis histórico del periodo republicano, señala la preocupación de la Ejecutiva por plantear ‘la conducta a observar en las próximas luchas políticas de carácter electoral’, y ante la previsible coalición de las derechas la Comisión Ejecutiva ‘ruega a los comités de las Agrupaciones y, donde existan y puedan funcionar, a los de las Federaciones, consultar a los compañeros siquiera sea privadamente y envíen a la Secretaría del

Partido con toda diligencia el juicio que les merezcan posibles alianzas en las próximas elecciones?.” (63)

Esta circular fue respondida por Largo Caballero con una carta de protesta, apoyada por sus seguidores en las Ejecutivas del Partido, el Sindicato y las Juventudes, y constituiría el origen oficial de la fracción caballerista propiamente dicha. Dando un paso más, Prieto mandó el 14 de abril de 1935, una carta a *El Liberal* que presentó como su respuesta al requerimiento que la dirección del Partido hacía con esa circular. En ella insistió en la conveniencia de volver a una alianza con los republicanos para rescatar la República y conseguir la amnistía. Seguidamente se lanzó contra el folleto de las JJSS *Octubre, segunda etapa*. Prieto sistematizó sus posiciones políticas y las opuso a las de las JJSS y por extensión a las de la izquierda socialista.

Desde su exilio en París, utilizando como portavoz *El Liberal* de Bilbao, y través de una serie de artículos titulada “Posiciones socialistas”, desgranó sus ideas y sus alternativas prácticas. Empezó por plantear que fue un error no haberse presentado en coalición con los republicanos en 1933; ante la cuestión central de la amnistía a los presos políticos argumentaba lo siguiente: “No hay otro camino para obtenerla que el de un extensísimo frente electoral que, comprendiendo a todos los sectores obreros que en él quieran entrar, abarque también a elementos republicanos respecto de cuyas agrupaciones no hay razones de decoro que nos impidan el contacto con ellas. (...) Yo pregunto. ¿Estamos convencidos de nuestro deber de conseguir a todo trance la amnistía? Unánimemente se contesta en forma afirmativa. Entonces yo requiero a que se me diga que otro medio ofrece mayores probabilidades de éxito que el de la coalición electoral. Y nadie da respuesta concreta. Si por escrúpulos de tipo ideológico exageradísimo, infundados y artificiosos, hacemos imposible la amnistía, eso sería más que una torpeza, eso sería un crimen.” (64)

En esta serie de artículos, Prieto atacó a las JJSS y su folleto *Octubre, segunda etapa*, sin ahorrar en recursos. En sus críticas contra las posiciones de los jóvenes socialistas no faltaban las muestras de menosprecio hacia ellos: “El viejo luchador es una garantía; el joven no pasa de ser un interrogante.” (65) No dudó en acusar a los dirigentes de JJSS de querer imponer en el PSOE y la UGT el régimen interno burocrático de la Tercera Internacional estalinizada. Tampoco tuvo escrúpulos en recurrir al mismo Lenin para darle a su posición reformista un barniz marxista: “Lenin, en sus reglas tácticas, aconseja que no se teman los compromisos políticos en circunstancias en las cuales puedan favorecer a la clase obrera.” (66)

El mensaje que Prieto pretendía transmitir al Partido a través de sus artículos era claro. La alternativa insurreccional ha fracasado, el Estado es fuerte, y solo se podrán conseguir avances, y la amnistía, participando en el juego parlamentario unidos con los republicanos de izquierda; los llamamientos a la bolchevización del Partido parten de jóvenes sin experiencia y sin probar, que desprecian a sus mayores y que además pretenden introducir entre los socialistas conceptos y métodos ajenos a la tradición del socialismo.

En este contexto de lucha política interna y de represión por parte del gobierno derechista del Bienio Negro, el 15 de julio de 1935 nació la revista *Claridad*. Desde esta tribuna, los máximos exponentes teóricos del “caballerismo”, Araquistain, Carlos Baraibar, Enrique de Francisco, etc., polemizaron con los planteamientos de Besteiro y

de Prieto. Fue precisamente Enrique de Francisco el que firmó la serie de artículos para refutar a Prieto y sus llamadas “Posiciones Socialistas”, pero como señala Santos Juliá: “El hecho de que Prieto no echara leña al fuego de la discusión teórica corta de raíz la posibilidad de que se le conteste en el mismo plano. De lo que se trataba aquí era de llevar a cabo o no, una determinada política y no simplemente de un torneo de ideas. Y la izquierda socialista, claramente, no tiene una propuesta diferente a la de Prieto.” (67)

Los prietistas tenían un programa y peleaban por medidas concretas, mientras los caballeristas seguían sin dar una respuesta a como conseguir la amnistía, derrocar al gobierno reaccionario, ni a cuestiones que centraban la atención de las masas, lo que convertía su posición política en una abstracción. Había por parte de la izquierda socialista disertaciones sobre la necesidad de la dictadura del proletariado y del socialismo, de aplastar a la reacción, pero no se desprendía de estas ni una sola medida específica que poner en marcha para conseguirlo. Esto explica su política errante y sobre todo la contradicción permanente, que se hacía más aguda en los momentos decisivos, entre las palabras y los hechos.

La propuesta formal de coalición la hicieron los republicanos, a través de Azaña, el 14 de noviembre de 1935. El 16 del mismo mes se reunieron en la cárcel los miembros de la Comisión Ejecutiva Nacional del PSOE detenidos, y aprobaron por unanimidad aceptar. Largo Caballero aceptó imponiendo la condición de que el pacto se limitaría a un acuerdo electoral al que habría de dar cabida, además, a otras fuerzas obreras. Este acuerdo fue aprobado, a su vez, ese mismo día por los miembros encarcelados de las Comisiones Ejecutivas de la UGT y de JJSS en una reunión conjunta con la Ejecutiva del PSOE.

En el proceso de concreción de este acuerdo, en paralelo a él y como una forma de intentar demostrar que la izquierda socialista sí tenía una alternativa a la política de alianzas preconizada por Prieto, los caballeristas incrementaron la propaganda en favor de la unidad orgánica del proletariado a nivel sindical y de partido. Planteaban que la colaboración con los partidos obreros y en particular con el PCE, debería ir mucho más allá de la participación conjunta en las elecciones defendiendo la necesidad de trabajar para la fusión entre socialistas y comunistas.

De hecho en diciembre de ese año, se produjo la integración del sindicato del PCE, la Confederación General del Trabajo Unitaria (CGTU), en la UGT. Esta política con la que los dirigentes de la izquierda caballerista aspiraban a absorber al PCE, tuvo precisamente el efecto contrario. Dio alas a la corriente hacia la unificación entre las JJSS y las Comunistas y abrió las puertas a que el PCE empezara a ganar influencia dentro del PSOE y la UGT. Influencia que, como veremos más adelante, fue incrementándose en los años de la guerra civil.

Después de meses de intensos debates, de ríos de tinta vertidos contra la colaboración con los republicanos, la izquierda socialista volvió a contradecir en los hechos su retórica revolucionaria. La inclusión en ese pacto de otras organizaciones obreras, algo que en realidad solo significaba que estas también aceptaban la colaboración con los republicanos y la política de colaboración de clases, no podía ocultar esa nueva muestra de inconsistencia política y otra cesión política más ante el reformismo.

Para Prieto esta victoria, sin embargo, no fue suficiente. Aspiraba a controlar la dirección del PSOE. Quería conseguir el control efectivo y formal del Comité Nacional, y para ello, en primer lugar, intentó pilotar a través de los órganos del Partido el proceso de negociación con los republicanos de cara a las elecciones (elección de listas, programa electoral, etc.); después trató de hacerse con las riendas del Partido en su conjunto, y desplazar y aislar desde esa posición a la izquierda caballerista. Largo Caballero se lo puso en bandeja de forma sorpresiva. El 22 de diciembre de 1935, en una reunión del CEN presentó su dimisión como presidente, revelando que las tensiones en el seno de ese organismo habían llegado a un punto crítico. Con motivo de su dimisión, Largo Caballero declaró en *Claridad* que no podía convivir con el Comité Nacional ni con la Ejecutiva al considerarse incompatible con sus miembros.

Si tenemos en cuenta el proceso global del enfrentamiento, la explicación de este “estallido” de Caballero la encontramos en el hecho de que la presión política de los prietistas, a través de sus posiciones en el aparato del Partido, estaba acorralando a la izquierda. Como ya hemos explicado, Prieto contaba con un programa claro y una estrategia bien definida para alcanzarlo, mientras que la izquierda carecía de ambas cosas. El hecho de que al final los caballeristas no supieran impedir la coalición con los republicanos, o por lo menos lograr que fueran ellos los que controlaban el proceso, elevó la tensión hasta un punto límite que saltó por los aires en esa reunión.

Como todos estos acontecimientos de desarrollaban entre bambalinas, los motivos que trascendieron del porqué se había producido esta dimisión se convirtieron en un elemento más de confusión, en la ya de por sí confusa situación de las altas instancias del PSOE para la militancia. Prieto propuso aprobar que los órganos directivos del Partido ejercieran control sobre la actividad del grupo parlamentario. Caballero votó en contra argumentando que ese planteamiento colisionaba con los estatutos, ya que estos estipulaban la autonomía del grupo parlamentario, a pesar de que pocos días antes el propio Caballero había escrito defendiendo lo contrario. Quedó en minoría y dimitió del Comité Nacional. Con él lo hicieron Enrique de Francisco, Pascual Tomás y Wenceslao Carrillo. Después los caballeristas insistirían en que la dimisión se había producido por el acuerdo con los republicanos, lo que enturbiaba todavía más el asunto, ya que el pacto de coalición fue apoyado públicamente por el mismo Largo Caballero.

Victoria del Frente Popular. La revolución española da un paso adelante

La izquierda socialista, acabó apoyando la coalición con los republicanos. El pacto se amplió a otras organizaciones obreras, como el PCE, el Partido Sindicalista y el POUM, y finalmente se firmó el acuerdo del Frente Popular (FP).

En la acción política concreta, el Frente Popular suponía para la izquierda socialista retroceder a abril de 1931; el hecho de que también entraran en la coalición otros partidos obreros, solo significaba que estas organizaciones también lo habían hecho. Largo Caballero se expresaba de esta forma, poco antes de hacerse público el programa del FP: “Nuestro deber es traer el socialismo. Y cuando yo hablo de Socialismo... hablo del Socialismo marxista. Y al hablar del Socialismo marxista, hablo del Socialismo revolucionario... Nuestra aspiración es la conquista del poder político. ¿Procedimiento? ¡El que podamos emplear!... Entiéndase bien que al ir con los republicanos de izquierda no hipotecamos absolutamente nada de nuestra ideología y de nuestra acción, ni creo que ellos tampoco nos lo exijan, porque si nos lo exigieran sería lo mismo que pedirnos que hiciéramos traición de nuestras ideas. Es una alianza, una coalición circunstancial, para la cual se hace un programa que seguramente no nos va a satisfacer, pero que yo desde este momento, digo a todos los presentes y a todos los que puedan oír y leer, que... todos, todos unidos, debemos ir a la lucha a defenderlo... No desmayéis, ni os descorazonéis porque en el programa electoral no veáis cosas completamente esenciales que están en nuestra ideología. No. Eso no podrá ser motivo nunca para dejar de trabajar con toda fe y entusiasmo en el triunfo. Debemos hacerlo, a pesar de todo. Que después, camaradas, después del triunfo, y libres nosotros de toda clase de compromisos ¡ah!, tendremos ocasión de decirles a todos, que nosotros seguimos nuestro camino, sin interrupción, si es posible, hasta llegar al triunfo de nuestros ideales.” **(68)**

El programa del FP **(69)** era claro al respecto. Los límites de las reformas a aplicar, eran los límites que imponían las relaciones de producción capitalista; una vez más, mientras la izquierda socialista proclamaba a los cuatro vientos su inquebrantable propósito de instaurar el socialismo y la dictadura del proletariado, sumaba su fuerza y prestigio (por cierto acompañados entre otros por el POUM, aquellos que se consideraban auténticos marxistas y que se habían negado a entrar en las organizaciones socialistas por considerarlas reformistas irrecuperables) a un frente electoral interclasista, cuyo objetivo y pretensión real era evitar la revolución socialista. Mientras de palabra defendía la necesidad de llevar a cabo una política revolucionaria, aplicaban en los hechos la misma que pregonaban Prieto y sus seguidores.

El FP ganó las elecciones. Este hecho fue la constatación de que la clase obrera había cerrado completamente las heridas de la derrota de octubre y supuso un punto de inflexión en el desarrollo de la revolución española. También alentó la lucha interna dentro del PSOE. A los diferentes frentes de batalla ya abiertos (balance de Octubre, si la acción del partido debe ser reformista o para prepararse para la toma del poder, la lucha por la Ejecutiva, etc.), se suma el de la participación o no en el Gobierno del FP.

Como ya hemos planteado, Caballero aceptó entrar en el FP a condición de que este solo fuera un pacto electoral temporal; la colaboración no debería ir más allá, los socialistas no deberían entrar en el gobierno. La intención de Prieto era otra bien distinta.

Su objetivo había sido precisamente ese desde que se lanzó a la batalla por recuperar los pactos con los republicanos. Cuando en mayo de 1936, Manuel Azaña, recién elegido presidente de la República (elección aceptada a regañadientes por los caballerista), propuso a Prieto como presidente del Gobierno, la izquierda socialista se opuso rotundamente.

Los republicanos propusieron la entrada en el gobierno de Prieto por dos razones. La primera fue porque la clase obrera del campo y la ciudad estaba en plena ofensiva. La acción directa era la estrategia que aplicaban millones de obreros, jornaleros y campesinos pobres. Después de la experiencia del primer bienio republicano-socialista, no estaban dispuestos a aceptar que la historia se repitiera. Sus reivindicaciones no quedarían encalladas en los pasillos, oficinas y subsecretarías del congreso de los diputados. Los campesinos y jornaleros ocuparon cientos de miles de hectáreas, sin esperar a que el gobierno elaborase una ley de reforma agraria. Los obreros imponían la readmisión de los despedidos por razones políticas y las masas desalojaban las cárceles de los compañeros detenidos por la huelga de octubre o por cualquier razón política. Un gobierno solo de republicanos, no tenía la más mínima autoridad ante las masas para proponerse seriamente encauzar hacia vías institucionales ese empuje. Esperaban que con la incorporación de un socialista, el gobierno ganara fuerza para frenar a las masas.

Y la segunda se colocaba en el otro extremo. Los movimientos que se estaban produciendo en los cuarteles, y que apuntaban hacia la inminencia de un golpe de estado, empujaron a los republicanos a intentar contar con Prieto como su baza para, como hemos dicho, intentar dominar a las masas y a la vez colocar en la presidencia del gobierno a una “personalidad” bien considerada en las altas esferas de la oligarquía española. De esta manera se las podría convencer de que el gobierno controlaba la situación y que una asonada militar no era necesaria.

Esta maniobra estaba condenada al fracaso (hubiera entrado Prieto al Gobierno o no), por la única razón de que la polarización social y política había alcanzado su punto máximo y era ya inmune a maniobras conciliadoras. El día 6 de mayo se reunió el comité de la Agrupación madrileña (de mayoría caballerista) para aprobar que sólo el congreso del Partido pudiera decidir sobre la participación ministerial. Al día siguiente, la Ejecutiva de la UGT, también controlada por la izquierda, publicó una nota en la que recordó que el programa del FP había de ser ejecutado íntegramente por los republicanos, cerrando toda posibilidad de que Prieto pudiera jugar ningún papel en el nuevo gobierno. (70) La presión de la izquierda socialista obligó a Prieto a renunciar a su pretensión de que los socialistas volvieran a formar parte del ejecutivo junto a los republicanos.

En paralelo a estos acontecimientos, la lucha dentro del aparato del Partido Socialista seguía su tumultuoso curso. En el frente del conflicto por el control del aparato, los caballeristas contraatacaron para intentar reconquistar la Ejecutiva exigiendo que se convocara un referéndum para elegir una nueva. El arma que utilizó la izquierda contra Prieto y sus seguidores no era un programa alternativo realmente revolucionario y concreto con el que movilizar a la militancia socialista y a la clase obrera en su conjunto, sino los estatutos del partido.

En estas condiciones, la ventaja que le daba el control de la Ejecutiva, permitió a los prietistas controlar los tempos del proceso. Aguantaron las acometidas de la izquierda

hasta junio. La votación para una nueva Ejecutiva realizada en la Federación Socialista Madrileña (la más numerosa en todo el país), en la que barrieron los candidatos caballeristas, las cartas de agrupaciones y militantes exigiendo la convocatoria general de las elecciones a la Ejecutiva, no fueron suficientes para doblegar al aparato prietista. *El Socialista*, reaparecido en diciembre de 1935 bajo control de los seguidores de Prieto, ungido de la autoridad que le confería ser el órgano oficial del PSOE, era uno de los instrumentos de propaganda más eficaces de la fracción centrista.

Al final, las elecciones oficiales a la Ejecutiva se celebraron en junio de 1936. Como era de esperar, en un contexto interno tan polarizado donde las maniobras burocráticas eran las protagonistas, los datos de los resultados ofrecidos por unos y otros eran diametralmente opuestos. Para los prietistas la victoria fue abrumadora para sus candidatos (y como ellos controlaban el aparato, estos fueron los resultados oficiales). Mientras la izquierda, acusaba a los centristas de falsear los recuentos y proclamaba vencedores a los suyos. Oficialmente los prietistas pasaron a controlar totalmente la Ejecutiva del PSOE a pesar de las protestas de la izquierda. (71) De todas formas el conflicto siguió abierto; los caballeristas nunca reconocieron el resultado y, desde las Federaciones que controlaban (sobre todo la madrileña), siguieron con el fuego graneado contra la Ejecutiva. Por su parte los prietistas siguieron utilizando su dominio de la Ejecutiva para aplicar su política y atacar a la izquierda.

Otro frente de lucha fue la convocatoria del congreso del PSOE. Numerosas fueron las maniobras en torno a un congreso que nunca se celebró. Su desarrollo da una idea de las armas burocráticas utilizadas, con las que, en todo caso, los prietistas tenían todas las de ganar. En primer lugar los centristas propusieron adelantar el congreso y hacerlo en Asturias, feudo prietista. A esto se negaron los caballeristas, fundamentalmente porque querían ganar tiempo para tener un mayor control del Partido y porque no querían que el congreso se celebrase en “territorio hostil”. Después, cuando la izquierda planteó celebrarlo en junio, Prieto y sus seguidores plantearon atrasarlo a octubre. El Comité Nacional propuso un referéndum para consultar si se convocaba el congreso. La izquierda aceptó. Evidentemente la propuesta era una trampa en la que los caballeristas cayeron. Para ganar el sí a la convocatoria del congreso, tenían que conseguir más del 50%, no de los votantes sino de los militantes en listas. Controlado el aparato por los prietistas y con la tradición de que a eventos de este tipo acudía a votar poco más de la mitad de los militantes que figuraban en los censos, el resultado estaba claro de antemano a favor de Prieto. El ejemplo de Madrid fue revelador. El sí obtuvo 1.843 votos, mientras el no 566, pero en el censo oficial figuraban 5.200 militantes. Si esto era así en la Federación Socialista Madrileña, donde el control de la izquierda era indiscutible, podemos imaginar la situación en todo el Partido.

El Partido estaba fracturado. En realidad había dos Ejecutivas Nacionales, la oficial dirigida por los prietistas y la de la FSM, desde la que la izquierda organizaba la actividad de su fracción en todo el país. La Ejecutiva centrista recurrió a las medidas disciplinarias para intentar controlar la vida interna del Partido, poniendo en marcha una oleada de expulsiones de agrupaciones; expulsiones que por otro lado no se hicieron efectivas por el simple hecho de que no fueron reconocidas ni por los sancionados ni por los que les apoyaban dentro del PSOE que eran la mayoría del Partido.

El enfrentamiento interno, abierto, duro y sin tregua, se extendió a todos los frentes. Desde el punto de vista político el tono de las acusaciones mutuas era el que se utilizaba

para con los enemigos. Los dirigentes de ambas fracciones recorrieron el país realizando mítines públicos en los que se descalificaban mutuamente.

Prieto y sus seguidores atacaron a la izquierda acusándola de inhibición en la huelga general de octubre del 34, y contraponiendo la supuesta actitud revolucionaria consecuente de su fracción, con el ejemplo de Asturias, región donde los prietistas controlaban el Partido y la UGT. Con la autoridad adquirida por González Peña, condenado a muerte por su participación en la comuna asturiana, los prietistas celebraron multitud de mítines por todo el país, en los que de forma más o menos clara acusaban a Caballero y sus seguidores de desertar de la revolución. La táctica que utilizó Largo Caballero en el juicio al que se enfrentó después de octubre, negando su participación en los hechos, fue el argumento estrella utilizado por Prieto y sus seguidores para intentar desprestigiarle. Caballero, con esta estrategia, pretendía minimizar los daños en el PSOE, preservar el aparato y evitar la ilegalización. Con estos argumentos defendía Luis Araquistain la estrategia seguida por Caballero en el proceso: “(...) porque si Largo Caballero hubiera asumido esa responsabilidad, entonces el proceso contra él se hubiera convertido en un proceso contra el Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores, de la cual es secretario. (...) se hubiera producido la disolución del Partido Socialista y de todos los sindicatos de la Unión.” (72)

Esta forma de proceder dio munición de grueso calibre a los enemigos de la izquierda socialista que la usaron a discreción; ante las masas en general la autoridad de Largo Caballero siguió siendo alta, pero su actitud provocó desconcierto entre los sectores más a la izquierda de la base socialista, especialmente entre las Juventudes. Respecto a este asunto, los dirigentes del PCE adoptaron una actitud diametralmente opuesta a la de Caballero. Estos asumieron públicamente su participación en la huelga general, ganando un gran prestigio entre los trabajadores en general y entre los jóvenes socialistas en particular.

La rápida recuperación del movimiento obrero en los meses siguientes, volvió a confirmar que era en él dónde estaba la fuerza para transformar completamente la situación y acelerar una salida socialista a la crisis social y política. Sólo recurriendo a la clase obrera, dotándola de un programa revolucionario de acción, se podía frenar a la reacción, preservar y fortalecer al Partido y a la Unión y, volviendo al tema tratado, derrotar las maniobras prietistas. Esta fue la lección que Largo Caballero se resistió a aprender en los años decisivos de la revolución española.

El Partido Socialista en Asturias había ido a las AO con el mismo espíritu que en Madrid. La tendencia de los socialistas también era allí la de reducirla a un comité de enlace burocrático. Fue la iniciativa de los mineros lo que hizo que la huelga en Asturias alcanzara el grado de insurrección. Los mineros, llevando a la práctica las proclamas de desencadenar la revolución si la CEDA llegaba al gobierno, atacaron los puestos de los guardias civiles y de asalto con pocas armas pero mucha dinamita y rápidamente triunfaron en los principales centros de las cuencas mineras. Pero en Gijón y Oviedo, donde además se encontraban las sedes centrales del PSOE y la UGT en Asturias, el carácter de la huelga fue el mismo que en Madrid. Fue al marchar los mineros a Oviedo cuando los obreros de la capital se sacudieron el freno de sus dirigentes y entraron en acción. Poco después este carácter insurreccional contagió en Gijón, dónde por llegar con mucho retraso, la insurrección fue derrotada. González Peña y los demás dirigentes socialistas asturianos jugaron el mismo papel nefasto en los acontecimientos de octubre

que los demás en el resto del estado. Si la huelga se convirtió en insurrección en Asturias fue a pesar de los González Peña y compañía, que se vieron arrastrados por el ímpetu revolucionario de los mineros, no gracias a ellos.

Pero esto no impidió a los centristas utilizar demagógicamente y sin ningún pudor, el ejemplo asturiano como un arma arrojadiza contra la izquierda. Reproducimos algunos fragmentos del discurso de Prieto en Ejea de los Caballeros (Zaragoza) en mayo de 1936: “Asistimos a la paradoja de que los hombres que en la revolución, por su conducta abnegada, en la preparación del movimiento, por su valentía heroica durante la lucha y, sobre todo, por el temple de alma que demostraron ante los tribunales, dándose cuenta de la repercusión histórica de su gesto, sean ahora los más denostados. (...) A las revoluciones se compromete un gran número de individuos y de colectividades, pero de entre ellos son siempre los menos quienes cumplen las obligaciones contraídas. Cuando las revoluciones triunfan, ¡ah!, entonces se suben todos a los carros de la victoria, sintiéndose copartícipes de la misma en grado igual o superior a los que realmente conquistaron el triunfo; pero cuando las revoluciones fracasan (...) entonces los que se sintieron débiles en el momento supremo, los que no cumplieron su deber, o los que concurrieron al cumplimiento desfallecidamente, promueven más que críticas, alborotos, buscando en el griterío el encubrimiento de los fallos de su valor. (...) ¿Por que nos ha de asombrar que un número considerable de quienes en octubre no supieron o no pudieron cumplir sus obligaciones revolucionarias sean los que en la crítica más alboroten, los que en la censura más griten, envolviendo en sus vituperios a quienes no vacilaron en ofrendarlo todo cuando llegó el momento dramático de la ofrenda?” (73)

Pero las maniobras de Prieto tenían un factor determinante en contra. Este era el auge revolucionario que contagiaba a la clase obrera de todo el Estado español. Las proclamas reformistas que tanto crédito le hacían ganar en las altas esferas de la intelectualidad republicana, no le ayudaban, ni mucho menos, a ganar influencia entre la mayoría de la militancia socialista y de las masas en general.

En sus mítines, con su retórica de prestidigitador, Prieto echaba jarros de agua fría e intentaba minimizar —con argumentos desesperados— la fuerza del empuje de esta ola revolucionaria. En Ejea de los Caballeros, lo expresaba así: “El hecho de que ahora nos produzcamos más espectacularmente no quiere decir que nuestro vigor revolucionario sea mayor. Y el otro hecho de que lleguen en aluvión a nuestras organizaciones núcleos considerables que la engruesan, tampoco quiere decir —oídllo bien, porque muchos reputarán esta afirmación como una herejía— que aumente la capacidad revolucionaria, porque esa capacidad requiere, para ser verdaderamente efectiva, una educación política que no se improvisa.” (74)

Por su parte Largo Caballero ganaba audiencia día a día por todo el país con discursos radicales. En ellos insistía continuamente en la necesidad de la conquista del poder político por parte del proletariado y en que este debía implantar su dictadura. Uno de los temas centrales en los que insistía era el de la unidad sindical y política de la clase obrera. Los llamamientos eran constantes al PCE y a la CNT. En la plaza de toros de Cádiz, en mayo de 1936, la CNT y la UGT celebraron un mitin unitario. Caballero decía esto respecto a la unidad: “Yo espero que los partidos proletarios, no tardando mucho, vayan también de una manera decisiva y de frente a la unificación y que esta se realice.” (75) En ese mismo mitin, en el que los llamamientos a la unidad hacia la CNT, son especialmente intensos, polemizaba fraternalmente con Vicente Ballester, dirigente de

la CNT gaditana y orador en representación de esta en dicho acto, con los siguientes argumentos: “Cuando se habla de dictadura del proletariado, no quiere decirse opresión sobre el proletariado; es contra la clase capitalista, que no podrá desaparecer desde el primer día, sino que tendrá que írsela haciendo desaparecer gradualmente. ¡Ah!, pero mientras ocurra habrá que ponerle el pie sobre el cuello y no dejarla levantar.” (76)

En definitiva, el enfrentamiento entre las dos alas del PSOE era tan fuerte que en realidad el Partido estaba escindido, aunque la ruptura no se hubiera formalizado. La pugna política, las acusaciones mutuas de amañar las votaciones internas celebradas en el Partido, el aplazamiento del congreso por parte de la Ejecutiva prietista a octubre del 36 (congreso que nunca llegó a celebrarse al estallar la guerra civil), la expulsión de agrupaciones por parte de los prietistas, etc., crearon una situación de enfrentamiento tan extrema que se dieron casos de incidentes con tiros, como los acaecidos en Écija (Sevilla) el 31 de mayo de 1936. (77)

Por otro lado, la posición caballerista seguía estando caracterizada por su debilidad fundamental, la contradicción entre las palabras y los hechos. Con la victoria del FP, la clase obrera tomó la iniciativa imponiendo o exigiendo medidas decisivas para mejorar sus condiciones de vida y solucionar los problemas endémicos que la República había prometido eliminar. En el campo los jornaleros y campesinos pobres tomaron grandes extensiones de tierras; los datos son claros al respecto: El 25 de marzo de 1936, 60.000 campesinos yunteros de la provincia de Badajoz ocuparon 3.000 fincas y se pusieron a labrarlas. El gobierno no tuvo más remedio que legalizar las ocupaciones. En esta única actuación, los campesinos pobres de Extremadura habían conseguido más tierras que las que les habían sido entregadas en los cinco años anteriores. De marzo a junio de 1936, 110.921 trabajadores de la tierra, se habían asentado en 572.055 hectáreas. La FNTT de la UGT fue empujada por este irresistible torrente y se puso a la cabeza. El 29 de febrero de 1936 se podía leer en el editorial del órgano de la FNTT, *El Obrero de la Tierra*: “Hay que sustituir los consejos de los técnicos por el sentido común de los campesinos (...) Tenemos que resolver nosotros el problema de la tierra de forma tal que el Gobierno del Frente Popular no tenga que hacer sino dar forma legal a la realidad que las organizaciones campesinas hayan creado.”

En las ciudades los obreros exigían con decisión mejoras, jornales más justos, la reducción de la jornada laboral, etc. Se producían multitud de conflictos en toda la geografía española. Enfrentada a este auge revolucionario, cuando una vez más a las palabras y proclamas revolucionarias se les exigía fueran convertidas en realidad, la izquierda socialista actuaba en sentido contrario. Muchas de las huelgas, la mayoría impulsadas por la CNT, contaban con la más rotunda oposición de la UGT (también con la del PCE), produciéndose en numerosas ocasiones graves enfrentamientos entre afiliados de uno y otro sindicato en las que salían a relucir armas de fuego. El más grave de ellos fue el que se produjo en Málaga al declarar la CNT la huelga entre los trabajadores de los saladeros de pescado en junio de 1936. (78)

Esta actitud, lejos de facilitar la unificación o por lo menos la unidad de acción entre la CNT y la UGT tan proclamada por Caballero, la entorpecía, dando alas a que los prejuicios apolíticos de los dirigentes anarquistas adquirieran fuerza dentro del sentimiento hacia la unidad existente entre los obreros.

Pero sin lugar a dudas, otro de los efectos fue que la CNT iba ganando terreno frente a la UGT también en los propios feudos del sindicato socialista. En abril de 1936, la CNT convocó una huelga general en Madrid, a la que se unieron en masa los afiliados de la UGT, a pesar de la rotunda oposición de su dirección. Aunque fue la huelga general de la construcción que vivió Madrid, justo antes del golpe de estado del 18 de julio, lo que reveló el profundo avance del ambiente revolucionario y la penetración de la CNT entre la clase obrera madrileña a costa de la influencia de la UGT.

El proceso de como se llegó a convocar y su desarrollo lo muestran claramente. Santos Juliá lo explica de la siguiente forma: “La huelga general de la construcción [fue] declarada en Madrid conjuntamente por el Sindicato Único de la Construcción de la CNT, y la Federación Local de Obreros de la Edificación de la UGT. (...) [grande fue] la preocupación de los dirigentes de la Federación cuando percibieron que las más nutridas de sus sociedades obreras federadas —albañiles y peones— habían tomado en sus respectivas juntas generales el insólito acuerdo de elaborar en colaboración con los del Único (CNT) las bases de trabajo que presentarían a la patronal de la construcción. Ni albañiles ni peones —9.711 y 7.238, respectivamente, federados en febrero de un total de 27.463— habían consultado a la Ejecutiva su decisión y, por tanto, la habían situado en ‘una posición muy difícil de variar’ pues el Sindicato cumpliría los acuerdos de la Asamblea prescindiendo incluso de cualquier colaboración de la Federación. (...) La Federación Local, que conocía bien la disposición de los obreros de ir a la huelga, no podía quedarse en la Casa del Pueblo. Era preciso salir a la calle y tratar de encauzar el movimiento. (...) La plataforma reivindicativa conjunta se presentó en la nueva plaza de Toros de Madrid en una gran asamblea CNT-UGT, con la asistencia de sesenta mil adherentes.” (79)

Después de dos semanas de huelga, el jurado mixto presentó un laudo que fue aceptado por la UGT y rechazado por la CNT. El 11 de julio del 36, *Claridad* haciendo un enérgico llamamiento a la vuelta al trabajo, insistía dirigiéndose a los huelguistas: “Por el Frente Popular, por la consolidación de vuestra victoria sobre la clase patronal”. (80) Pero los trabajadores desoyeron estos llamamientos y las obras permanecieron cerradas, y así se encontraba la construcción todavía cuando los militares se sublevaron el 17 de julio.

A pesar de las palabras en los mítines y las declaraciones en su prensa, la izquierda socialista ante este empuje obrero, que la CNT alentaba, evidenciaba palpablemente sus carencias. Volvemos a citar a Santos Juliá: “El fracaso de la izquierda socialista estaba ya aquí, en la imposibilidad de encontrar un terreno intermedio entre la defensa del FP y la revolución. Lo primero exigía un acuerdo activo entre Prieto, Azaña y los comunistas. Lo segundo exigía el mismo acuerdo con los anarquistas. Y la izquierda socialista se empeñó en esperar unos misteriosos acontecimientos que habrían de presentar la posibilidad milagrosa de hacer la revolución contra la reacción, contra el FP y sin contar activamente con los anarquistas. En esa espera perdieron el control de su propio partido y perdieron la revolución.” (81)

La espera de esos acontecimientos misteriosos a los que se refiere Juliá, eran el reflejo ni más ni menos de que los dirigentes izquierdistas del socialismo español no se habían desprendido de la pesada losa de reformismo en la que se habían educado y que había sido el manual de su actuación durante décadas. No tenían la base teórica necesaria para contrarrestar las presiones políticas de sus oponentes, ya fuera desde el campo de la

burguesía o desde el reformismo declarado. No tenían la convicción para abordar las tareas que el camino hacia la revolución requería y, por último, no tenían la más mínima idea de cómo aplicar en realidad una política revolucionaria. Por estas razones, cuando la situación revolucionaria exigía actuar, volvía a evidenciarse, a salir a relucir, los vicios burocrático-reformistas con los que habían estado funcionando toda su vida política. Y en el torbellino revolucionario esto tuvo consecuencias fatales.

En los meses previos al inicio de la guerra civil, se concretó otro acontecimiento político de gran importancia y que tendría una decisiva incidencia en el futuro. Culminó el proceso de unificación entre las JJSS y la Juventud Comunista. En las bases de la unificación aprobadas por las direcciones de ambas organizaciones, se recoge la adhesión de la organización unificada (JSU), a la Internacional Juvenil Comunista (adscrita a la Tercera Internacional) como simpatizante. A pesar de que Largo Caballero saludaba públicamente la unificación, la dirección que esta había tomado era un revés para la idea que la izquierda socialista tenía de cómo debía concretarse la “unidad del proletariado español”. Para ellos esta unificación solo podía realizarse a través de la absorción del PSOE y del movimiento socialista del resto de organizaciones obreras. El hecho de que las JSU tuvieran como referente internacional a la organización comunista era un duro golpe para esta pretensión.

De hecho y aunque formalmente la Comisión Nacional de Unificación, organismo designado para el seguimiento del proceso de fusión, estaba compuesto a partes iguales por comunistas y socialistas, de estos últimos, dos de los tres integrantes (Santiago Carrillo y Federico Melchor) ya habían sido ganados para el estalinismo. Era otra de las consecuencias de la política errática de los caballeristas. La falta de un programa claro que canalizara toda la energía revolucionaria de la Juventud Socialista, fue uno de los factores determinantes que provocaron que estas cayeran bajo la influencia del estalinismo y bajo su control después.

Golpe militar del 18 de julio. Las masas responden con la revolución

El 18 de julio de 1936, la clase obrera en todo el país respondió como un solo hombre para intentar derrotar el golpe militar organizado por los grandes capitalistas y terratenientes. El levantamiento fascista fue aplastado por la acción de las masas obreras en la mayoría de las grandes ciudades del estado. La consecuencia inmediata de la movilización de los trabajadores, que con las armas en la mano frenaron a los golpistas en Madrid, Barcelona y cientos de localidades, fue que la estructura del Estado burgués en la zona que quedó bajo dominio republicano se derrumbó. El gobierno, las cortes, las diputaciones provinciales, los ayuntamientos, quedaron suspendidos en el aire. Los cuerpos represivos del estado (ejército, guardia civil y de asalto) quedaron disueltos y sustituidos por el pueblo en armas, que con gran sacrificio se había hecho con ellas. “En su punto culminante, la revolución española destruyó espontáneamente el viejo Estado, y creó los rudimentos de otro nuevo, evidenciando así su carácter socialista, contenido durante los cinco años anteriores. (...) En efecto, la constitución de Comités obreros, campesinos, milicianos y marinos, fue un reflejo instantáneo de la destrucción del aparato coercitivo capitalista. No quedó fábrica, barrio obrero, pueblo, batallón de milicia o de barco, donde no se constituyera un Comité. En su respectivo dominio local cada comité era la autoridad existente; sus disposiciones y acuerdos eran ley; su justicia, la justicia revolucionaria, con exclusión de toda otra. (...) La mayoría de los Comités eran elegidos democráticamente por los trabajadores, milicianos, marinos y campesinos, sin distinción de tendencias, realizándose así la democracia proletaria, en oposición y superación de la democracia parlamentaria burguesa.” (82)

Las disposiciones del “Gobierno” de la República eran anuladas por los Comités si estos no las encontraban conveniente; los Giral y compañía no tenían capacidad de imponer nada, su poder no era más que una sombra; el poder real, el efectivo, estaba en manos de los Comités por voluntad expresa de las masas revolucionarias.

Todas las palabras escritas en los órganos de expresión de la izquierda socialista (*Leviatán*, *Claridad*, *Renovación*, etc.), todas las arengas pronunciadas en los discursos de Largo Caballero y sus seguidores, se habían convertido en algo tangible por iniciativa de las masas. La “hora del proletariado”, pasaba de ser una frase apropiada para culminar un discurso o un artículo izquierdista, a transformarse en un hecho que se manifestaba imparable e irresistible por toda la geografía del estado.

En este contexto decisivo, en que se dirimía el futuro de la revolución, las organizaciones y tendencias obreras sólo tenían la posibilidad de seguir dos direcciones: la de la política revolucionaria o la de la contrarrevolucionaria. La época de las medias tintas quedó atrás arrollada por la revolución social que se manifestaba en todos los rincones de la España republicana. “Para que el triunfo de los órganos obreros de poder fuera completo, faltó, sin embargo, una unificación de los mismos que los erigiese en único poder en escala nacional, que proclamase formalmente la disolución del Gobierno, el Estado capitalista y el parlamento y que se apoderase del capital financiero poniéndolo a disposición de la economía incautada.” (83)

Solucionar esta falla decisiva era la tarea de todas las organizaciones obreras, recayendo la principal responsabilidad en las más influyentes y con mayor implantación entre los

trabajadores. La izquierda socialista tenía en sus manos todas las bazas para hacer realidad el “ideario socialista” tantas veces proclamado. Tenían la fuerza para hacerlo sin que nadie en el campo republicano pudiera hacerle frente. Un programa recogiendo las medidas planteadas más arriba, publicadas en *Claridad* e instrucciones precisas para llevarlo a la práctica en cada tajo, fábrica, pueblo, barrio y ciudad y la revolución habría dado un paso decisivo para su consolidación, pudiendo así, además, hacer frente en condiciones óptimas a la contrarrevolución fascista.

Pero llegado el momento decisivo (“el momento supremo” utilizando el lenguaje de la izquierda caballerista), todas las organizaciones obreras, sin excepción, orientaron su política a intentar reconstruir los organismos del Estado burgués. Todas contribuyeron a subordinar los comités obreros a las estructuras del Estado burgués cuando este último todavía era muy débil. Solo de esta forma pudo este recuperarse, y finalmente destruir los poderosos elementos de poder obrero surgidos después del 18 de julio.

Volviendo a Munis, y refiriéndose al papel jugado por los dirigentes anarquistas en Cataluña, pero aplicable a todas las organizaciones obreras en todo el estado: “(...) concedieron al Estado burgués la gracia de la supervivencia. Dejaron al prisionero del 19 de julio el resuello que le era necesario para atacar la obra del 19 de julio.” (84)

En el caso del papel de Caballero y sus seguidores, no solo le dejaron el resuello al Estado burgués (decir esto sería excesivamente indulgente); las medidas que estos implementaron desde los primeros días en que se hicieron cargo del Gobierno de la República, fueron decisivas para que este pudiera volver a alzarse y conseguir la suficiente fuerza para destruir la obra revolucionaria que siguió al levantamiento militar. Es cierto que de entre las organizaciones obreras, era el PCE estalinizado el mayor defensor del carácter democrático-burgués de la República y el que más esfuerzos hizo para que esta recuperara sus instituciones en detrimento de los comités obreros, pero esto no exime a la izquierda caballerista de su gran responsabilidad histórica.

Largo Caballero, presidente del Gobierno de la República

El Estado burgués, para poder seguir existiendo en la zona republicana y empezar a recuperarse, necesitaba del aval de las organizaciones obreras, y en particular de sus corrientes y líderes con más influencia. También había otro factor de peso que jugó a favor de esta estrategia: la desesperada situación militar, condicionada por la impericia de los republicanos en el gobierno y su absoluta carencia de iniciativa. A pesar del heroísmo demostrado por las milicias obreras en el combate contra el ejército franquista, el apoyo militar de la Alemania nazi y de la Italia fascista había hecho posible un avance espectacular de las columnas de regulares desde Andalucía a las puertas de Madrid, la capital republicana. Estas fueron las razones por las que en septiembre de 1936, el presidente de la República le ofreció a Largo Caballero la presidencia del Gobierno. Caballero era, con mucho, el dirigente obrero con más autoridad ante las masas.

El propio Indalecio Prieto lo reconocía, no sin desagrado: “Indalecio Prieto tenía reservas con el nombramiento de Largo Caballero como presidente del gobierno: ‘Es un burócrata, le dijo Prieto al corresponsal de *Pravda* en Madrid, un desorganizador y un embrollón. (...) Un hombre capaz de echarlo a perder todo y a todos. Pero hoy por lo menos, es el único hombre, más bien el único nombre, que sirve para encabezar un nuevo gobierno” (85)

Con el nombramiento de Caballero como jefe de gobierno, los caballeristas volvían a desmentir sus propias palabras con su práctica política. En agosto de 1936, se podía leer en la editorial de *Claridad*: “Algunos dicen por ahí: ‘Aplastemos primero al fascismo, acabemos victoriosamente la guerra, y luego habrá tiempo de hablar de la revolución y de hacerla si es necesaria’. Los que así se expresan no se han percatado por lo visto del formidable movimiento que nos arrastra a todos. La guerra y la revolución son una misma cosa, aspectos de un mismo fenómeno. No sólo no se excluyen o se estorban, sino que se complementan y ayudan. La guerra necesita de la revolución para su triunfo, del mismo modo que la revolución ha necesitado de la guerra para plantearse. La revolución es el aniquilamiento económico del fascismo, el primer paso, por tanto, para aniquilarle también militarmente... El pueblo no lucha ya por la España del 16 de julio, que era todavía una España dominada socialmente por las castas tradicionales, sino por una España en que esas castas sean raídas definitivamente. El más poderoso auxiliar de la guerra es ese desarraigo económico y total del fascismo, y eso es la revolución. Es la revolución en la retaguardia la que hace más segura y más estimulante la victoria en los campos de batalla”. (86)

No es cierto que la revolución hubiera necesitado de la guerra para plantearse. Esto fue así solo por la falta de una política realmente revolucionaria por parte de las organizaciones obreras, empezando por la izquierda socialista, que permitieron que la reacción, los grandes capitalistas y los mandos del ejército, pudieran organizar la sublevación militar, convertida en guerra civil por la resistencia heroica de las masas.

El párrafo antes citado de *Claridad*, expresaba correctamente la política de los sectores conciliadores del movimiento obrero, que abogaban por la defensa de la República “democrática” y no querían oír hablar de revolución social. “Primero ganar la guerra y después hacer la revolución”, defendían con vehemencia la derecha del PSOE y con

más ímpetu todavía los estalinistas, consigna que adaptaba a las condiciones extremas de guerra civil la nefasta teoría de las dos etapas. Una política revolucionaria era la mayor garantía para derrotar rápidamente al fascismo, y esta pasaba en primer lugar por dar el golpe de gracia al Estado burgués, consolidar los órganos de poder obrero, e iniciar el camino de la construcción del socialismo. Efectivamente, las masas no luchaban por restituir la “normalidad democrática republicana” en la que iban a seguir dominando los mismos de siempre y la solución de sus problemas iba a seguir aplazándose; luchaban por edificar un nuevo mundo y en esa tarea si estaban dispuestas a invertir toda su energía, fuerza e iniciativa. Pero la izquierda socialista, con Caballero a la cabeza, no actuó en consecuencia con sus análisis.

El 4 de septiembre se constituyó el gobierno con Largo Caballero como presidente y ministro de la Guerra. Junto a él formaron parte del gabinete dos elementos más de la izquierda caballerista, tres del ala reformista del PSOE —entre ellos el mismo Prieto como ministro de Marina y Aire—, dos del PCE y cuatro repartidos entre la izquierda republicana (dos), Unión Republicana (uno) y Esquerra Republicana (uno). En la medida que Largo Caballero era el líder socialista más identificado con la revolución, el gobierno que el presidía tuvo la base suficiente para empezar a aplicar toda una serie de medidas que, en nombre de la revolución, atentaban decisivamente contra ella.

Poco a poco fue arrebatando poderes a los comités obreros para que fueran asumiéndolos los organismos burgueses que iban siendo reconstruidos. Esta “expropiación” a la clase obrera se iba produciendo en todos los órdenes. El primer objetivo de este gobierno fue reconstruir los cuerpos coercitivos tradicionales del Estado burgués (guardias de asalto, civiles, carabineros), condenando el armamento de los obreros en la retaguardia y luchando por desarmar a la clase trabajadora. Recuperaron para el gobierno el control del Banco de España y de las demás entidades bancarias de manos de los militantes obreros que se habían apoderado de ellas, lo que sentó las bases para poder dominar las empresas bajo control obrero, para después arrebatárselas a los propios trabajadores. La censura no se eliminó formalmente del entramado legal y paulatinamente fue imponiéndose a los órganos de expresión obreros, que protestaban ante los flagrantes retrocesos de la revolución provocados por las medidas que el gobierno aplicaba.

El desgaste del gobierno de Caballero fue rápido. El instinto revolucionario de las masas detectaba el peligro de que la victoria se les escapara de entre los dedos. El descontento iba en aumento. En este contexto es en el que la CNT entra en el Gobierno en noviembre del 36, algo que los dirigentes anarquistas venían persiguiendo desde el 4 de septiembre y a lo que la base cenetista se resistía a aceptar. Así, el gobierno reforzó su imagen “revolucionaria” y pudo tener más margen para desarrollar su labor restauracionista del Estado burgués.

Otro argumento utilizado por la izquierda socialista, en sintonía con la propaganda del PCE, era el de organizar y centralizar los instrumentos de poder, especialmente imponer el mando único en el ejército para combatir eficazmente la sublevación, y poner a producir la economía sobre la base de un plan centralizado para cubrir las necesidades en el frente y la retaguardia. Pero la cuestión central era que para el Gobierno presidido por Caballero no se trataba de centralizar los organismos de poder obrero y que fueran estos los que controlaran al ejército y a la economía, sino que el dirigente de la izquierda socialista batallaba porque fuera el Estado burgués, destruido por la acción

revolucionaria de las masas, el que lo hiciera. El resultado de esta política no podía ser otro que el de hacer retroceder a la revolución y conseguir que volvieran a instalarse las relaciones capitalistas en todos los ámbitos de la sociedad.

Munis explica al respecto: “A cada sistema social corresponde una organización particular del poder político, en estrecha relación con su modo peculiar de producción y de distribución de los productos de trabajo. El poder político u organización del estado se entrelaza con la clase propietaria tan directa y sólidamente, que al sucumbir las formas de propiedad ha de sucumbir también el estado que las vigila. Sin esto no hay revolución posible; es la enseñanza más importante aportada a los hombres por su propia historia.” **(87)**

El 19 de julio la revolución social que sacudió a la España republicana, dejó gravemente heridos al Estado y a las relaciones capitalistas de producción por las que velaba. Fue la izquierda socialista (junto a la CNT en Cataluña) la que asumió la responsabilidad principal para sanarlos y devolverlos a la vida, contribuyendo decisivamente al estrangulamiento de la revolución. En esos momentos críticos nadie más tenía la suficiente influencia y prestigio para poder hacerlo.

Sobre las intenciones subjetivas de Largo Caballero, G. Munis vuelve a dar en el clavo con el siguiente relato en el que explica una experiencia personal: “Recuerdo que, por los días en que el gobierno de Caballero estaba atareado en fabricar uniformes de guardias civiles y de asalto y en meter a pobres campesinos dentro de ellos, tuve una conversación con dirigentes del sindicato de tranviarios de Madrid (UGT), quienes, recelosos de ese género de reclutamientos, confiaban, sin embargo, en la honradez personal de Largo Caballero. ‘El criterio vulgar de la honradez no sirve para nada —les dije—. El problema del armamento es de vida o muerte para la revolución y para la guerra. Largo Caballero prepara el desarme del proletariado. Que crea obrar bien o mal, su labor es contrarrevolucionaria y debemos combatirla. No importa que la mayoría de los nuevos guardias sean campesinos u obreros que se consideran revolucionarios. Bajo mandos del viejo régimen, a las órdenes del viejo Estado, con auxilio de la censura, se fomentará en ellos el espíritu del cuerpo, se les impondrán gradualmente tareas antirrevolucionarias, se les hará creer que los obreros, y particularmente los revolucionarios, son disruptores y sabotadores de la guerra. Llegarán a disparar contra las masas.’ Mis interlocutores, no sin cierta aprensión, prefirieron tranquilizarse diciéndome que yo era un extremista...” **(88)**

En cuanto a la política internacional, esta se centró en intentar ganar el apoyo de las “democracias” occidentales. El objetivo era conseguir la ayuda de la burguesía francesa y británica, convenciénolas para que intervinieran militarmente en favor de la República, cuando en realidad los capitalistas europeos estaban mucho más preocupados por la revolución social que sabían se estaba desarrollando en el campo republicano que en una eventual victoria de Franco. Para ellos una rápida victoria de la República, en esas condiciones, haría imparable la consolidación de la revolución en el Estado español con el consiguiente peligro de contagio hacia sus propios países.

La labor del gobierno, en este sentido, fue la de declarar una y mil veces que él, y las masas que lo sustentaban, luchaban por la democracia burguesa no por una república socialista. Estas palabras (aquí la izquierda caballerista si las hacía concordar con los hechos), venían acompañadas de acciones concretas, como las antes descritas, dirigidas

a frenar y descarrilar la obra revolucionaria. Con esta actuación la izquierda caballerista certificaba definitivamente el principio de su fin. A partir de los últimos meses de 1936 su influencia solo hizo declinar a la misma velocidad en que avanzaba la desmoralización que provocaba su política entre la clase obrera. Entrado 1937, la descomposición de la fracción de Caballero era patente, para recibir el golpe de gracia durante 1938.

La batalla en el PSOE entra en su fase definitiva

El estallido de la guerra civil encontró al Partido Socialista en mitad del conflicto sobre la elección de la nueva Ejecutiva Nacional y en pleno recuento de los votos emitidos en el referéndum convocado para decidir la fecha para celebrar el congreso del Partido. La Ejecutiva pasó a estar oficialmente encabezada por los prietistas, con González Peña como presidente y Ramón Lamonedá como secretario general. Para los caballeristas, que nunca aceptaron el resultado de las votaciones, la única Ejecutiva legítima era la de la Federación Socialista Madrileña y desde esta organizaban la actividad de su fracción.

El partido estaba roto, las agrupaciones controladas por los caballeristas mostraban cada vez con más intensidad su indisciplina frente a la Ejecutiva oficial y esta respondía con expulsiones. El 4 de julio *Claridad* declaraba: “(...) que los centristas buscaban provocar la escisión en el Partido al ‘expulsar a la mayoría.’”⁽⁸⁹⁾

Por su parte, Prieto y sus seguidores seguían maniobrando para intentar debilitar a la izquierda caballerista. Pero los centristas no eran el único peligro al que la izquierda tenía que hacer frente y, a partir del 18 de julio, ni siquiera el más importante para ellos. El principal elemento que empezaba a amenazar seriamente la preponderancia de la izquierda del PSOE en el movimiento obrero, y también dentro de las propias organizaciones socialistas, era el ascenso de los estalinistas en todos los ámbitos de la vida política del país.

Los planteamientos políticos del PCE, aunque envueltos en un discurso de apariencia revolucionaria, eran los mismos que los de la derecha del PSOE (en la práctica también que los de la izquierda, como hemos visto) con la diferencia de que los estalinistas los aplicaban con más decisión. Contaban con una organización disciplinada y cohesionada, ayudada logística y financieramente por Moscú y no tenían el más mínimo reparo a la hora de atacar a los sectores más revolucionarios de las masas. Estas fortalezas cautivaron ya antes del inicio de la guerra civil a toda una serie de elementos del aparato de las diferentes organizaciones socialistas que por alguna u otra razón se habían encuadrado en las filas caballeristas, siendo ganados al estalinismo paulatinamente.

Destacados colaboradores de Caballero, además de los dirigentes de las JJSS ya citados, pasaron a la órbita de los estalinistas, como Álvarez del Vayo, vicepresidente de la Federación Socialista madrileña y futuro ministro de Exteriores en el Gobierno de Largo Caballero; Margarita Nelken, destacada parlamentaria socialista; Felipe Pretel y Amaro del Rosal, ambos dirigentes ugetistas, etc. En este contexto se produjo, el 23 de julio de 1936 la fusión entre la Federación Catalana del PSOE (dirigido por el caballerista Rafael Vidiela) y el PCE en Cataluña, que junto a la Unió Socialista de Catalunya y el Partit Català Proletari, constituyeron el Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC).

Se daba un nuevo paso hacia la unificación de todo el proletariado tan preconizada por Largo Caballero. Pero este avance no se produjo en la dirección que el dirigente socialista esperaba. Lejos de suponer un impulso hacia la absorción de todas las organizaciones por el PSOE, la organización de los socialistas en Cataluña fue fagocitada por el estalinismo y por extensión, también lo fue la UGT catalana. El PSUC se adscribió como partido independiente a la Tercera Internacional y por lo tanto pasó a estar sometido a su disciplina.

Ante las masas, el Partido Comunista contaba con la aureola que le proporcionaba la pertenencia a la Tercera Internacional, heredera oficial de la revolución rusa de 1917. También contribuyó a fortalecer la posición de los estalinistas, el notable prestigio que alcanzaron por el papel jugado por el PCE y las Brigadas Internacionales en la defensa de Madrid en noviembre de 1936, mientras el Gobierno abandonaba la ciudad.

La clase obrera madrileña, henchida todavía por el espíritu revolucionario del 19 de julio, se dispuso a resistir y evitar la toma de la ciudad. Los comités, que desde su constitución en julio se encontraban en el punto de mira del Gobierno, del ala centrista de los socialistas y de los estalinistas, resurgieron con energía redoblada y se convirtieron en el principal impulso de la defensa de la capital de la República. La situación desesperada desde el punto de vista militar, la eficacia demostrada por los comités obreros y la autoridad que estos tenían ante la población madrileña en general, convenció a los representantes del Gobierno y los dirigentes de las organizaciones obreras que quedaban en la ciudad, de que lo más conveniente era apoyar la labor de estos comités. Fueron los trabajadores y milicianos los que detuvieron a José Enrique Varela, coronel al mando de las tropas franquistas el 7 de noviembre.

La incorporación de las Brigadas Internacionales a la defensa de Madrid, identificadas con el PCE, junto al arrojo y entrega demostrados por los voluntarios internacionales y la aportación de los tanques y aviones soviéticos, reforzaron la imagen de los comunistas ante las masas. El potente y perfeccionado aparato propagandístico estalinista, también amplificó su papel en la defensa de la capital. Estos factores crearon las condiciones para que muchos obreros vieran al PCE como la organización más consecuente en la lucha contra el fascismo.

Pero el golpe más duro para la izquierda caballerista fue la pérdida de la preponderancia política entre la juventud, al consumarse la unificación entre las organizaciones juveniles socialista y comunista y constituirse la JSU. Esto tuvo una influencia decisiva en los acontecimientos que se desarrollaron en los meses siguientes.

Aunque Santiago Carrillo y otros pasaron a ser oficialmente miembros del PCE en noviembre de 1936, la mayoría de los dirigentes de los jóvenes socialistas que habían impulsado la fusión ya habían sido ganados para el “Partido” meses antes. “Yo vivía en Madrid en un piso encima del suyo (del de Álvarez del Vayo) y fui testigo de las visitas diarias que le hacían los jóvenes dirigentes socialistas para entrevistarse allí, en su casa, con el agente de la Comintern entonces destacado en España, un tal Codovilla (...). Allí recibieron los jóvenes socialistas las primeras lecciones de catequesis comunista; allí se les organizó un viaje a la Meca moscovita; allí se pactó la entrega de la juventud socialista, la nueva generación obrera de España al comunismo” (90)

En estas condiciones los dirigentes estalinistas tuvieron todas las bazas en sus manos para conseguir un férreo dominio político de la nueva organización juvenil. Habiendo mantenido en secreto su ingreso en el PCE, estos dirigentes maniobraron para formalizar ese control. Alegando las dificultades insuperables que generaba la guerra, el congreso proyectado para formalizar la fusión, en el que se decidirían democráticamente los principios, el programa y la estructura definitiva de las JSU, no fue convocado. Sin embargo, la guerra no fue un obstáculo insalvable para que, en enero de 1937, Carrillo y sus camaradas pudieran organizar en Valencia una Conferencia Nacional, que estuvo

controlada desde su preparación hasta su celebración y finalización por los estalinizados dirigentes juveniles, y en la que se concretaron su estructura y principios ideológicos y se eligió definitivamente la Comisión Ejecutiva Unificada, con preponderancia total de militantes del PCE.

Antonio Escribano, delegado por la provincia de Alicante a dicha conferencia es muy elocuente al respecto: “[En la Conferencia] no se discutía nada. Los que lo hacían se limitaban a presentar un informe o discurso y cuando terminaban de hablar no se continuaba ninguna discusión. Un tal Carrasco habló en nombre de los antitanquistas sobre como se derribaban los tanques; un marino habló sobre lo suyo, un aviador ídem y así sucesivamente. Lo evidente es que no se discutió nada sobre la unificación de ambas organizaciones, si que se dio como hecho todo lo que había ocurrido. Los representantes fieles a la política de Caballero no nos opusimos a nada en la Conferencia por dos motivos fundamentales (...) 1. El 90% de los jóvenes socialistas que asistimos a la Conferencia de Valencia no sabíamos que Carrillo, Laín, Melchor, Cabello, Aurora Arnaiz, etc., se habían pasado con armas y bagajes al Partido Comunista. Creíamos que eran todavía jóvenes socialistas y que obraban de acuerdo con Caballero y el Partido Socialista. (...) 2. El ambiente y la forma como se desarrollaron los trabajos de la Conferencia nos tenía sorprendidos y cuando quisimos reaccionar la asamblea había terminado.” (91)

Por su parte, Santiago Carrillo cuando se dirigió a la Conferencia desplegó abiertamente la posición estalinista aprobada en el VI Congreso de la Internacional Juvenil Comunista, tanto sobre el carácter que debía tener la nueva organización juvenil como la política que debía defender: “En lo referente a la línea política de las JSU, Carrillo manifestó en su discurso la necesidad de mantener el carácter de movimiento abierto a todos los jóvenes con distinta ideología, siempre que estuvieran dispuestos a combatir al fascismo en defensa de la República. En lo que se refería a la situación general del país, las valoraciones sobre la actividad de los frentes y la producción de guerra y las colectivizaciones, no sólo la intervención de Carrillo, sino también las de Melchor, Laín e incluso Serrano Poncela coincidirán con las del Partido Comunista, dando total prioridad a la creación de una economía de guerra, con una racionalización de las colectividades tanto en el campo como en la ciudad, impulsando decididamente la formación del ejército regular y popular.” (92)

La JSU proporcionó al PCE una gran base de masas entre los jóvenes trabajadores. La juventud unificada se convirtió, además, en la espina dorsal del nuevo Ejército Popular Republicano (EPR), y sus militantes demostraron una gran valentía y arrojo en las trincheras y en los combates contra el ejército fascista. Paso a paso, las incoherencias de la izquierda socialista facilitaron que el estalinismo pudiese aplicar su programa, que no era otro que el de recomponer el Estado burgués, limitar primero y desmontar después las colectividades y someter a la autoridad republicana los órganos del poder obrero surgidos por todo el país. Con la consigna, “defensa de la Republica democrática”, los dirigentes estalinistas utilizaron todos sus puntos de apoyo para levantar un muro contra la revolución social. La “organización juvenil de nuevo tipo” fue una lanzadera fundamental, pero el PCE también logró una gran influencia en el resto de las organizaciones socialistas, en el PSOE y la UGT, para ir incrementando su presencia en la reconstruida burocracia estatal y en el ejército republicano.

Caída del Gobierno de Largo Caballero

La guerra y la revolución estaban totalmente entrelazadas, la misma izquierda socialista lo había expresado el 22 de agosto en *Claridad*, como ya hemos señalado. Pero fue el Gobierno presidido por Largo Caballero el que proclamó los decretos para reconstruir el aparato estatal, y levantar un ejército regular que defendiera la propiedad burguesa y la España del 16 de julio (“la República democrática”). Fue este Gobierno el que puso en pie el entramado legal para ir eliminando las colectivizaciones en el campo y la ciudad. En definitiva, fue el responsable de sentar las bases para ir destruyendo las conquistas revolucionarias de las masas.

Esta política supuso un desgaste muy importante de la autoridad de Caballero ante la clase obrera, a la vez que golpeó duramente la moral de los trabajadores. Además, con ella contribuía en gran medida a la desorganización de la lucha contra el ejército fascista. Mientras desde el gobierno se insistía en la consigna “todas las armas al frente”, con el objetivo de desarmar al proletariado en la retaguardia, los recién recuperados guardias de asalto, carabineros y guardias civiles, contaban en esta misma retaguardia con abundante y moderno armamento. Los mandos militares en muchos casos se elegían, más que por sus aptitudes militares, por su grado de apoyo a la política del gobierno o por su nivel de hostilidad hacia los obreros revolucionarios. Esto llevaba a numerosos casos de traición y sabotaje, que a su vez provocaban desastres militares que minaban la moral de la clase obrera y aceleraba la pérdida de autoridad del Gobierno.

Paralelamente a este proceso, el Gabinete de Caballero estaba sometido a la presión del ala derecha del PSOE y de los estalinistas (los miembros del gobierno pertenecientes a los partidos republicanos, tenían una capacidad de presión muy limitada, en realidad estos y sus organizaciones se representaban solo a sí mismos con una influencia entre las masas mínima). El PCE y los prietistas, más consecuentes con la política burguesa que todos defendían, exigieron a Caballero más decisión en los aspectos cruciales. Acusaban al presidente del Gobierno y ministro de la Guerra, de ser demasiado lento y poco enérgico a la hora de aplicar y hacer realidad los decretos aprobados. Para ellos Caballero era condescendiente con la CNT y con las resistencias que esta presentaba para integrar las milicias en el “Ejército Popular” (93), además de no ser lo suficientemente contundente a la hora de desarmar a los obreros en la retaguardia, disolver los comités y eliminar las colectividades.

Otro foco de enfrentamiento con el PCE, que crecía día a día amenazando con estallar en cualquier momento, era la política de proselitismo que aplicaban los estalinistas. Su actitud decidida para copar todas las posiciones importantes en el aparato del Estado y el ejército, así como para escalar posiciones dentro de los aparatos del PSOE y la UGT, provocó la irritación creciente de Caballero. Largo Caballero había llegado a la conclusión de que el PCE pretendía absorber a las organizaciones socialistas como ya habían hecho con las JJSS y el PSOE y la UGT en Cataluña. Para alcanzar esta meta los estalinistas no ahorraban esfuerzos. Sus armas eran una voluntad enérgica para llevar adelante su política, y todas las maniobras que sus estrategas eran capaces de maquinarse: la adulación, la promesa de una prometedor carrera política, etc. Si estos métodos fallaban, no dudaban en utilizar otros más “persuasivos”, como la amenaza, el conseguir un destino comprometido para el que se resistía, la campaña de descrédito, etc. Sin

embargo, no eran los únicos en utilizar estas formas. Las maniobras administrativas y burocráticas eran también el signo de los prietistas, y en no pocos casos de los caballeristas.

Durante un período de tiempo la intención de los estalinistas fue la de ganar a Largo Caballero, como lo hicieron con Santiago Carrillo y los demás dirigentes de las JJSS. Antes de la guerra y en las primeras semanas de su Gobierno, Caballero era adulado por los estalinistas de forma cargante. “Tuve la desgracia de que se fijaran en mí —escribía Caballero refiriéndose a los estalinistas y al período antes de la guerra—. Para la prensa comunista, yo era el único socialista marxista; el revolucionario; el legítimo representante del proletariado español; el amante de los obreros, la única esperanza en el porvenir. ¡El Lenin español! Mis fotografías se exhibían en los periódicos, en los cines, en los escaparates; en España y en el extranjero; hasta en Rusia. Se quería despertar en mí esos enemigos que anidan siempre en nuestras almas: la vanidad, la ambición.” Y más adelante, comenta ante una de las visitas de Codovilla, el delegado de la Comintern, para que aceptara la fusión de PSOE y PCE: “Yo sería el jefe del nuevo Partido y, como consecuencia, dueño de España, porque, hecha la unificación, a ella vendrían todos los obreros, constituyendo una fuerza invencible.” (94)

Caballero no accedió a estos propósitos. La experiencia del PSOE y UGT de Cataluña y la de las JJSS, le convencieron de que la unificación de todo el proletariado organizado no se produciría sobre la base de un PSOE controlado por él y sus colaboradores. A esas alturas Caballero no tenía ninguna duda de que el nuevo Partido, fuera cual fuese su nombre, sería controlado por los estalinistas. Sus intenciones no eran ya la unificación sino entorpecerla todo lo posible, además de intentar poner freno al ascenso estalinista en el Estado y el ejército, pero recurriendo a maniobras que no le dieron resultado. “Se llevaba a cabo una labor de catequización por el Partido Comunista, abusando de las simpatías hacia Rusia por su ayuda. (...) En el llamado 5º Regimiento y en los frentes, los ascensos de clases se otorgaban a los comunistas en perjuicio de los que no lo eran; en los hospitales se cuidaba mejor a los comunistas que a los otros; y los nombramientos de comisarios, sin mi firma, también se habían concedido a los comunistas; a los jefes del ejército se les halagaba para su ingreso en tal Partido; la prensa comunista ensalzaba los hechos de guerra de los comunistas y silenciaba los realizados por otros; en las operaciones se destinaba a los lugares de más peligro y en los que se podía obtener menos éxito, a los no comunistas. (...) Al que no se sometía se le perseguía hasta inutilizarlo. (...) Sin embargo yo estaba obligado a poner cortapisas a tales abusos que contradecían el compromiso adquirido. (...) La batalla contra mí, que estaba latente por algo de lo ya dicho y lo que añadiré, se empeñó francamente.” (95)

Los dirigentes estalinistas perdieron la esperanza de ganar a Caballero a sus filas o por lo menos de convertirlo en un aliado totalmente fiable, que llevara a la práctica sin problemas sus designios y no pusiera obstáculos a la extensión de su red de influencia en el ejército y las estructuras estatales. A partir de ese momento, y aliados de los prietistas del PSOE, el PCE se lanzó a una amplia ofensiva de desprestigio contra Largo Caballero que se desarrolló en la clásica tradición estalinista. Iniciaron una campaña de rumores para socavar la autoridad de la que todavía gozaba el líder socialista. “Insidiosamente empezaron a circular de boca en boca las palabras ‘estupidez’, ‘ineptitud’, ‘vanidad’ y ‘senilidad’ (...)” (96) Enrique Castro, miembro del CC del PCE en esos momentos, explica en su libro *Hombres made in Moscú*, como se planteó la guerra emprendida contra Caballero: “(...) Ganaremos la batalla al Partido Socialista y a

Largo Caballero (...) ¿Qué importa que los tontos nos acusen de deslealtad con los aliados? (...) ¿Acaso es posible una revolución proletaria sin la existencia de un poderoso Partido Comunista que tenga la hegemonía política en sus manos? (...) ¡Lo que hacemos no es nada nuevo en nuestra estrategia y táctica para conquistar a las masas para poder llegar a la revolución verdadera, a la revolución socialista! ¡Ahí están los textos de Lenin y Stalin!” (97)

He aquí la falsificación de la política de Lenin, ajustada fielmente a la tradición y la metodología del estalinismo. Los bolcheviques, con Lenin en la dirección del Partido, conquistaron el apoyo consciente de las masas de febrero a octubre de 1917. Aunque en las jornadas en las que se derrocó al zar todavía eran minoría en los sóviets de las principales ciudades y prácticamente unos desconocidos en el interior del país, donde millones de campesinos empezaban a aprender el lenguaje de la revolución, pronto se hicieron con una autoridad tremenda entre las filas de los trabajadores, los soldados y los campesinos revolucionarios. En esos momentos la consigna leninista era explicar pacientemente. Y eso hizo el Partido, explicar el programa revolucionario, luchar por la consolidación de los comités obreros rusos, los sóviets, usando toda su energía para debilitar y destruir el estado burgués que mencheviques y eseristas, aliados de los partidos burgueses, se empeñaban en reconstruir. Así ganaron los bolcheviques a las masas y cuando esto fue un hecho, las dirigieron a destruir los restos del estado capitalista y consolidaron el poder de los sóviets; ¡Todo el poder a los sóviets! Era el grito de guerra de los dirigentes y obreros bolcheviques.

La política del Partido Comunista de España y la Tercera Internacional en esos cruciales momentos no tenía absolutamente nada que ver con la política de Lenin, es más esta se encontraba en sus antípodas. Frente a la consigna ¡Todo el poder a los sóviets!, los dirigentes estalinistas gritaban ¡Abajo los comités obreros! ¡Todo el poder al gobierno! ¡Por el desarme del proletariado! ¡Viva el monopolio de las armas en manos del Estado burgués! Allí donde Lenin planteaba el programa revolucionario que acabaría con el capitalismo, para que fuera asumido por las masas y ganarlas en base a él, el estalinismo propone la defensa de la propiedad privada y la democracia burguesa. El PCE se hizo con una base militante entre los pequeños propietarios industriales y agrarios, entre los comerciantes y militares profesionales que buscaban protección contra la revolución social; los bolcheviques se hicieron fuertes entre la clase obrera y los soldados, entre los jornaleros sin tierra, y crearon la Tercera Internacional para movilizar a los trabajadores de todo el mundo en defensa de la revolución socialista.

El estalinismo siempre apeló a Lenin para justificar y dar autoridad, precisamente, a una política que contradecía a Lenin punto por punto. Ganar la hegemonía dentro de la clase obrera con el programa de Lenin era algo diametralmente opuesto a defender las ideas y los métodos utilizados por Stalin. El PCE aplicó en el Estado español los del segundo, y luchó denodadamente contra cualquiera que intentaba llevar a cabo los del primero.

Todos los episodios y acontecimientos que fueron conformando el enfrentamiento entre Caballero, el PCE y el ala prietista del PSOE respondían a una única cuestión central: Caballero no se mostraba dispuesto a llevar a la práctica, con la rapidez y contundencia que estalinistas y socialistas de derecha demandaban, las medidas que estos exigían para acabar con la revolución en la zona republicana. Largo Caballero no era el “Lenin español”; su programa político y sobre todo su práctica política distaban mucho de los del revolucionario ruso. De hecho él fue el artífice (y sólo él podía serlo en aquel

momento) de que el Estado burgués tomara aliento y fuera fortaleciéndose, en detrimento de los órganos y elementos de poder obreros. Pero las necesidades de la contrarrevolución en el campo republicano, exigían más contundencia, más decisión, menos dudas, más energía y también más sumisión a los dictados de los que la promovían con más ahínco. Para este trabajo, Largo Caballero resultó no ser el hombre indicado.

Una vez llegaron a esa conclusión, el objetivo central pasó a ser la eliminación política de Caballero. La campaña de desprestigio, impulsada principalmente por los estalinistas, se desplegaría hasta que llegara el momento oportuno de dar el golpe y eliminarlo del Gobierno, para después maniobrar neutralizándolo definitivamente a él y a su fracción. Ese momento debían elegirlo con cuidado. Caballero fue el hombre indicado por la autoridad que tenía ante las masas para encabezar el gobierno que inició la reconstrucción del Estado burgués. Era necesario que cuando provocaran su caída, los organismos del Estado estuvieran ya asentados y la revolución estuviera lo suficientemente debilitada para que no se produjera un nuevo estallido de las masas que volviera a situar al borde del abismo al capitalismo en el campo republicano.

Tras los acontecimientos de Barcelona mayo de 1937, estalinistas y prietistas, consideraron que ese momento había llegado. Lo ocurrido es bien conocido. Aquí solo plantearemos las claves de estos sucesos.

Catalunya, y particularmente Barcelona, era la zona del Estado español donde la revolución social, iniciada el 19 de julio de 1936 había sido más profunda y había llegado más lejos. En mayo del 37, a pesar de los retrocesos que esta había sufrido por la política del gobierno central, pero sobre todo en el caso de Catalunya, por la aplicada por el de la Generalitat apoyado por la CNT y hasta diciembre del 36 también por el POUM, la clase obrera seguía manteniendo posiciones importantes y los comités obreros seguían jugando un papel considerable en la vida cotidiana de la ciudad. El desarme de los obreros prácticamente no se había podido aplicar y los comités todavía tenían cierta capacidad en la dirección de la sociedad, la distribución de alimentos, etc. Pero los retrocesos revolucionarios eran evidentes y la tensión que esto generaba entre los obreros, aumentaba día a día.

El detonante de la explosión fue el intento de desalojar a los milicianos anarcosindicalistas que controlaban la sede de la Telefónica en la capital catalana, que funcionaba perfectamente desde julio del 36 bajo un comité elegido por los trabajadores. El 3 de mayo, el comisario de orden público, el estalinista Rodríguez Salas, intentó tomar el edificio en nombre del Gobierno de la Generalitat. Después de un intenso tiroteo, los obreros se atrincheraron en los pisos superiores, resistiendo la embestida de los guardias de asalto. Inmediatamente la voz se corrió por toda la ciudad y surgieron las barricadas por todas partes. La huelga general fue inmediata, unánime y espontánea, quedando Barcelona, salvo una pequeña parte del centro, nuevamente en poder de la clase obrera y el Gobierno de la Generalitat suspendido en el aire. La nueva insurrección proletaria también se extendió, en pocas horas, a otras localidades de Catalunya.

Pero la CNT frenó a los trabajadores; los dirigentes anarquistas hicieron desesperados llamamientos a abandonar la lucha, desalojar las barricadas y volver al trabajo. Ninguna organización con la suficiente influencia para poder hacerlo, dotó al movimiento de la

dirección revolucionaria que los obreros necesitaban; una vez más ni la CNT, ni el POUM que en esencia siempre fue a rebufo de los dirigentes anarquistas, estuvieron a la altura de las necesidades históricas.

Sin dirección, la clase obrera fue derrotada. Los mil quinientos guardias de asalto y los tres navíos de guerra enviados por el gobierno de Largo Caballero, unidos a las fuerzas con las que contaba la Generalitat, acabaron imponiéndose. Pero fueron sobre todo la desertión de los dirigentes de la CNT, su negativa a organizar la lucha y sus desesperados llamamientos a la vuelta al trabajo lo que acabaron por doblegar a las masas insurrectas.

La actitud de Largo Caballero durante este conflicto, tampoco coincidió con las medidas exigidas desde un primer momento por prietistas y estalinistas. “Pese al consentimiento de Campany [de que el Gobierno Central se hiciera cargo del orden público en Cataluña], Largo Caballero no estaba dispuesto a actuar todavía. Seguía esperando que las mediaciones de sus emisarios en Barcelona [que no eran otros que los anarco-ministros García Oliver y Federica Montseny y el ugetista Hernández Zancajo, nota del autor] pudieran acabar con el derramamiento de sangre. Pero Indalecio Prieto su rival socialista y ministro de Marina y Aire, deseaba tomar medidas sin demora. (...) A las doce de la mañana del martes notificó a Azaña por teletipo que había dispuesto la salida inmediata para Barcelona de dos destructores (...) y había ordenado a la aviación de Lérida hiciera una demostración en vuelo bajo sobre Barcelona.” (98)

Por su parte los estalinistas también exigían una acción rápida y contundente; *Frente Rojo*, el periódico estalinista de la tarde, declaraba: “Sobre tales hechos no puede discutirse más. Hay que actuar y actuar con la severidad que las circunstancias requieren... Cuantos, de un modo u otro, con uno y otro fin, intentan perturbar [el orden] o romper [la disciplina] deben sufrir inmediatamente el peso inexorable de la autoridad popular. La acción represiva del Gobierno y la acción punitiva de las masas populares.” (99)

Fueron las diferencias entre estalinistas y socialistas prietistas por un lado, y Largo Caballero por otro, en torno a las medidas a aplicar después de sofocada la revuelta en Barcelona, lo que llevó a los primeros a la determinación de desalojar inmediatamente del Gobierno al dirigente de la izquierda socialista. El bloque mencionado exigía la represión más amplia, dura y enérgica. “Entonces propusieron (los estalinistas) la disolución de la Confederación General del Trabajo y del Partido (Obrero) de Unificación Marxista, trotskista, que se había unido a los sindicalistas para combatir al Partido Socialista Unificado. Manifesté que eso no se podía hacer legalmente; que mientras yo fuese presidente del Gobierno no se haría (...)” (100)

En la editorial del periódico *Adelante*, órgano de la izquierda socialista, del 11 de mayo, escrita al calor de los acontecimientos, se podía leer que si el Gobierno de Largo Caballero aplicase las medidas de represión exigidas por la sección española de la Comintern “en un sentido represivo que podrían suscribir Gil Robles y Lerroux, desbarataría (...) la unidad obrera. (...) Si tal desgracia ocurriera, habríamos, seguramente, perdido la guerra y la revolución. Porque la guerra no puede hacerse en contra de la mitad de la clase trabajadora española.” (101)

El POUM no era trotskista; las críticas de Trotsky a la política de este partido eran públicas y notorias. Pero esto no fue obstáculo para que el PCE, partícipe de la campaña internacional contra el trotskismo (única corriente revolucionaria que, con sus críticas y alternativas, ponía al desnudo la línea antileninista de la política del Kremlin), incluyera en ella a esta organización. De hecho, cualquier partido o corriente obrera que no comulgase con sus planteamientos era calificada de trotskista, dedicándole la ya clásica lista de calificativos que siempre venía adjunta: contrarrevolucionarios, enemigos de la patria soviética, colaboradores del fascismo internacional, agentes al servicio de Hitler, etc., y exigiendo contra ellas las medidas de represión más drásticas.

José Díaz, secretario general del PCE, dejó muy clara la posición del partido en un mitin el 9 de mayo del 1937: “(...) Unos se llaman trotskistas. Es el nombre bajo el cual trabajan muchos fascistas emboscados, que hablan de revolución para sembrar el desconcierto. (...) ¿Qué hace el Gobierno que no los trata como a tales fascistas y los extermina sin consideración? (...) no solamente en España debe ser disuelta esa organización, suspendida su prensa y liquidada como tal, sino que el trotskismo debe barrerse de todos los países civilizados, si es que de verdad quiere liquidarse a esos bichos, que incrustados en el movimiento obrero, hacen tanto daño a los obreros que dicen defender. (...) Si a los diez meses de guerra no hay una política firme para poner a la retaguardia a la altura en que se van colocando algunos frentes, yo, y conmigo estoy seguro de que pensarán todos los antifascistas, comienzo a pensar: o este Gobierno pone orden a la retaguardia, o si no lo hace tendrá que hacerlo otro Gobierno de Frente Popular” (102)

Los estalinistas acordaron una línea a seguir con la Ejecutiva del PSOE, controlada por los prietistas. Las tornas habían cambiado. Antes del 18 de julio, era la izquierda caballerista la que defendía la colaboración con el PCE, en un intento de concretar organizativamente su giro a la izquierda y reforzarlo, mientras los centristas de Prieto, se oponían resueltamente. Ahora, eran Prieto y sus seguidores los que hacían frente común con los dirigentes estalinistas, para intentar afianzar definitivamente la derrota de las conquistas revolucionarias. Estalinistas, prietistas y republicanos, llegaron a una comunión para eliminar a Caballero del Gobierno. Azaña comenta al respecto en su memorias: “Me dijo (el republicano José Giral) que tanto los republicanos, como los socialistas y los comunistas estaban persuadidos de que la situación no podía prolongarse. (...) Añadió Giral que los republicanos, los socialistas y comunistas formaban una piña que facilitaría cualquier solución. (...) Si, me dijo, en el próximo consejo, los comunistas tomarían la iniciativa pidiendo una rectificación de política, y de no obtenerla, se retirarían del gobierno. Los socialistas y los republicanos los apoyarían en su demanda” (103)

El 13 de mayo se inició la maniobra para echar a Caballero del Gobierno con la dimisión de los dos ministros del PCE; el 14 dimitieron también los dos ministros socialistas, y el 17 de mayo Largo Caballero abandona el Gobierno. Juan Negrín fue nombrado presidente del ejecutivo. El nuevo Gobierno lo formarían Prieto y Zugazagoitia, que ocupan los Ministerios de Defensa y Gobernación respectivamente, y ambos, al igual que Negrín, del ala derechista del PSOE; dos ministros del PCE y uno respectivamente del PNV, Izquierda Republicana, Esquerra y Unión Republicana. La CNT, la UGT y la izquierda socialista, habían sido eliminados del gabinete, culminando, con este giro a la derecha en la composición del Gobierno, la preponderancia definitiva

del Estado burgués frente a los elementos de poder obrero surgidos en los días en que los trabajadores aplastaron el golpe de Estado.

A partir de la derrota de las clase obrera catalana en mayo del 37, la represión a los elementos revolucionarios y a la obra revolucionaria arreció. Juan Negrín resultó ser el hombre “facultado” para realizar esa tarea. El doctor Negrín no dudó en aplicar las medidas coercitivas y represivas que, para acabar definitivamente con la revolución, los estalinistas le exigían tomar. Tampoco puso ningún obstáculo a que los estalinistas siguieran copando puestos en el aparato estatal. Se constituyó el llamado “Gobierno de la victoria”. A la postre la única victoria que este gobierno obtuvo fue la de conseguir aplastar definitivamente la revolución.

El Comité Nacional de la CNT declaró en junio de 1937: “Una ola de sangre, de terror ha asolado los pueblos de Cataluña”. (104) También en este pasaje de un artículo de *Solidaridad Obrera* suprimido por la censura y publicado en el Boletín de Información de la CNT-FAI, el 30 de junio, podemos leer: “ Se ha perseguido a militantes, se les ha provocado y asesinado; se han clausurado centros y deshecho colectividades.” (105)

Los dirigentes del POUM, junto a cientos de sus militantes fueron arrestados; su secretario general, Andreu Nin, fue secuestrado por un comando del NKVD (policía política estalinista) bajo el mando de Orlov, y después de ser brutalmente torturado fue asesinado. La represión alcanzaba también a socialistas de izquierda y en definitiva a todo el que no comulgaba con los preceptos del nuevo gobierno dirigido por los estalinistas y socialistas centristas. En esta ola, Indalecio Prieto participó en primera línea. Fue el creador del SIM (Servicio de Investigación Militar) e inspiró los Tribunales de Alta traición y Espionaje, instituciones que dieron la cobertura legal a la obra represiva de la contrarrevolución republicana.

La metodología del terror se refleja en esta experiencia personal vivida por Munis: “En la cárcel conocí a un joven socialista suizo para quien el Tribunal de Alta Traición y Espionaje pedía la pena de muerte. Una mujer católica y dos estalinistas le achacaban el asesinato de un tercer estalinista. Parecía un caso perdido. Pero habiendo enfermado gravemente la mujer católica, sintió la proximidad del infierno, llamó al juez y declaró haber testificado en falso, amenazada y sobornada. Los dos testigos estalinistas eran los autores del asesinato del tercer estalinista.” Y sigue Munis: “En 1938, una ironía cualquiera contra el ‘doctor lenteja’, como popularmente se llamaba a Negrín a causa del régimen alimenticio a que vivía sometida la población pobre, o contra los ‘hijos predilectos del pueblo’ como a si mismo se llamaban los líderes estalinistas, escuchada por los delatores que se hallaban en todas partes, causaba a su autor una rápida condena a diez, veinte o treinta años.” (106)

Este gobierno actuaba unánimemente con el objetivo de acabar definitivamente con la revolución en el campo republicano y la única forma era la de destruir a la par que las conquistas revolucionarias, los más elementales derechos democráticos. La derecha del PSOE con Prieto a la cabeza colaboró activamente y de buena gana en esta tarea.

Largo Caballero por su parte se retiró sin presentar una batalla seria, renunciando a apoyarse en las masas. Cuando, a partir del 17 octubre de 1937, fecha en la que Caballero dio su último mitin, se le prohibió volver a hablar en público, este, tras una protesta testimonial, se dobló acatando la orden.

El estalinismo, con la ayuda y apoyo inestimable de los prietistas, era la fuerza más consciente, decidida y combativa de la contrarrevolución burguesa en el campo republicano. Solo oponiéndole el programa de la revolución era posible hacerle frente y frenar su auge. La única manera era orientarse hacia los elementos de poder obrero que todavía existían, apoyarse en ellos, en las colectividades y las milicias y oponerlos de forma global y organizada contra la política del gobierno y la propia existencia de los organismos del Estado burgués. Largo Caballero, y la izquierda socialista en general, eran incapaces de hacer esto. Caballero aceptó su salida del Gobierno y la izquierda socialista, entre la desertión hacia las filas estalinistas de numerosos miembros de su dirección y la profundización del proceso de desmoralización de su base militante, acosada además por la represión prietista-estalinista, selló su rápida decadencia, como reflejo, además, de la pérdida definitiva del ímpetu revolucionario de las masas.

Ofensiva contra Caballero en el Partido Socialista

Una vez fuera del Gobierno, Largo Caballero y sus seguidores intentaron recuperar posiciones dentro del Partido Socialista. Pero la metodología siguió siendo la de siempre. Maniobras dentro del aparato y trucos administrativos. Una vez más estas estaban condenadas al fracaso.

La izquierda propuso aumentar el número de componentes de la Comisión Ejecutiva Nacional (CEN) del PSOE. A su vez, reclamaron (ahora) la incompatibilidad de ocupar un puesto en la CEN y a la vez tener responsabilidad de gobierno porque la alta carga de trabajo impedía, según la nueva posición, la realización de forma satisfactoria de las tareas. También plantearon la necesidad de cambiar la composición del Comité Nacional: proponían que este pasara a estar compuesto por representantes provinciales en vez de regionales como hasta ese momento.

El Comité Nacional para discutir estos aspectos se celebró del 17 al 21 de julio de 1937. Este marcó un punto de inflexión en la vida interna del Partido y supuso una severa y decisiva derrota para la izquierda socialista. En él se acabó con la provisionalidad que arrastraba la Ejecutiva desde las “elecciones” internas de junio del 36. La izquierda socialista, lejos de avanzar posiciones en la dirección del Partido, fue apartada de ella y los planteamientos caballeristas sobre la composición de la CEN y del Comité Nacional fueron derrotados.

Apoyándose los prietistas en su abrumadora mayoría en ese Comité Nacional, repelieron sin esfuerzos todos los requerimientos que desde la Federación Socialista Valenciana se hicieron (Federación desde la cual la izquierda lanzó sus propuestas y que se encontraba en franca rebelión contra la CEN); se acordó además, como conclusión del debate sobre ese punto, lanzar una ofensiva para disciplinar a dicha Federación (eliminar la influencia caballerista realmente). Estos fueron los términos: “Lamoneda: ‘Por consiguiente, la Comisión Ejecutiva, en plazo, no de meses, ni de semanas, quizás días, ha de poner a estos compañeros en trance de que permanezcan en el Partido disciplinados o busquen en donde más les cuadre el sitio que corresponda a su manera de proceder. Nada más.’ González Peña: ‘Está bastante discutido el asunto. ¿Se aprueba la propuesta de la Ejecutiva? (Asentimiento). Queda aprobada’.” (107)

Otros aspectos se discutieron en este trascendental Comité Nacional. Uno de los temas estrella fueron las relaciones con el PCE. En abril de 1937, en el marco de la estrecha colaboración entre estalinistas y prietistas para eliminar a Caballero del gobierno, se formó un comité de enlace entre el PSOE y el PCE en el que Ramón Lamoneda representaba al primero y José Díaz al segundo. Este comité dio instrucciones para que en todas las localidades se crearan comités análogos. En esta reunión del Comité Nacional, se aprobaron las directrices para seguir trabajando en unidad de acción con el PCE, pero ya se manifestaron los primeros conatos de los enfrentamientos que se estaban preparando dentro del sector centrista sobre la relación a mantener con los estalinistas. Un sector de la burocracia prietista empezaba a comprender que la penetración estalinista en el PSOE estaba alcanzando un nivel muy amplio, lo que consideraba un grave peligro para su propia posición dentro del Partido Socialista. Lo que estos elementos no veían (o no querían ver) era que esta penetración había

alcanzado ya a figuras prominentes de la dirección socialista, empezando por Lamonedada y el propio Negrín, como más adelante se haría evidente.

El primer desacuerdo surgió con la ponencia presentada por Lamonedada en relación al trabajo en las Juventudes. He aquí algunos extractos del debate que se sostuvo: “Anastasio de Gracia (AG), vocal del Comité Nacional: ‘Lo que me mueve a intervenir en esta discusión es el final de la conclusión a que llega el proyecto del ponente que se somete a nuestra consideración, según el cual el Comité Nacional del Partido Socialista debe consagrar una parte de su actividad al movimiento juvenil y aunque el movimiento juvenil no sea socialista sino comunista, también. (...) Pero a la hora que el Partido Socialista sufría más vivamente, la que desertó tácticamente, a mi juicio, fue la Juventud Socialista fundiéndose con la Comunista y pasándose prácticamente a las filas del Partido Comunista y que diga ahora este Partido Socialista que va a trabajar porque la juventud en lo sucesivo se incorpore a los partidos proletarios, siento mucho discrepar del proyecto de ponencia, yo no lo puedo admitir.’

‘Lamoneda, secretario general: ‘Nosotros no tenemos porque liquidar ahora aquel problema, aquella iniciativa, aquella fusión; no es ahora cuando nosotros tenemos que castigar el error en que incurrieron nuestros compañeros, o quienes los aconsejaron; lo que tenemos que hacer, si es posible, es que la influencia del Partido sobre las Juventudes se recupere. (...) Y vienen a nosotros (los dirigentes de las JSU) aplauden a los hombres que antes injuriaban y quieren restablecer esa relación con nuestro Partido, simultaneándola con la relación que tienen con el Partido Comunista.’

‘AG: ‘Las Juventudes no han venido, se han marchado. (...) con lo que yo no estoy conforme es que el Partido Socialista consagre y labore por un movimiento juvenil a favor de otro partido. (...) ¿Cuándo nosotros vamos a ejercer una influencia en las Juventudes Comunistas con la facilidad que él se figura? Nosotros ejerceremos allí influencia, si es posible, en tanto convenga al Partido Comunista’ (...).” (108)

Tras un breve debate, se acordó establecer la creación de un secretariado para organizar a la juventud socialista y fue aprobada la ponencia presentada por Lamonedada, con el voto en contra de Anastasio de Gracia. Éste al final dimitió de la Ejecutiva el 21 de julio “en protesta por un discurso de su compañero de la dirección, Jerónimo Bugida en el que este daba a entender que todos aquellos que no respaldaran la unificación, eran traidores.” (109) La dimisión no fue aceptada hasta septiembre de 1938, para evitar un nuevo proceso electoral al que podría haberse agarrado Caballero para abrir otro frente de batalla.

Seguidamente se pasó a debatir el tema de la unificación del proletariado. En esta discusión se mantuvo en un contexto en el que los enfrentamientos y conflictos entre militantes del PSOE y del PCE se sucedían cada vez con más frecuencia. El propio Prieto había planteado medidas ya desde el Ministerio de Defensa, para intentar frenar lo que él consideraba intolerable proselitismo de los “comunistas” en las fuerzas armadas. A pesar de esta situación, Lamonedada fue claro al respecto de la determinación de seguir en la línea de la máxima colaboración con el PCE. “A la Comisión Ejecutiva le parece que no hay ningún motivo para rectificar la política que inició en el mes de enero, ningún motivo.” (110) Sin embargo, en la discusión, el recelo de los miembros de la Ejecutiva era palpable en sus intervenciones.

Rafael Henche, delegado de Castilla La Nueva, declaraba: "... iban (los comunistas) cogiendo suavemente los cargos de las Juntas directivas (del PSOE y la UGT) y luego realizando dentro de ellas una labor tal que produjo como consecuencia la reacción de los hombres socialistas. (...) En el ejército (...) nutriendo las filas del comisariado y los mandos del ejército, se han realizado verdaderas persecuciones contra camaradas nuestros con el fin de ocupar los cargos que a ellos se les arrebatava. Se ha llegado a matar a gente nuestra. (...) Pero las cosas siguen agudizándose en estos últimos tiempos en cuanto a la conducta de los camaradas comunistas. (...) Constantemente están viniendo a plantearle al ministro de la Guerra atropellos cometidos con camaradas socialistas por los elementos del ejército en su afán de proselitismo y seguramente por ello ha influido a que el camarada Prieto de una disposición prohibiendo estas actividades en el ejército. Pero a pesar de eso siguen realizándose." (111) En otra parte de su intervención Henche añade: "Los camaradas comunistas dicen que no responden a una orientación dada por la dirección del partido (...) Pero no hay que dudar tampoco que el Partido Comunista cuando se quiere imponer, sabe imponerse." (112)

La respuesta de Lamonedá fue, en resumen, esta: "El peligro de absorción para el porvenir es utilizar la táctica del avestruz. Sin comités de enlace, el Partido Comunista ha venido realizando una labor de absorción. (...) Esto (seguir con los comités de enlace) si lo puede frenar y puede descubrir la insinceridad que haya en sus propósitos y nos presente ante la clase trabajadora como defensores de la unidad." Acabando de esta forma: "Yo hice anteriormente una declaración terminante (...) respecto de que solamente se podía ir por el camino de la lealtad y que lo que fuesen zancadillas, proselitismo y malas faenas no podía contribuir a la unidad. Una declaración de ese género, se puede hacer aquí." (113)

A pesar de las importantes reservas, que Henche y otros miembros de la Ejecutiva también plantearon, la posición defendida por Lamonedá fue aprobada por unanimidad. En definitiva, el Comité Nacional del PSOE de julio del 37, supuso una derrota sin paliativos para la izquierda socialista, pero para los prietistas, victoriosos frente a Caballero y sus seguidores, ya se formaban en el horizonte las nubes tormentosas que auguraban el grave enfrentamiento que iban a tener lugar con los estalinistas y también dentro del propio sector prietista. A medida que el conflicto dentro del Gobierno entre Prieto y el PCE, apoyado este último por Negrín, se fue agudizando, Lamonedá, que en ese estadio de la lucha se puso del lado del presidente del Gobierno, fue acusado de filocomunista por sus compañeros de fracción, protagonizando un agudo enfrentamiento interno.

Tras el resultado este Comité Nacional, el contraataque caballerista se concretó en la propuesta de celebración de congresos provinciales del Partido en toda la zona controlada por la República. En estos congresos la intención caballerista era la de discutir todos los temas en conflicto: La reorganización de la dirección del Partido, las relaciones con la JSU, el análisis de las responsabilidades de la crisis del gobierno de mayo del 37, la política del PSOE respecto a los sindicatos, el Frente Popular y la unidad de acción con las fuerzas antifascistas.

El objetivo de estos congresos, cuya fecha prevista fue el 15 de agosto de ese mismo año, era el de dar públicamente la batalla en todo el Partido y que el proceso culminara con la celebración de un congreso nacional con el que aspiraban a recuperar la mayoría en la dirección del PSOE. Los inconvenientes fundamentales de este paso eran que

llegaba tarde y que la izquierda caballerista seguía manteniendo la inconsistencia política de la que había hecho gala en toda su trayectoria, responsable de la situación en la que se encontraba.

Llegaba tarde porque el impulso revolucionario que era lo que habría fortalecido a la izquierda caballerista a pesar de ella misma, estaba en franco retroceso; los avances de la contrarrevolución dentro de la zona Republicana, la disolución de la obra revolucionaria, el restablecimiento paulatino de todos los elementos contra los que la clase obrera se levantó (la propiedad burguesa, la policía, la censura, la persecución a los revolucionarios, la especulación con los alimentos, el enriquecimiento de unos pocos, etc.), los reveses militares sufridos por la República... habían supuesto un golpe decisivo para la moral de las masas. En este ambiente, y con las limitaciones políticas propias de la izquierda socialista, el aparato del Partido, controlado por los prietistas, apoyándose a su vez en el aparato del Estado, se empleó a fondo para, combinando medidas organizativas y represivas, desbaratar en gran medida los planes de la izquierda.

Tan pronto como el 25 de julio, Lamonedá, que fue quién se puso al frente de la derecha del partido en esta batalla, cesó por carta a la Ejecutiva de la Federación Socialista Valenciana (la segunda en importancia después de la madrileña, en la que los caballeristas mantuvieron el dominio hasta el final de la guerra). Al día siguiente, habiendo solicitado González Peña del Gobierno el control, tanto del Partido en Valencia como de su prensa, las fuerzas de seguridad, a las órdenes del ministro de la Gobernación, el prietista Julián Zugazagoitia, tomaron las sedes de la Federación Valenciana y de *Adelante*, el periódico del Partido en la provincia. Martínez Amutio, secretario del comité depuesto, atestiguó: “La culminación de la repugnante actitud de la Ejecutiva, se dio cuando el día veinticinco, a media mañana, se presentó en el domicilio de la Federación Socialista Valenciana, al mismo tiempo que en la redacción e imprenta de *Adelante* (el órgano de la Federación), un inspector de policía acompañado de un pelotón de carabineros con una carta de la Comisión Ejecutiva y un oficio del ministro de la Gobernación, Julián Zugazagoitia... ordenando que entregásemos las oficinas, documentación y fondos... Como intentásemos resistirnos al atropello, el inspector nos comunicó... que tenía orden de conducirnos a la prisión provincial si no cumplimentábamos la orden.” (114)

Esta actuación burocrática provocó la indignación y el descontento en algunas agrupaciones como la de Pozoblanco en Córdoba, Linares en Jaén, Baza en Granada, o Almería. Lamonedá no pudo evitar la celebración de todos los congresos provinciales planteados por la izquierda caballerista. Por ejemplo, en Castuera, sí se celebró el de Badajoz. Entre las decisiones que se tomaron en ese congreso, fueron la de poner término a los comités de enlace con el PCE en la provincia y apoyar a las colectividades y organizaciones campesinas de la provincia dirigidas por la FNNTT, que en esos momentos estaban siendo acosadas por los estalinistas.

La Ejecutiva Nacional del Partido siguió con su ofensiva. El siguiente objetivo fue conseguir el control del grupo parlamentario socialista que seguía bajo la dirección de los caballeristas. El 29 de septiembre, la Ejecutiva del Partido presentó una moción en el pleno del grupo parlamentario socialista, en la que planteaba: “(...) hoy es más indispensable que nunca la unidad de acción y dirección de todos los organismos del PSOE (...) para mejor coordinar nuestras actividades parlamentarias con las orientaciones políticas de nuestro partido, sería no solo conveniente, sino necesario que

la dirección del grupo parlamentario y la Ejecutiva del PSOE actuaran inspiradas por las mismas orientaciones y, en lo que sea posible, por las mismas personas.” (115) Pese a las protestas de Caballero, “es inútil que estemos perdiendo el tiempo en explicaciones, debiendo decir una vez que lo que venís a hacer aquí, de modo deliberado, es a echarnos, así, a echarnos” (116), los caballeristas perdieron la votación por 24 votos frente a 32. Para septiembre de 1937, la homogeneización de la dirección nacional del PSOE era casi total.

Aumentan las críticas en la JSU

Coincidiendo con las fechas en las que se celebró el Comité Nacional del PSOE, como se vio reflejado en sus sesiones, la lucha dentro de la organización juvenil unificada estaba aumentando en intensidad. Los socialistas descontentos con la fusión, y sobre todo con el rumbo que esta había tomado, empezaban a levantar la voz. La izquierda caballerista estaba dando pasos para intentar recuperar influencia entre los jóvenes socialistas y arrancarlos del control que sobre ellos ejercían los estalinistas. A partir de mayo del 37, impulsaron núcleos socialistas en el interior de la JSU, a los que llamaron “grupos Largo Caballero”. Estos grupos se organizaron formalmente dentro del PSOE, ante la imposibilidad de hacerlo dentro de la JSU. La estalinizada dirección “unificada” recurrió a las expulsiones fulminantes contra toda disidencia interna.

A través de la Editorial Tomás Meabe, puesta en marcha por la izquierda caballerista, Carlos Hernández Zancajo, ex presidente de las JJSS, publicó, después de la conferencia de la JSU en Valencia, el folleto *Tercera etapa de octubre*. Este texto era un duro alegato contra los métodos y las ideas oportunistas de los estalinistas. En base a las ideas centrales en él planteadas, la izquierda socialista intentó atraerse a los jóvenes socialistas que se habían visto arrastrados a la dinámica de la JSU. Citamos algunos párrafos: “Hasta en la traición se ha seguido un proceso cronológico. Tomemos los hechos: Por la bolchevización del Partido Socialista: La dirección de la Juventudes Socialistas reniega de su partido y se marcha al PC con armas y bagajes antes de celebrar el Consejo de Unidad, dar cuenta de su gestión y responder de su conducta. Los tráfugas no se marchan en período normal, sino en guerra civil, cuando la situación es más crítica y los momentos más duros.

“Por la unificación política del proletariado en el Partido Socialista: Como consecuencia de su nueva situación, la dirección juvenil unificada, se ha transformado en una dirección “monolítica”, comunista, al servicio del Partido Comunista. Por la derrota de la burguesía y el triunfo de la revolución bajo la forma de dictadura proletaria: (Dicen los comunistas) ‘Luchamos por la República democrática y además parlamentariamente. Y no lo decimos como táctica ni como maniobra para engañar a las democracias universales’. Se dice por sentimiento, porque luchando ‘por la revolución socialista en nuestro país, habríamos dado la victoria la fascismo’. Las Juventudes Socialistas consideran jefe iniciador de este resurgimiento revolucionario a Largo Caballero: Los antiguos adoradores de Largo Caballero vinculaban en él la intransigencia revolucionaria. ‘Era una gloria para las Juventudes sentirse combatidas junto a un hombre cuya derrota momentánea agigantaba su figura señera. Y dicho en estas circunstancias, nadie podrá pensar bastardos fines personales.’ Todo es sincero, de una sinceridad inquebrantable. Y Largo Caballero sale del Gobierno. El dirigente de la unidad, el forjador de la unidad, el amigo de la juventud, el consejero de la juventud, ha caído de la dirección gubernamental por su intransigencia revolucionaria. Procedimientos nuevos de los nuevos procedimientos.

“La nueva juventud ha pasado a ser la pieza de retaguardia en la maniobra gigantesca de oportunismo político. La autocritica es una necesidad para... los demás. Sin embargo no está demás desfigurar el fondo de la cuestión, enmascarar los fundamentos de la polémica y ocultar a toda la juventud española el verdadero origen de la traición. La crítica es la escisión; la disconformidad, escisión; señalar errores, escisión; recordar

traiciones, escisión; indicar incapacidades, escisión; sujetarse a los estatutos, escisión; no ser comunista, escisión.

“¿Quiénes son los escisionistas? ¿Quién produjo la escisión en 1920? ¿Y la de 1921? ¿Quién escindió la UGT y la CNT creando la Confederación General del Trabajo Unitaria? ¿Quién ha escindido al Partido Socialista en Cataluña? ¿Quién escindió la UGT en Cataluña? ¿Quiénes son los que han constituido organismos sindicales campesinos al margen de la UGT y la CNT? ¿Quiénes han trabajado contra un Partido para galvanizar a otro? ¿Quiénes los que al margen de las centrales sindicales movilizan los obreros a espaldas de sus direcciones sindicales? ¿Quiénes son los escisionistas? No hemos renegado de nuestra ejecutoria revolucionaria; recordad que trotskismo lo usáis como sinónimo de renegado y que los únicos renegados, por haber huido del Partido Socialista, renegando de su historia y de su bandera, sois vosotros. Si queréis la unidad con el PSOE ¿Por qué lo habéis abandonado? La unidad solo puede hacerse dentro de la ‘línea justa’, tal como lo diga el Partido Comunista o su nuevo apéndice. No es una contradicción, es una política de contradicciones. Es la política calamar aplicada a voleo. Así sale todo. Hay que salvar del hundimiento histórico una generación gigante que ha sido traicionada políticamente” (117)

La batalla en el terreno ideológico retomó con crudeza las diferencias que nunca dejaron de existir entre muchos jóvenes socialista hacia la intención estalinista de convertir la nueva organización en un organismo apolítico, al plantearla como unas Juventudes en las que tenía cabida cualquier joven, independientemente de cual fuera su ideología; el único requisito era que fuera antifascista.

A este aspecto se sumó la oposición de los jóvenes socialistas contra el carácter cada vez más patriótico, que los estalinistas le estaban dando a la guerra. El PCE (y por extensión la propaganda oficial de la JSU), insistían cada vez con más fuerza en la necesidad de defender la patria de la agresión extranjera (aludiendo a la ayuda recibida por Franco de los regímenes fascistas de Alemania e Italia), ocultando el carácter de enfrentamiento entre clases del conflicto.

En la resolución del Comité Central del PCE, en mayo de 1938, podemos leer: “Por la libertad e independencia de España, unión de todos los españoles (...) El fascismo alemán e italiano, dueño de una parte del territorio nacional ayudado por un puñado de traidores a la patria española, mandan en ese pedazo de nuestro suelo como régimen colonial. En beneficio de los explotadores fascistas extranjeros, trabajan los campos, las minas, las fábricas, nuestros infortunados compatriotas sometidos a la dominación extranjera” (118) Por su parte, las JSU publicaban panfletos en los que explicaban como organizar la amplia “organización de nuevo tipo”, que los estalinistas querían construir. En ellos se insistía en la naturaleza apolítica de las actividades que los clubes debían fomentar. Se trataba de organizar coros, grupos de teatro, fiestas juveniles, actividades deportivas, etc.

Numerosas fueron las Federaciones discolas. La disidencia se encontraba principalmente en la Federación Provincial de Albacete, Alicante, Ciudad Real, Jaén, Valencia y Murcia. El tratamiento que a estas les dio la dirección de la JSU, fue contundente. Los congresos provinciales de las JSU en Albacete y Jaén eligieron Ejecutivas en las que todos sus miembros eran socialistas. La Ejecutiva Nacional de la JSU procedió a destituir las.

Los enfrentamientos más graves se produjeron en Murcia, cuya Ejecutiva Provincial (enteramente socialista) había sido elegida por un congreso en agosto de 1937. En 1938, la batalla interna dentro de las JSU había alcanzado un nivel muy importante y para intentar proteger a la dirección provincial de posibles ataques, los dirigentes socialistas de Murcia declararon insustituibles a los seis miembros más importantes de la Ejecutiva juvenil para evitar que un llamamiento a filas destruyera dicha Ejecutiva. La dirección Nacional de la JSU rehusó apoyar dicha solicitud, y los requerimientos de los jóvenes socialistas a Lamonedá para que intercediera ante el gobierno fueron desestimados por éste. Los dirigentes de los jóvenes socialistas murcianos fueron movilizados. Cuando en diciembre del 38, la dirección Nacional de la JSU se preparaba para retomar el control de la Ejecutiva Provincial, las fuerzas de seguridad (el Gobernador civil era un socialista no estalinizado) rodearon la sede de la JSU para forzar la restitución de la Ejecutiva Provincial destituida.

La “política” para depurar a los disidentes de la JSU se aplicaba con contundencia, pero estas medidas solo consiguieron ampliar la base de la oposición y aglutinar de una forma más organizada a cada vez más sectores de jóvenes provenientes de las JJSS. A la vez, esta guerra interna en la JSU, a pesar de las maniobras de Lamonedá dentro de la Ejecutiva Socialista para que esta se mantuviera al margen del conflicto y mirara hacia otro lado ante la persecución burocrática a la que se veían sometidos los jóvenes socialistas, presionó fuertemente a la dirección del Partido Socialista, contribuyendo de manera decisiva a la ruptura que se produjo en los últimos meses de 1938 entre el PSOE y el PCE.

Un punto importante en esta batalla interna dentro de las JSU fue la reunión de su Comité Nacional, celebrada en Madrid del 24 al 28 de noviembre de 1938. En ella, Santiago Carrillo y sus “camaradas” en la dirección de la JSU procedieron a la expulsión de seis Federaciones Provinciales. Estas fueron las de Albacete, Jaén, Murcia, Alicante, Valencia y Ciudad Real, las cuales además no asistieron porque habían sido invitadas en calidad de espectadores, sin derecho a la palabra ni a voto. Los miembros de la Ejecutiva Nacional provenientes de las JJSS elegidos en Valencia, en septiembre del 37, dimitieron en solidaridad con estas Federaciones, denunciando el carácter dictatorial de la Ejecutiva de la JSU. En la reunión se eligieron a cuatro socialistas como nuevos miembros para la Ejecutiva Nacional. Dos de ellos renunciaron al cargo, siendo los otros dos inhabilitados por la Ejecutiva del PSOE como militantes socialistas.

El conflicto dentro de la JSU, siguió aumentando en intensidad. Pero en un contexto en el que apenas quedaba rastro del espíritu revolucionario de 1936, los planteamientos políticos de la lucha fueron disolviéndose, para centrar el eje fundamental desde finales del 38 hasta el fin de la guerra, en la identificación de comunismo con estalinismo y en la necesidad de recuperar las JJSS para el movimiento socialista.

El último combate de Largo Caballero por el control de la UGT

En 1937, la lucha contra las conquistas revolucionarias entró en su apogeo. Las medidas, decretos, leyes, instrucciones ministeriales, etc., que habían sido promulgados bajo el gobierno de Largo Caballero y que en muchos casos no habían pasado del papel o estaban en sus fases iniciales, empezaron a aplicarse con determinación por Negrín.

Estalinistas y prietistas, que dominaban en el nuevo gabinete, estaban decididos a reafirmar el carácter burgués del régimen republicano. Querían convencer a las “democracias” occidentales de que la lucha contra el fascismo en España se hacía en nombre de la defensa de la propiedad privada de los medios de producción y las leyes del mercado. Para ello no se limitaban a proclamarlo en discursos. Después de mayo de 1937 hubo una dura ofensiva para desarmar definitivamente a la clase obrera en la retaguardia, para acabar con las colectivizaciones, eliminar de una vez por todas los comités obreros, etc.

La resistencia de la clase obrera seguía siendo tenaz a pesar de los reveses sufridos. Para los dirigentes del PCE y el ala derechista del PSOE era crucial, para doblegar definitivamente a la revolución y evitar la posibilidad de un nuevo movimiento de contestación, eliminar cualquier foco que pudiera convertirse en canal de expresión de esas aspiraciones. Ese fue el sentido de la represión brutal contra el POUM, algo que se extendió a toda organización, corriente o individuo que se opusiera a las medidas del gobierno Negrín.

En ese sentido la izquierda socialista seguía siendo uno de los principales enemigos a batir. Todavía mantenía posiciones muy importantes en el seno del movimiento obrero a través de su presencia en el PSOE, pero sobre todo en la Unión General de Trabajadores, cuya dirección controlaba.

Los caballeristas seguían manteniendo un discurso de denuncia contra la estrategia contrarrevolucionaria de estalinistas y prietistas, lenguaje con el que ponían en evidencia esa política y con el que mantenían importantes focos de influencia. En septiembre del 37, en un mitin, Carlos de Baraibar, subsecretario de Guerra con el Gobierno de Caballero, “atacó a los que estaban intentando frenar el ímpetu revolucionario del pueblo: ‘El decir que luchamos por la República democrática es disminuir los entusiasmos de los combatientes y de la retaguardia.’ En el mismo mitin, Carlos Rubiera, ex subsecretario de Gobernación y secretario de la Federación Nacional de Empleados de Oficina (UGT), declaró: ‘Muchos españoles hoy se preguntan dónde están las ilusiones del día 18 de julio. ¿Por qué no vibra la calle como entonces? Es que en la revolución se ha operado un movimiento de retroceso. Es preciso recordar el ritmo de la revolución, porque sin la revolución el triunfo de la libertad no se podrá cosechar... Hay en España muchos interesados en paliar el impulso de la revolución, en desvirtuar el contenido del 18 de julio. Ante esto es preciso que reaccione la clase trabajadora. Se ha dado mucho en hablar de revolución popular. ¿Qué revolución popular si no se efectúa la revolución social?’” (119)

Estas ideas hubieran dado a la izquierda caballerista el arma imbatible con la que podrían haber derrotado “la santa alianza” formada contra ella. La única condición necesaria para que esta pudiera materializarse convirtiéndose en una fuerza real, era

precisamente la que faltaba: un plan concreto para llevarla a la clase obrera, un programa específico que hiciera estas ideas tangibles para las masas. Con nada de esto contaba la izquierda socialista, con lo que enfrentada a la decisión y audacia de estalinistas y prietistas apoyados en el aparato estatal, fue derrotada en todos los frentes.

En paralelo a la lucha dentro del PSOE y la JSU, se desarrolla el asalto decisivo de Prieto y sus colaboradores a la UGT, bastión caballerista. El pistoletazo de salida es la ausencia de una nota de apoyo oficial por parte de la UGT al recién constituido Gobierno de Negrín. Para hacer evidente esta actitud, en las páginas de *El Socialista* aparecen declaraciones de respaldo al gobierno de Negrín de secciones de la UGT. La situación es aprovechada también por el PCE que, auxiliado por la Ejecutiva del PSOE, por los puntos de apoyo que los estalinistas han alcanzado en el sindicato socialista, y por las posiciones de los prietistas (principalmente las Federaciones del norte), lanza una campaña contra Largo Caballero presentándolo como el enemigo de la unidad de la clase trabajadora por negarle el apoyo al gobierno.

Las maniobras coordinadas entre estos elementos entran en funcionamiento y se intensifica el acoso a la Ejecutiva Nacional del sindicato. Desde el Comité Nacional de la UGT, donde la coalición estalinista-prietista tenía mayoría, se presionó a la Ejecutiva, para que convocara un pleno del Comité Nacional. Caballero era consciente de que el objetivo no declarado de esa reunión era el de elegir una nueva Ejecutiva de la que él sería eliminado y se resistió a su convocatoria. Finalmente, el 28 de mayo los elementos proestalinistas de la Ejecutiva de la UGT, Felipe Pretel, Amaro del Rosal y Antonio Génova, organizaron una reunión del Comité Nacional del sindicato en la que, en ausencia de la Ejecutiva, se censuró a Largo Caballero por 24 votos frente a 14.

Un frente más de batalla en esos momentos era el de intentar silenciar a los caballeristas, arrebatándoles el control de sus periódicos. Lo ocurrido con *Claridad* es muy indicativo de la profundidad a que había llegado la contrarrevolución y su grado de audacia y falta de escrúpulos. En julio del 36, un comité obrero se hizo cargo de la imprenta en la que se editaba el periódico. Una vez que este comité entró en la órbita del estalinismo, en el contexto del retroceso revolucionario, Amaro del Rosal solicitó al gobierno de Negrín que fuera reconocido este comité, a lo que este accedió, quedando legalizada la expropiación. Araquistain y Baraibar, propietarios legales del periódico pleitearon por la propiedad de la imprenta. Pero el 10 de noviembre del 37, un renacido tribunal burgués, falló paradójicamente a favor de los obreros en contra de la propiedad privada. La izquierda caballerista había perdido sus medios de comunicación escritos más importantes. Al estallar la guerra perdió *Las Noticias*, órgano de expresión de la UGT catalana que pasó a manos de los estalinistas, después fueron *Adelante* y *Claridad*. Y a primeros de noviembre las oficinas del diario *La Correspondencia de Valencia*, fueron asaltadas, por iniciativa de la nueva Ejecutiva Nacional de la UGT, por un pelotón de los guardias de asalto. Perdidos los principales periódicos, los caballeristas plantearon editar uno nuevo *La Victoria*, pero nunca llegaría a ver la luz.

Todas estas medias reflejaban la presión que el Gobierno, los estalinistas y la derecha del PSOE, ejercían para liquidar cualquier referente político que pudiera amenazar su programa proburgués. La ofensiva se encontraba a su máximo nivel.

En esa coyuntura la UGT y la CNT, que también estaba siendo víctima de este acoso, firmaron el 29 de julio del 37 un pacto, con el que pretendían hacer frente a la coalición

que se había formado contra las dos centrales sindicales. Este acuerdo de unidad de acción y colaboración, preveía la constitución de comités de enlace para su aplicación, en todos los niveles de las dos organizaciones. El problema central con el que se enfrentaba este “frente sindical” era que buscaba hacer frente a dos fuerzas considerables. Por un lado, la contrarrevolución encarnada por el Gobierno, estalinistas y prietistas, y por otro la rebelión de sus propias bases que denunciaban a sus dirigentes por su falta de decisión para enfrentarse a las medidas contrarrevolucionarias. Los dirigentes cenetistas y ugetistas pretendieron con este pacto hacerse fuertes en un punto intermedio entre estas dos corrientes, lo que convertía este acuerdo, salvo en zonas concretas (fundamentalmente en el campo) como una herramienta casi inútil. Una vez más, por la propia naturaleza “híbrida” del acuerdo, se carecía de un programa y estrategia claros que supusieran una alternativa tangible a la política de estalinistas y prietistas. De hecho, el planteamiento de la dirección de ambos sindicatos era que dichos comités no debían debatir asuntos de política general, sino tan solo temas profesionales y cuestiones de cooperación práctica entre los trabajadores de la UGT y la CNT. Pretendían hacer frente a la ofensiva global estaliniano-prietista con un pacto que les hiciera fuerte empresa a empresa, tajo a tajo y colectivización a colectivización.

Aun así, estalinistas y prietistas comprendieron el peligro que suponía esta decisión de los sindicatos. Había que eliminarlo rápidamente para evitar que pudiera convertirse en un posible polo de referencia. Inmediatamente se pusieron manos a la obra. En primer lugar, desde la prensa estalinista y la socialista —controlada por Prieto— se desató una frenética campaña propagandística denunciando el pacto, acusando a los sindicatos de querer sustituir a los Partidos políticos y al Gobierno. Y en segundo lugar, alarmados por las consecuencias posibles del acuerdo, aceleraron los planes para defenestrar a Caballero de la dirección de la UGT.

La línea de defensa de Caballero frente a esta ofensiva en el Comité Nacional de la UGT, consistió en medidas burocráticas desesperadas. Una vez más, en lugar de movilizar a la militancia de forma organizada y armarlos con un programa y una estrategia, el dirigente socialista, recurrió a los resortes que le proporcionaba su posición en el aparato. Largo Caballero expulsó a diez de las cuarenta y dos Federaciones representadas en el Comité Nacional aduciendo falta de pago de las cuotas. Esta maniobra no tuvo ningún resultado positivo para sus fines, ya que los afectados no reconocieron las expulsiones. El 29 de septiembre, la mayoría del Comité Nacional exigió la celebración de un pleno en el plazo de cuarenta y ocho horas. Caballero se negó y estos respondieron celebrando una reunión en las escaleras de la sede de la UGT, el 1 de octubre, en la que eligieron una nueva Ejecutiva en la que González Peña, prietista y presidente del PSOE, fue designado también presidente del sindicato.

De los once puestos de la nueva Ejecutiva, dos lo ocuparon militantes del PCE. Los restantes puestos clave fueron para elementos proestalinistas (Edmundo Domínguez, vicepresidente, José Rodríguez Vega, secretario general, Amaro del Rosal, vicesecretario y Felipe Pretel, tesorero), con lo que en realidad fue el PCE, el que pasó a tener el control efectivo de la nueva dirección.

Esta maniobra estuvo orquestada y coordinada por todas las fuerzas e instituciones Republicanas comprometidas con la tarea de destruir las conquistas revolucionarias. Esta cita es muy esclarecedora al respecto: “Azaña anotó que Negrín le había comunicado la decisión unánime del Gobierno de posponer la apertura de las Cortes

hasta octubre: ‘Razones, quiso darme muchas: las más, deleznable, y todas entre bastidores. La más fuerte, y que parece haber determinado en el Gobierno la unanimidad sobre el aplazamiento es que al Gobierno le conviene esperar a que Largo Caballero deje de ser secretario de la UGT. Asegura Negrín que el Comité Nacional de la UGT va, en su próxima reunión, a relevar a la Comisión Ejecutiva, y por tanto, a Largo.’ Negrín también le dijo que ‘como se ha colocado (Caballero) en oposición al Gobierno, y en tal sentido piensa hablar en las Cortes, el presidente (Negrín) y los ministros creen que conviene aguardar a que eso se haga para que, relevado de sus funciones, Largo no pueda decir que habla en nombre de un millón de trabajadores.’”

(120)

Largo Caballero no reconoció esta nueva Ejecutiva. En la batalla legal emprendida, intervino como mediadora la Federación Sindical Internacional (FIS). El arbitraje dirigido por el líder sindical francés, León Jouhaux, en aquella época proestalinista, impuso que en la nueva Ejecutiva ugetista debían entrar cuatro caballeristas. Esto en realidad era una celada para Caballero ya que los puestos fundamentales seguían en manos de los prietistas-estalinistas. Largo Caballero y sus seguidores se negaron aceptar la autoridad de la nueva dirección pero, tal y como ocurrió con la Ejecutiva del PSOE, la dirección oficial del sindicato pasó a manos de sus enemigos políticos que desde esa posición se lanzaron a consolidar su hegemonía en las estructuras del Sindicato, lanzando una amplia ofensiva dentro de las Federaciones partidarias de la izquierda.

Lo primero que se planteó esta Ejecutiva fue entablar negociaciones con la dirección de la CNT para volver a concretar un pacto con el sindicato anarquista. Estos, por su parte, con el secretario de su Comité Nacional, Mariano Vázquez, a la cabeza, habían optado por la línea de la conciliación con los estalinistas. El nuevo pacto UGT-CNT fue firmado entre el 12 y el 13 de marzo de 1938, adornado de cierta retórica revolucionaria con el objetivo de hacerlo digerible a las masas cenetistas (como el reconocer que el control obrero era una de las conquistas más valiosas de los trabajadores y recoger la reivindicación de la legalización de las colectividades). Pero, palabras aparte, el acuerdo supuso un triunfo importante de las tesis estalinistas y prietistas. El control obrero, las colectividades, la industria nacionalizada y el ejército regular, quedaban supeditados (y esto lo firmó la CNT), al poder y a la autoridad última del Estado (burgués).

El nuevo acuerdo de “unidad de acción”, tenía como objetivo también disciplinar tanto la producción como a los productores. Los sindicatos quedaron reducidos al papel de simples gestores de la producción, dependientes por completo del aparato centralizado del Estado, ya consolidado; a ser cauces instrumentales de las directrices y la propaganda del Gobierno, determinadas a su vez por los partidos políticos del Frente Popular, fundamentalmente el estalinista.

La ofensiva se completó con el intento de eliminación de los elementos caballeristas en las Federaciones ugetistas más importantes. Carlos Hernández Zancajo, después de una dura pugna, fue retirado de la dirección de la Federación de Transportes, de la que era secretario general; mientras, los derechistas fueron derrotados por Wenceslao Carrillo en su intento de asaltar la dirección de la Metalúrgica. En estas Federaciones y otras, las maniobras burocráticas fueron las protagonistas de la lucha por el control reformista sobre el sindicato.

La revolución se defiende en el campo: La FNTT, planta cara al PCE

Es en el enfrentamiento entre el PCE y la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra (FNTT), dónde se ve de una forma más clara y transparente el carácter de clase de la lucha entre caballeristas, por un lado, y prietistas y estalinistas por otro.

La FNTT se encontraba a la vanguardia de la oposición al PCE por la guerra que los estalinistas habían declarado a las colectivizaciones en el campo. La batalla se concretaba entre el ministro de Agricultura, Vicente Uribe, dirigente del PCE, y la FNTT y sus agrupaciones locales. El 7 de octubre de 1936, el ministro Uribe promulgó un decreto según el cual quedaban incautadas y sin indemnización del Estado, todas las tierras de los propietarios que hubieran intervenido, directa o indirectamente, en el golpe militar. La propaganda estalinista pronto se puso en funcionamiento para intentar hacer creer que gracias a la labor del PCE los campesinos habían accedido a la tierra. Esto provocó la respuesta del caballerista Ricardo Zabalza, secretario general de la FNTT: “Hemos leído en periódicos comunistas cosas como estas: ‘Gracias al decreto de 7 de octubre, obra de un ministro comunista, tienen hoy la tierra los campesinos (...)’ Todas estas observaciones, sin duda muy eficaces para la propaganda entre los ignorantes, no pueden convencer a nadie que se halle medio enterado de las cosas (...) Antes de haber un ministro comunista en el Gobierno, ya las organizaciones obreras del campo se habían incautado ‘de hecho’ de toda la tierra de los facciosos obedeciendo instrucciones de nuestra Federación.” (121)

En realidad el decreto de 7 de octubre del 36 sobre la incautación de tierras, era la quintaesencia de la política legislativa del Gobierno republicano en el punto álgido de la ola revolucionaria. Por el empuje revolucionario sancionaba legalmente las conquistas de las masas, pero en los decretos elaborados para ese fin incluían la “semilla” de los instrumentos, también legales, en los que se apoyarían cuando el Estado burgués fuera más fuerte para ir destruyendo esas mismas conquistas.

En su Conferencia Nacional de junio de 1937, la FNTT, denunciando las limitaciones de dicho decreto, exigió su modificación para que incluyera también en su ámbito a los propietarios considerados enemigos de la clase obrera por haber incumplido contratos laborales, despedido a trabajadores injustamente a causa de sus ideas, haberlos denunciado a la policía sin motivo y fomentado el esquirolaje. Pero esto iba precisamente en dirección contraria de la línea política del PCE. En consonancia con el objetivo de acabar con lo conquistado por la clase obrera después del 19 de julio, la labor estalinista se centró en apoyar, e incluso en alentar, las demandas de los antiguos propietarios que reclamaban la devolución de “sus” tierras, basándose precisamente en estas limitaciones.

La FNTT se encontraba entre las prioridades de los estalinistas por su apoyo declarado a las colectivizaciones y la necesidad que estos últimos tenían de debilitarlas decisivamente para consolidar la contrarrevolución en el campo, en nombre de la defensa de la pequeña propiedad y la “República democrática”. Además la Federación seguía siendo la más importante de la UGT y el foco de resistencia más poderoso de la izquierda socialista.

La estrategia desplegada por los estalinistas para socavar a la FNTT fue la de apoyar a los pequeños propietarios, organizarlos y enfrentarlos a las colectividades con el objetivo de dotarse de una sólida base con la que minar la fuerza de la revolución en el campo, y a través de sus posiciones en la administración del Estado boicotear y sabotear lo más posible las colectividades. El PCE se lanzó a organizar a los pequeños propietarios (y no tan pequeños (122)), independientemente de sus antecedentes políticos. Por ejemplo, en Valencia, el PCE creó la Federación Campesina, de la que entraron a formar parte elementos procedentes de la CEDA o del también derechista Partido de Unión Republicana Autonomista. A esta Federación Campesina acudieron en masa los pequeños propietarios para oponerse al impulso colectivizador dirigido y apoyado por las Federaciones de la tierra de la CNT y la UGT.

La política estalinista pretendía fomentar entre aparceros, arrendatarios y, desde luego, entre los pequeños agricultores, el deseo de conseguir en propiedad las parcelas de tierra, azuzándolos contra las colectividades. Estas palabras de Ricardo Zabalza, dan buena cuenta de la situación: “Hoy, nuestra ilusión más cara está en afianzar las conquistas de la revolución, sobre todo las colectividades organizadas por nuestras secciones y contra las cuales se está levantando un mundo de enemigos: los reaccionarios de ayer y los que, por ser lacayos incondicionales del caciquismo, disponían de tierras en arriendo, mientras a los nuestros se les negaba o se les lanzaba de sus míseros lotes, cuentan hoy con asistencias oficiales insospechadas, y, al amparo del célebre decreto de siete de octubre, pretenden tomar por asalto las fincas colectivizadas, parcelarlas, distribuirse el ganado, los olivos, las viñas y las cosechas y dar la puntilla a la revolución agraria, convirtiendo España en un país de pequeños propietarios —que es como decir de grandes esclavos—, aprovechando, para ello, la ausencia de los mejores compañeros que luchan en los frentes, y que llorarían de rabia si, al volver, se encuentran con que sus esfuerzos y sacrificios no hubieran servido nada más que para entronizar a sus enemigos de siempre, respaldados, para más escarnio, con carnets de proletarios.” (123)

Los estalinistas libraron su guerra contra las colectivizaciones desde fuera, organizando a los pequeños propietarios contra ellas. Y allí donde el predominio de las colectivizaciones y su aceptación eran incuestionables y gozaban del apoyo casi unánime de las masas, la libraron desde dentro fomentando y amplificando los agravios reales o inventados para crear la discordia, desorganizar el trabajo y así poder denunciar en su prensa, para desacreditar a las colectividades, los elementos de ineficiencia que su actividad hubiera podido crear.

Otra herramienta usada por el PCE fue el Instituto para la Reforma Agraria (IRA), controlado por ellos. En Badajoz, por ejemplo, la actividad del Instituto se centró en repartir la tierra, el ganado y todo lo que ya estuviera colectivizado, lo que le hizo ganarse al PCE, la simpatía de todos los reaccionarios de la zona. Su trabajo fue tan concienzudo en alentar a los pequeños propietarios que en pueblos, como Higuera de la Serena (Badajoz), el IRA apoyó activamente a quienes asaltaron las colectividades. (124)

La naturaleza de clase del enfrentamiento entre la FNTT y el PCE se encontraba en la propia esencia del Frente Popular. Una coalición interclasista, cuyo fin central era contener las aspiraciones de las masas en el marco de las relaciones de producción capitalistas. Como explica Helen Graham: “Llevado al mundo rural, (...) (el Frente Popular) significaba respetar y proteger la propiedad privada de grupos o particulares que habían sido eternos enemigos de clase y los explotadores de los jornaleros.” (125)

La propaganda oficial del PC, se esforzaba por explicar que el Partido solo se oponía a las colectivizaciones allí donde eran inadecuadas porque de instituirse podría enemistar a gran parte de la población contra la República o porque pudiera tener efectos perniciosos para la producción. Su actuación contra las colectividades en Badajoz y sobre todo en Jaén, descubren el engaño sin el mayor asomo de duda. En estas zonas la colectivización estaba totalmente arraigada en la mentalidad de los jornaleros que eran la inmensa mayoría de la población. Las colectividades estaban perfectamente organizadas y eran un ejemplo de buena gestión. A pesar de esto, la orientación estalinista fue la de minarlas desde dentro y fuera, negarles el apoyo institucional, (la subvenciones públicas eran utilizadas como un elemento de chantaje y control, estas iban a parar a aquellas que aceptaban el dominio absoluto de los organismos del IRA o la administración en general, mientras a las díscolas se les negaba), la de intentar organizar a los escasísimos pequeños propietarios y utilizarlos como fuerza de choque contra las colectividades, etc. En Jaén la lucha fue muy aguda, contando los estalinistas con el apoyo firme de la derecha socialista. “En el congreso provincial de la FNNTT (en Jaén), de septiembre de 1937, en presencia de ochenta mil afiliados y del ministro de Agricultura, Vicente Uribe, la dirección provincial (del PSOE) se sumó al PCE provincial, para condenar las colectividades por derrochadoras (...)” (126)

En esta batalla aunaron fuerzas las federaciones de la tierra de la UGT y la CNT a través de los comités de enlace constituidos a partir de diciembre de 1937, consiguiendo mantener una base firme, manteniendo a raya a la contrarrevolución estalinista en el campo hasta el final de la guerra. Además el papel de la FNNTT en la batalla presentada por la izquierda caballerista por mantener posiciones o intentar recuperarlas tanto en la UGT, el PSOE o la Juventud, fue muy importante.

Desde la FNNTT, la izquierda socialista estableció contacto regular con las Federaciones Provinciales de Badajoz, Ciudad Real, Albacete, Alicante y Córdoba. También fue de la FNNTT, de donde surgieron de nuevo las primeras secciones socialistas juveniles. En febrero de 1938 se constituyó en Madrid, una Ejecutiva Provincial de las JJSS de la FNNTT. Siguieron manteniéndose importantes grupos y núcleos activos de la izquierda socialista que ni las maniobras burocráticas ni la represión legal o ilegal pudieron disolver. Pero, como ya hemos explicado, el impulso revolucionario entre las masas estaba en franco retroceso y la moral de la clase obrera muy quebrada.

Largo Caballero es silenciado

Las numerosas oportunidades que los obreros brindaron a la izquierda caballerista para convertirse en la organización que dirigiese a la clase trabajadora hacia la toma del poder, habían sido desperdiciadas. La inmensa voluntad revolucionaria derrochada por las masas fue mucha, pero no era ni podía ser infinita; tenía un límite, y después de años de combate, de superar los obstáculos (siendo los más importantes los colocados por sus propias organizaciones), este se había alcanzado.

Los socialistas revolucionarios, así como los demás elementos revolucionarios que militaban en las distintas organizaciones proletarias, que combatían en el frente, etc., seguían luchando, pero a estas alturas, la corriente hacia el retroceso resultó imparable. Esas son las circunstancias en las que la coalición estalinista-prietista consiguió acallar políticamente a Largo Caballero de manera definitiva.

El 17 de octubre de 1937, Largo Caballero pronunció, en el Cine Pardiñas, el que a la postre sería su último discurso. Fue retransmitido en directo a otros cinco cines madrileños que, a pesar de ser los de mayor aforo, se llenaron a rebosar, instalándose altavoces en la calle para la gente que no había podido entrar. Ante un auditorio entregado, el veterano dirigente socialista denunció la campaña orquestada contra él y las maniobras para expulsarle del Gobierno: “Se dirá: ¿qué es lo que ha ocurrido aquí para que contra aquél a quien antes consideraban todos como un hombre representativo de la clase trabajadora se haya hecho esa campaña difamadora? ¿Es que Largo Caballero ha cambiado de ideología? ¿Es que Largo Caballero ha hecho traición? (*Voces: ¡No!*) Eso digo yo: que no. ¡Ah! Entonces, ¿por qué se ha hecho esa campaña? ¿Sabéis por qué? Porque Largo Caballero no ha querido ser agente de ciertos elementos que estaban en nuestro país y porque ha defendido la soberanía nacional en el orden militar, en el orden político y en el orden social. (*Aplausos.*) Y cuando esos elementos comprendieron, bien tarde por cierto, que Largo Caballero no podía ser un agente de ellos, entonces, con una nueva consigna, se emprendió la campaña contra mí. Yo afirmo aquí que hasta poco antes de iniciarse la campaña se me ofrecía todo cuanto hay que ofrecer a un hombre que pueda tener ambiciones y vanidades. Yo podía ser el jefe del Partido Socialista Unificado; yo podía ser el hombre político de España; no me faltarían apoyos de todos los elementos que me hablaban. Pero había de ser a condición de que yo hiciera la política que ellos quisieran. Y yo dije: de ninguna manera. (*Clamorosa ovación.*) (...).

“El origen de esta campaña contra la Unión [se refiere a la UGT] arranca de la crisis política de mayo, crisis que yo tengo que declarar aquí que la considero como la más vergonzosa de cuantas he conocido en la Historia de España. Incluso con la monarquía, no he conocido yo una crisis que pueda sonrojar tanto como ésta a cualquier buen español. Aunque no entre ahora en muchos detalles, que ya lo haré en otra ocasión, debo manifestaros que esta crisis se provocó por los representantes del Partido Comunista en el Gobierno. (...). En él, la representación comunista produjo el escándalo, pidiendo un cambio de política en la guerra y un cambio de política en el orden público. Ese era el pretexto, porque en lo que se refiere a Guerra, el Partido Comunista sabía, como yo, lo que ocurría, porque tenía representación en el Consejo Superior de Guerra. Y en la cuestión de orden público respecto a Cataluña, nosotros, como Gobierno central, no teníamos ninguna jurisdicción. Fue un pretexto. En aquella reunión se me pidió a mí

que el Gobierno disolviese una organización política disidente del Partido Comunista. “Yo, que he sido perseguido con las organizaciones a las cuales he pertenecido y pertenezco, por los elementos reaccionarios de nuestro país, manifesté que, gubernativamente, no disolvía ninguna organización política ni sindical; que yo no había ido al Gobierno a servir intereses políticos de ninguna de las fracciones que en él había; que aquél que tuviera que denunciar hechos, que lo hiciese y los Tribunales serían los que interviniesen y disolvieran o no la organización, pero que Largo Caballero, como presidente del Consejo de Ministros, no disolvería ninguna de esas organizaciones... (*Grandes aplausos que impiden oír el final de la frase.*)”. También denunció la colaboración que los prietistas prestaron a los estalinistas: “¡Ah! Pero por la tarde me encuentro con que se presentan los ministros socialistas en mi despacho y estos correligionarios fueron a comunicarme que la Ejecutiva Nacional del Partido había acordado que dimitiesen todos los ministros socialistas.”

El acaparamiento de puestos y la utilización del reparto de responsabilidades para la penetración del PCE en el ejército y el aparato del estado en general, también estaban en el punto de mira de las denuncias de Caballero: “Yo, en [el ministerio de la] Guerra, tuve que comenzar a ponerme, como vulgarmente se dice, en pie para impedir muchos abusos que se estaban cometiendo. Entre ellos, me encontré un día con que los socialistas en quienes había depositado mi confianza, en el Comisariado de Guerra, habían permitido que se nombrasen a espaldas mías y con documentación firmada por quien no lo podía hacer, más de mil Comisarios. (...) Dio la casualidad de que la inmensa mayoría de los Comisarios de guerra que habían nombrado así eran comunistas.”

Explicó, a su vez, la batalla en la UGT, que esos momentos estaba en su apogeo, denunciando la situación en la Federación Socialista valenciana, el asalto al diario *Adelante*, etc. Entre los temas centrales que tocó estuvo la cuestión de la unificación del proletariado, criticando el oportunismo del PCE: “Yo recuerdo bien que, cuando hablábamos de esto, el Partido Comunista nos ponía como condición, porque así se había acordado en Moscú, que rompíamos relaciones con todos los partidos burgueses. ¿Lo mantienen ahora? (*Voces: No, no.*) ¿Mantienen ahora que rompamos con todos los partidos burgueses, como querían antes? No; al contrario. La consigna de ahora es que volvamos otra vez a antes del 18 de julio. (*Aplausos.*) Y si la unificación ha de ser con la condición de que toda la sangre vertida sirva para que germine otra vez en nuestro país la clase que ha sido responsable principal de la guerra que padecemos, ¡Largo Caballero no está por ese sistema! (*Voces: Ni nosotros.*) No podemos ser unos locos que queramos implantar un régimen nuevo de la noche a la mañana; pero sí decimos que no es justo ni es lógico que, después de la tragedia de España, se esté ahora reponiendo a todos los caciques, a todos los propietarios, a todos los elementos que son los principales culpables de esta guerra.” (127)

El objetivo de Caballero era que este discurso fuera el primero de muchos que le llevaría a recorrer toda la zona republicana. Pero el aparato del Estado, dirigido por los elementos que querían eliminarlo definitivamente de la escena política y que seguían temiendo que se formara cualquier referente opositor, lo impidió. Zugazagoitia [ministro socialista de Gobernación], lo puso bajo estrecha vigilancia y Largo Caballero fue detenido a punta de pistola por guardias de asalto cuando se dirigía a Alicante para celebrar otro mitin.

La única posibilidad que tenía Caballero de romper el cerco policial al que estaba sometido era la de apoyarse en los trabajadores, organizar movilizaciones contra esta maniobra antidemocrática y represiva y contra las tendencias dictatoriales que mostraba el Estado burgués, inspirado en la política del gobierno. Pero nada de esto hizo, dedicándose fundamentalmente a denunciar este “atropello” a través de cartas al Gobierno y plantear la cuestión, por mediación de sus colaboradores, en las instituciones burguesas, que obviamente resolvieron a favor del ministro Zugazagoitia. “Sus quejas fueron discutidas en la comisión permanente de las cortes (...) pero la acción del gobierno fue aprobada por los dieciséis miembros presentes a excepción de Luis Araquistain. Lamonedá, secretario del PSOE, elogió la ‘delicadeza’ con que Zugazagoitia había manejado la situación y La Pasionaria declaró que el gobierno había cumplido con su deber impidiendo ‘ciertos actos de carácter público que podían promover desórdenes’” (128)

El eclipse político de Indalecio Prieto

A lo largo de 1938, los elementos de descomposición en la República, francamente visibles ya durante el año anterior, fueron agudizándose. Estos abarcan todos los aspectos de la vida republicana, anticipando el desastre general que llegaría pocos meses más tarde. Los reveses militares se sucedían con gran rapidez, la moral en la retaguardia y entre las masas obreras y campesinas en general, al igual que la de los combatientes, iba cayendo a medida que avanzaban los días.

Esta situación era hija de un solo padre; este no era otro que la consigna “primero ganar la guerra y después hacer la revolución”, con todo lo que este planteamiento traía consigo. Reconstrucción del estado burgués, frente a los órganos del poder obrero; defensa de la propiedad privada y persecución y acoso a las colectivizaciones y al control obrero, que además traían como consecuencia la especulación, la escasez y el estraperlo, ambos desaparecidos casi por completo por las medidas revolucionarias que los obreros impusieron al derrotar la sublevación. “Primero ganar la guerra y después hacer la revolución”, también traía consigo la censura, el encarcelamiento de los que luchaban contra los ataques a las conquistas revolucionarias y las “desapariciones” misteriosas de los revolucionarios que intentaban hacerlo de manera organizada.

No podía ser de otra forma; en última instancia, la única manera de destruir definitivamente la revolución en la zona republicana fue implantando en ella un régimen represivo durante el año 1938 y liquidar las libertades democráticas. Todos los Partidos del Frente Popular participaron en mayor o menor medida en esta política. Los prietistas desde la dirección del PSOE y la UGT, jugaron un importante papel. Su compromiso con la destrucción de los comités obreros, con el desarme de los trabajadores, con la detención de revolucionarios y sus esfuerzos para construir un Estado fuerte con el que mantener dominadas a las masas, fue firme.

Es cierto que quien aplicó de forma más consecuente, audaz y sin reparos, la política de “primero ganar la guerra y después la revolución”, fue el estalinizado PCE. El impulso más decidido para sabotear la revolución socialista en la zona republicana y mantener en ella el capitalismo y las instituciones burguesas, lo dieron los estalinistas, haciéndolo con contundencia, poniéndose a la cabeza a la hora de aplicar las medidas represivas necesarias para conseguirlo. La deriva dictatorial del estado republicano hacia el final de la guerra, no era fruto de la preponderancia estalinista en el ejército, el Gobierno y el aparato del Estado en general; esta tendencia hacia la dictadura era consecuencia inexorable del objetivo, que todos se habían marcado, de acabar con la revolución. El PCE, como decimos, puso mayor decisión y empeño en ello. Esta fue la razón principal por la que durante el momento álgido de la lucha contra la revolución estos se encontraban en la mayoría de los puestos clave del ejército y el aparato estatal.

En su intento por exculparse ante la historia, todos los cómplices, o más correctamente, todos los participantes, entre los que destacan los dirigentes de la llamada ala centrista del PSOE, culpan al PCE de los “excesos” cometidos; de las detenciones arbitrarias, de la desaparición de revolucionarios, del sistema carcelario paralelo al “legal”, etc. Los Zugazagoitia, Vidarte, González Peña, Lamonedá, el propio Prieto, etc., escribieron en el exilio artículos y libros y se prodigaron en dar discursos y charlas, echando lágrimas

de cocodrilo contra los desmanes estalinistas. Nada de esto puede ocultar su responsabilidad, complicidad y colaboración con esta política contrarrevolucionaria, de la que estos “desmanes” formaban parte inseparable.

Bien entrado 1937, los caballeristas, conscientes de que el acercamiento al PCE y la consigna “por la unificación orgánica de la clase obrera”, lo que significaría realmente sería que tanto el PSOE como la UGT fueran absorbidos por los estalinistas, como ya había ocurrido con las JJSS y con el Sindicato y el Partido en Cataluña, habían abandonado en la práctica el proyecto y se oponían públicamente a la política de unificación.

El testigo de la propaganda a favor de la unidad fue retomado por Prieto (el antes vehemente opositor a este entendimiento con el PCE), que en esos momentos dirigía la coalición que los centristas del PSOE mantenían con los estalinistas para eliminar políticamente a Caballero y la izquierda socialista. “Las observaciones de Manuel Albar, vocal de la Ejecutiva, reflejan el desconcierto general [se refiere al efecto que tuvo entre los dirigentes socialistas la propuesta que Prieto hizo a la Ejecutiva del PSOE de considerar aceptar la unificación con el PCE]: ‘Yo no sé si los demás están locos o lo estoy yo. Un día nos encontramos con que Caballero, el hombre que más enérgicamente se opuso a la adhesión del Partido Socialista a la III Internacional dentro del Partido y la UGT, le propone a la Agrupación de Madrid, y esta acepta, que se lleve al congreso la propuesta de una unificación de los Partidos Comunista y Socialista. Hoy nos encontramos con que Prieto, que era de todos nosotros el más amigo de la colaboración con los republicanos y principalmente con Azaña, nos sale con la misma proposición. Realmente yo no sé qué pensar ni qué es lo que va a ser de nuestro Partido’.” (129)

Prieto veía en la consigna de la unidad, un arma más para atacar a la izquierda caballerista y a las conquistas revolucionarias, en la medida que afianzaba la colaboración con los estalinistas en su objetivo común de eliminar políticamente a Caballero. A la vez, explotaba un significativo sentimiento favorable a la unidad existente entre las masas. Pero esta política también tenía otras consecuencias. Subirse al carro de la unidad implicaba dar alas al trabajo de “entrismo” que los estalinistas llevaban practicando desde hacía tiempo dentro del PSOE con tan buenos resultados. Prieto priorizó, ante la posibilidad de que el Partido Socialista fuera absorbido por el PCE, la victoria frente a los caballeristas, confiando a su vez en sus dotes políticas y su experiencia en maniobrar dentro del aparato del partido y del Estado para poner freno o mantener controlado al auge de los estalinistas. (130)

Pero el proceso de penetración estalinista en el aparato estatal y su fortalecimiento organizativo, era una consecuencia inevitable del retroceso revolucionario en el campo republicano en la medida que, como hemos explicado, los estalinistas eran los que actuaban con más decisión y empeño en ese sentido. Sirva de ejemplo la creación y desarrollo posterior del Servicio de Investigación Militar (SIM). Este fue fundado por Prieto, el 9 de agosto de 1937, desde su cargo de ministro de Defensa. Su labor en teoría era la de combatir el espionaje de los “quintacolumnistas” franquistas en la zona republicana, pero rápidamente se convirtió en el organismo desde el que, de forma sistemática y organizada, se llevó a cabo la persecución de los elementos revolucionarios. Pronto los cargos de mayor responsabilidad del SIM fueron acaparados por militantes y simpatizantes del PCE (ayudados por los “asesores” rusos, muchos de

ellos oficiales de la policía secreta de Stalin, NKVD) que eran los que actuaban con el mayor fervor al respecto.

La política en el ejército, avalada por Prieto, consistió en restaurar la estructura clásica de un ejército burgués (para defender el carácter capitalista de la República y enfocar la guerra como la defensa armada de la democracia burguesa), disolviendo las milicias, restaurando la jerarquía, los privilegios para los oficiales, etc. Quién hacía realidad la línea marcada por el ministro de Defensa eran los estalinistas, sin mostrar ningún escrúpulo sobre los métodos a usar. Sobre esta base, el PCE iba adquiriendo cada vez más preponderancia en las fuerzas armadas republicanas y acaparando cada vez más puestos de responsabilidad; posiciones que usaba, a su vez, como palancas para seguir aumentando su presencia e influencia en esta y otras instituciones.

Prieto intentó poner freno a esta penetración estalinista, lo que le llevó a roces cada vez más fuertes con los estalinistas, hasta llegar al enfrentamiento abierto con ellos poco después. De su ministerio salieron numerosos decretos y disposiciones para intentar conseguirlo, siguiendo en realidad la misma línea al respecto que Largo Caballero había emprendido antes de mayo del 37. El 28 de junio, Prieto, emitió una orden ministerial por la que se prohibía todo tipo de propaganda en el ejército orientada a incitar a oficiales y soldados a ingresar en un determinado Partido o Sindicato. “La propuesta o meras indicaciones de un superior a un inferior para obtener de este el cambio de su filiación política o sindical (decía la orden) serán consideradas como constitutivas de un delito de coacción y determinarán la degradación de quién incurriese en tal delito, sin perjuicio de la responsabilidad penal correspondiente.” (131). Sobre esta cuestión es necesario señalar a su vez que estas medidas encajaban perfectamente con la intención de Prieto de construir un ejército tradicional burgués “despolitizado”, en el que la filiación política estuviera prohibida o muy restringida (algo que siempre se aplica fundamentalmente contra la actividad política de la izquierda dentro de las fuerzas armadas). Estas medidas estaban dirigidas tanto contra el proselitismo estalinista, como contra la actividad que los grupos revolucionarios pudieran intentar desarrollar dentro del ejército, aunque que duda cabe que para Prieto, en el verano de 1937, el blanco principal de este decreto era el PCE y su red creciente de influencia. De todas formas, las disposiciones legales de Prieto se enfrentaron con una realidad tozuda: el ejército estaba politizado, la propaganda de las diferentes organizaciones era masiva en su seno, y el PCE había jugado un papel esencial en la configuración del Ejército Popular Republicano. Estas argucias administrativas fracasaron en una gran medida.

Prieto también se negó a firmar la ratificación de cientos de comisarios políticos hasta determinar su filiación política. Otra medida fue el decreto del 21 de octubre, en virtud del cual el rango de comisario político quedaba limitado, en el caso de los reclutas, al de comisario de compañía, batallón o brigada. Este decreto afectaba a muchos jóvenes de la JSU, que habían tenido un ascenso meteórico impulsados por el Partido Comunista. En el invierno de 1937, Prieto, continuando su ofensiva contra la penetración estalinista, reemplazó a Álvarez del Vayo (“socialista”, que trabajaba para el PCE) en el Comisariado General, expulsó del cuerpo de comisarios a un gran número de comisarios de baja graduación y destituyó a toda una serie de destacados comisarios políticos del PCE o partidarios de él. Estos últimos ya habían sido destituidos por Largo Caballero, pero fueron readmitidos en sus cargos al asumir Prieto la cartera de defensa, después de la crisis de gobierno de mayo del 37.

Todas estas iniciativas de Prieto, además de los enfrentamientos entre el ministro de Defensa y los estalinistas por el control del SIM, persuadieron a estos últimos, ya a finales de 1937, de la necesidad de deshacerse de don Indalecio, al igual que antes lo hicieron con Caballero.

El método fue la tradicional campaña de desprestigio emprendida ruidosamente por la engrasada maquinaria de propaganda estalinista; el pistoletazo de salida, la pérdida de Teruel a finales de febrero de 1938. La lluvia de rumores contra Prieto, como antes con Caballero, cayó torrencialmente: “Prieto es un capitulador”, “Prieto no quiere que los aviadores soviéticos participen en nuestra guerra”, “Prieto quiere entregar a Franco toda la zona centro-sur de la República, so pretexto de hacernos fuertes en Cataluña, etc.” (132). La ofensiva se recrudeció durante todo el mes de marzo, en el contexto de la ofensiva fascista que culminaría el quince de abril, fecha en la que las tropas franquistas alcanzaron la costa mediterránea dividiendo en dos el territorio de la República. El argumento central contra Prieto fue su pesimismo sobre la posibilidad de ganar la guerra, manifestado por el dirigente socialista en numerosas ocasiones. Prieto había llegado a la conclusión de que ni Francia ni Gran Bretaña iban a intervenir en ayuda de la República española y que ésta estaba condenada. El ministro de Defensa se sumó a la corriente encabezada por el presidente de la República, Manuel Azaña y secundada por el dirigente reformista del PSOE Julián Besteiro, para abrir canales de negociación con Franco con el objetivo de llegar a una paz “honrosa”. La ofensiva fascista de marzo del 38 no hizo más que acrecentar esta corriente y el propio derrotismo de Prieto.

Los estalinistas por su parte y con ellos Negrín, seguían defendiendo la política de resistencia, argumentando que la inminente guerra en Europa provocaría que las democracias del continente vinieran en auxilio de la República. En realidad ambos sectores estaban atrapados en las contradicciones que su propia política había generado. Con el planteamiento de “primero ganar la guerra y después ya haremos la revolución”, habían llevado a la República a un callejón sin salida. Destruían la revolución, y para hacerlo tenían que recurrir, y lo hicieron sin dudar, a medidas represivas, muchas de ellas propias de Lerroux o Gil Robles. Esto provocaba la desmoralización entre la clase obrera, tanto entre los obreros combatientes como de los que se mantenía en la retaguardia. Desde el gobierno, inspirado fundamentalmente por los estalinistas (aunque aceptado por todos los partidos que lo componían) se insistía en el carácter “patriótico” de la lucha, eliminando cualquier contenido social en el combate que libraba el ejército republicano. Esto (además de los retrocesos en la revolución) tendía a disminuir la simpatía de los trabajadores de otros países para con la causa republicana, lo que ampliaba el margen de los gobiernos burgueses de Francia y Gran Bretaña (que preferían una victoria franquista) para seguir manteniendo su criminal política de “no intervención”; dejaba las manos más libres para que los gobiernos fascistas de Alemania e Italia siguieran ayudando a Franco y hacía todavía más dependiente a la República española de las intrigas diplomáticas que la burocracia soviética llevaba a cabo para defender sus intereses. Por último, con esta política, la República no era ningún referente lo suficientemente fuerte como para que las masas en la retaguardia franquista consideraran que merecía la pena provocar un levantamiento contra las tropas de Franco.

Lejos de ello con esta política del gobierno republicano se afianzaba el control fascista de las ciudades y pueblos conquistados por estos. Solo una guerra revolucionaria podría hacer cambiar el curso del conflicto. Una guerra en la que el ejército republicano fuera el brazo armado de un Estado proletario que defendiera la propiedad socialista de la

tierra y las fábricas, que denunciara la hipocresía y las intrigas de los capitalistas franceses y británicos y de los gobiernos que estaban a su servicio para acabar con la revolución española. Un gobierno proletario al frente de un Estado en el que la democracia obrera surgida por la acción espontánea de las masas después del 19 de julio, se hubiera desarrollado y afianzado; que a la vez que defendía las conquistas de la economía planificada en la URSS denunciara, ante el movimiento obrero mundial, a la burocracia estalinista que había expropiado políticamente a la clase obrera rusa y que chantajeaba a la clase obrera española para que no rompiera con el capitalismo. Un gobierno obrero que declarara la independencia del Marruecos español, medida que alentaría un levantamiento en el país árabe resquebrajando la retaguardia franquista y la recluta de tropas “moras” para el ejército fascista.

Solo de esta forma el ímpetu revolucionario de los primeros días volvería con fuerza redoblada, tanto entre la clase obrera española como internacional, rompiendo a su vez el aislamiento de la revolución española. Solo así se podrían generar las condiciones para socavar la retaguardia franquista y su ejército, compuesto, en su mayor parte, de campesinos a los que la República había defraudado precisamente por no hacer en su momento la revolución en el campo. La cita que reproducimos a continuación explica gráficamente lo que queremos plantear: “Soldados fascistas y obreros milicianos, atrincherados unos cerca de otros. En un alto en la lucha discuten a gritos: ‘Sois hijos de obreros y campesinos —grita un miliciano—. Deberíais estar aquí, con nosotros, luchando por la República, donde impera la democracia y la libertad.’ La respuesta no se hace esperar; es el argumento con que el campesinado ha respondido a todo llamamiento reformista desde que surgió la República en 1931: ‘¿Qué te ha dado de comer la República? ¿Qué ha hecho la República por nosotros, para que luchemos por ella?’...” (133)

La fractura entre Prieto y los estalinistas se agrandó, aumentando también la separación entre Negrín y Prieto que se reflejó en la propia Ejecutiva socialista, en cuyo seno sus miembros se posicionaron mayoritariamente con Negrín.

En el contexto del avance imparable de los franquistas hacia el este, los rumores sobre que los ministros “claudicantes”, entre los que se colocaba a Prieto, iban a plantear abrir negociaciones para conseguir la paz, se extendieron como un reguero de pólvora. En ese ambiente llegaron al Gobierno multitud de telegramas, redactados todos iguales, procedentes del ejército, exigiendo la dimisión de esos ministros capituladores. El clímax de la campaña se alcanzó el 16 de marzo. Ese día se iba a celebrar una reunión del Gobierno, que en esas fechas tenía su sede en Barcelona, y los estalinistas, convocaron una manifestación para exigir la continuación de la resistencia, apoyada por el secretario del Comité Nacional de la CNT y por la Ejecutiva Nacional del PSOE. Los manifestantes entraron en los jardines del Palacio de Pedralbes donde los ministros estaban reunidos, al grito de ¡Abajo los ministros capituladores! y ¡Fuera el ministro de Defensa! Finalmente el 5 de abril, Prieto fue cesado por su antiguo colaborador y amigo, el doctor Negrín. Ese mismo día, se conformó el segundo Gobierno presidido por Negrín, ya sin Prieto (aunque intentó mantenerlo como figura de cara a la propaganda pero sin poder real, a lo que este rehusó).

Aunque en el nuevo gobierno solo había un ministro oficialmente “comunista” (Vicente Uribe en la cartera de agricultura), su constitución supuso un nuevo avance para los estalinistas en su control del Gabinete y determinó el punto álgido de su dominio en el

aparato del Estado y el ejército. En la primavera de 1938 los estalinistas controlaban el 70% de las posiciones de mando del ejército y en el invierno de 1938-1939, de las 17 unidades de la zona centro-sur, 13 estaban bajo control político o militar del PCE. (134) Esto y la posición dominante de Negrín, suponían un sólido cerco que mantenía al gobierno en manos de los estalinistas.

Indalecio Prieto, fue víctima de su propia política. La alianza con el PCE para hacer retroceder la revolución, eliminar a Caballero y liquidar a la izquierda socialista del PSOE y la UGT, dio alas y allanó el terreno para que elementos de los aparatos de estas organizaciones fueran entrando bajo la influencia del Partido Comunista. El razonamiento por el que muchos “socialistas” pasaban a estar bajo la influencia “comunista”, era impecable; si se trataba de liquidar la revolución y fortalecer el aparato del Estado, que mejor que hacerlo bajo la bandera de quien aplicaba la política necesaria para ello con más decisión. Además, el PCE era el representante en España de la URSS, el único país que estaba ayudando a la República, lo que le proporcionó un importante prestigio ante un sector de las masas. Era evidente que, en caso de victoria, serían los “comunistas” los que tendrían una posición preponderante en el régimen que surgiría de ella. Si además se tenía en cuenta la actitud implacable que los estalinistas mostraron con todo aquel que se oponía a sus dictados, la elección era clara para estos pragmáticos individuos educados y acostumbrados a navegar por las no siempre limpias aguas de la política burguesa, repletas de maniobras entre bastidores. Aplicar la línea de los estalinistas, aceptar sus criterios y seguir sus dictados, podría permitirles la supervivencia política mientras durara el conflicto y los colocaría en una buena posición en esa “nueva España.” Si para ello era necesario sacrificar viejas lealtades, era un precio que estos burócratas reformistas estuvieron dispuestos a pagar.

La habilidad para la maniobra y la capacidad de adaptación de Prieto, no le sirvieron para evitar su caída política, su pérdida de influencia y la defección de antiguos colaboradores, que fueron absorbidos dentro de la órbita estalinista. Indalecio Prieto, quiso utilizar a los “comunistas” para sus propios fines, confiando en mantener su “independencia” basándose en sus supuestas dotes de estrategia, pero fue aplastado por el propio desarrollo de los acontecimientos y las fuerzas que él con tanto empeño ayudó a desatar.

La dirección del PSOE se pliega a Negrín

En la reunión de la Ejecutiva del PSOE en la que esta aceptó la salida de Prieto del Gobierno y en la que sus supuestos colaboradores tenían la mayoría absoluta, el viejo líder socialista sufrió una dolorosa humillación. Las palabras cínicas de González Peña, presidente del Partido, antiguo amigo y compañero, en esa reunión, fueron un duro golpe: “El hecho que usted salga del Ministerio de Defensa Nacional, es casi como una indignidad, pero ante las circunstancias políticas presentes, no hay más remedio que aceptar el sacrificio.” (135)

En la Ejecutiva del Partido Socialista que, dominada por los prietistas había sancionado la alianza con el PCE, cristalizó un nuevo sector, compuesto por la mayoría de los miembros de este organismo, en torno al presidente Negrín. Cuando en abril del 38, se enfrentaron Prieto y Negrín, el primero quedó en total minoría. La Ejecutiva había dejado de estar bajo la influencia de Prieto y había pasado a estar controlada por Negrín y sus seguidores, con lo que tanto el presidente del Gobierno como los estalinistas, apuntalaron el apoyo de la dirección socialista a la política del Gobierno, que era como decir a la política del PCE.

La reunión del Comité Nacional del PSOE de julio del 37, se celebró en plena batalla contra la izquierda caballerista. A pesar de que cada vez eran más las agrupaciones socialistas que hacían llegar a este organismo denuncias acusando a los estalinistas de provocar todo tipo de desmanes contra ellas, se aprobó por amplia mayoría seguir con los comités de enlace, haciendo un llamamiento a la lealtad mutua. El Comité Nacional Socialista se encontraba centrado en derrotar a la izquierda y, temerosos de contrariar a su aliado y dar así aliento al principal enemigo que estaban combatiendo, miraban hacia otro lado ante las agresiones constantes denunciadas por sectores cada vez más amplios del Partido Socialista.

Las buenas intenciones demandadas por el Comité Nacional en la resolución final sobre este tema (hechas para dar la sensación a la militancia socialista de que estaban haciendo algo, más que para intentar frenar realmente al PCE) no sirvieron para nada y el acoso a los socialistas que no aceptaban entrar al PCE o que se oponían a sus planteamientos, no hicieron más que incrementarse. La propia Ejecutiva era cada vez más rehén del estalinismo y su política. En las cuestiones que el PCE consideraban centrales, los “socialistas” siempre cedían, oponiendo en algunas ocasiones (las menos) una tímida resistencia. Sirva como ejemplo la “resistencia” presentada por la Ejecutiva socialista para participar en la ya mencionada manifestación del 16 de marzo en Barcelona: (...) (Una comisión del PCE insistía en que...) ‘La manifestación debería coincidir con la reunión del Consejo (de Ministros)’ A lo que el veterano prietista Manuel Cordero respondió: ‘Hablemos claro. En realidad lo que se pretende es coaccionar al presidente de la República’. ‘¡No! (respondieron los ‘comunistas’). Lo que se pretende es evitar que nos corten el cuello a medio millón de patriotas republicanos.’ Su argumento era irrefutable y la Ejecutiva socialista nombró a Vidarte representante del Partido en la manifestación. ‘Siempre estamos quejándonos de los comunistas (refunfuñó Cordero) y no hacemos más que bailar al son que nos toca el pandero.’...” (136)

A pesar de todo, la oposición a la política estalinista iba en aumento dentro de las organizaciones socialistas y la presión hacia la Ejecutiva Nacional crecía día a día. La actitud más desafiante provenía de los jóvenes socialistas que, apoyados por los núcleos caballeristas dentro del Partido y la UGT y abandonados a su suerte por la Ejecutiva Nacional, estaban dando la batalla dentro de la JSU contra el dominio estalinista. La lucha de los socialistas en la JSU, estaba conformando un frente de oposición formado por la izquierda socialista y muchos socialistas, que sin haberse identificado antes con Caballero, se unían ahora a ella para luchar contra los estalinistas y recuperar la identidad socialista de las Juventudes. A pesar de esta situación, la Ejecutiva dirigida por Lamonedá, se resistía a tomar partido por las agrupaciones socialistas frente al PCE, y seguía intentando maniobrar para que la dirección socialista siguiera apostando por la unidad y mantuviera su apoyo sin reservas a la política del Gobierno Negrín.

El Comité Nacional del PSOE, celebrado en Barcelona del 7 al 12 de agosto de 1938, volvió a ratificar en sus resoluciones la apuesta por la unidad con el PCE, aunque Lamonedá tuvo que emplearse a fondo para conseguirlo. Este Comité fue especialmente tumultuoso por el agrio enfrentamiento que protagonizaron Negrín, que asistió en calidad de invitado, y Prieto, a cuenta de la salida de este último del Ministerio de Defensa. El relato que de las exposiciones de ambos hace Julián Zugazagoitia, da muestra de ello: “El extracto que un camarada del Comité Nacional me facilitó y que yo copié, dice así: ‘Negrín ha dado cuenta de sus esfuerzos por retener a Prieto, esfuerzos que fundaba en razones sentimentales y de conveniencia y que compensaban, a su juicio, el pesimismo descorazonador de Prieto. (...) Yo soy un hombre que tiene fe (prosiguió Negrín), primera condición para gobernar. Creo en la victoria y estoy seguro de que la obtendremos. A Prieto le ocurría entonces, posiblemente le ocurre hoy, lo contrario.’”

“Prieto hizo el suyo, (sigue Zugazagoitia) en el afirmó que su destitución de la cartera de Defensa Nacional fue obra, no de la voluntad de Negrín, sino de los rusos. El ambiente de la reunión fue contrario a las tesis de Prieto, y este, (...) presentó su dimisión con carácter irrevocable (...). Lamonedá discurrió una fórmula más y, sin aceptar la dimisión de Prieto, se le autorizó para que no concurriera a las reuniones.”

(137)

Además de ratificar la continuidad de los comités de enlace y la política de Negrín, el Comité Nacional, aprobó la elección de una nueva Ejecutiva. Esta era la información que daba *La Vanguardia* el 12 de agosto al respecto: “Se aprobó que figurasen en ella, como vocales deliberantes, los afiliados que ostenten cargos de ministros, mientras lo ostenten. Eso incorpora a las tareas de la Ejecutiva además del compañero González Peña que ya figura en ella, a los camaradas Negrín, Álvarez del Vayo y Gómez Saiz. Ahora siguiendo los propósitos de posibilitar la compenetración de todas las grandes figuras del Partido, para que rindan también los servicios inestimables al socialismo español, se acordó, por unanimidad, hacer vocales natos de la Comisión Ejecutiva con voz y voto a los ex presidentes del Partido, con lo que resuelve la incorporación a las tareas directoras de los compañeros Julián Besteiro y Francisco Largo Caballero.” (138)

Respecto a la composición de la Ejecutiva, también se planteó cubrir las cuatro vacantes que había, con la incorporación del prietista Alejandro Otero como vicepresidente, y Antonio Huerta, leal a Negrín, el caballerista Ricardo Zabalza y el besteirista Lucio Martínez Gil como vocales. Estos nuevos miembros debían ser plebiscitados por las agrupaciones.

La intención de Lamonedada era transparente. Conformar una Ejecutiva en la que los puestos clave siguieran en manos de fieles suyos y de Negrín, pero en la que estuvieran los dirigentes de todos los sectores del Partido para transmitir una fachada de unidad. La operación fracasó estrepitosamente. Besteiro, Prieto (en la práctica dimitido) y Caballero rechazaron la propuesta. Por otro lado las elecciones celebradas en septiembre en las agrupaciones fueron un caos y sirvieron además para que las críticas a los acuerdos del Comité Nacional y a la política seguidista hacia los estalinistas, llevada a cabo por éste y la Ejecutiva Nacional, aumentaran de intensidad y encontraran un cauce orgánico de expresión. Los resultados de las elecciones fueron proclamados aunque con pocos efectos prácticos, como demuestra el hecho de que Ricardo Zabalza no se diera ni por enterado de su nuevo cargo ejecutivo.

Lamoneda expuso los acuerdos de este Comité públicamente el 16 de octubre en un mitin en el teatro Chueca en Madrid. Allí al hablar de las relaciones con el PCE no dejó de defender su política de acercamiento al mismo, afirmando que las resoluciones de Barcelona no eran distintas en sus trazos básicos, de las adoptadas en el CN celebrado en Valencia en 1937. Pero, inevitablemente, tuvo que hacer un gesto para con las bases socialistas, y denunció “la guerra intestina por la hegemonía y supeditó la marcha — necesariamente lenta— hacia la fusión orgánica, a la solución de los incidentes y el restablecimiento de la confianza mutua.” (139)

También en otoño del 38, Lamonedada creó el Secretariado Juvenil adjunto a la Ejecutiva del PSOE, así como varios secretariados juveniles provinciales. El objetivo de esta maniobra era establecer un organismo para controlar las juventudes en caso de que los disidentes de la JSU obtuvieran la victoria o se concretara la escisión. Pero las medidas de Lamonedada estaban condenadas al fracaso. Hacia el final del verano, principio del otoño de 1938, los acontecimientos se precipitaron y la perspectiva de que la República iba a perder la guerra se fue convirtiendo en certeza tanto en el frente como en la retaguardia.

El 30 de septiembre fueron firmados los Acuerdos de Munich que dejaban a Hitler campo libre en Checoslovaquia. La perspectiva del conflicto europeo que viniera en auxilio de la República, se esfumaba. En noviembre de ese año se retiraron las Brigadas Internacionales tras la derrota en la batalla del Ebro. El comportamiento heroico de estos combatientes internacionalistas fue tributado en una gran manifestación de masas en Barcelona. La decisión de su salida del territorio republicano había sido tomada por la dirección de la Comintern en coordinación con el gobierno de Negrín, como gesto de buena voluntad ante el comité de no intervención para forzar, supuestamente, un cambio en su actitud y que Francia y Gran Bretaña se decidieran por fin a intervenir para ayudar a la República.

Con una clase obrera totalmente desmoralizada por el definitivo retroceso de la revolución, la represión y la escasez, y las victorias de los ejércitos franquistas, el derrotismo se instaló en todos los sectores de la sociedad republicana. Este ambiente fue la base en la que se fraguó el retroceso de la influencia estalinista y su posterior y rápido derrumbe.

El predominio del PCE se había nutrido de varios factores. El prestigio de la URSS como primer Estado obrero y como el único país (junto con México) que había ayudado a la República, le había dado una aureola revolucionaria entre capas de los trabajadores.

Por otro lado, su decidida defensa de la propiedad privada frente a la política de incautaciones y colectivizaciones aplicada en los primeros meses por los comités obreros, le había valido el apoyo de los pequeños propietarios y gran parte de las capas medias en general. También la ayuda soviética, o la amenaza de perderla, como medida de presión para imponer sus criterios al gobierno republicano de turno, le favoreció mucho. Su actitud decidida en la conformación del Ejército republicano, atrajo a muchos jóvenes socialistas, y sin partido, a sus filas. Frente al resto de organizaciones del Frente Popular se distinguió como la que aplicaba de forma más decidida la política represiva necesaria para la consolidación del Estado burgués y para hacer retroceder la revolución. Todos estos factores le habían proporcionado poderosas palancas para consolidar posiciones en el aparato estatal, en el ejército y en general en todas las instancias que condicionaban la vida en la zona republicana.

A través de estos puntos de apoyo avanzaron sus posiciones, ganó adeptos y doblegó muchas voluntades. Los estalinistas tenían la capacidad, oficial o extraoficialmente, de conceder buenos destinos en el frente o en la retaguardia, buenos salarios (legales o ilegales), con los que podían recompensar a los que seguían sus dictados. Obviamente, también tenían la posibilidad de castigar con todo lo contrario a los que se resistían. Sobre la base de esta política en la que se combinaban la adulación, los favoritismos y el soborno, con el chantaje, la amenaza, la violencia y la coacción, todos los arribistas del ejército y el aparato estatal, entre los que se encontraban, como ya hemos visto, multitud de dirigentes y responsables de otras organizaciones obreras, pasaron a formar parte y a fortalecer la red de influencia estalinista.

Este entramado estaba cimentado y podía mantenerse, en última instancia, mientras sectores decisivos de estos elementos siguieran considerando la victoria como una posibilidad real, lo que les permitía sobrellevar cómodamente la guerra y sobretodo les garantizaba una posición privilegiada cuando esta acabara. En septiembre de 1938 la perspectiva de la posible victoria se derrumbó y con ella empezaron las deserciones y la decadencia de la influencia estalinista. Las capas medias y los militares profesionales empezaron a abandonar el PCE. Para ellos la prioridad empezó a ser la necesidad de poner fin a la guerra y para ello los “comunistas” y su política de resistencia a toda costa, eran considerados el principal obstáculo. No es solo la deserción de estos elementos lo que se empieza a producir. Nos encontramos con que, de manera cada vez más amplia, los que hasta ayer defendían al PCE y su política, pasaron a tener una actitud profundamente hostil hacia el Partido Comunista.

En ese contexto de retroceso, los estalinistas, para mantener su posición se veían obligados a recurrir cada vez con más frecuencia y menor disimulo a medidas de coacción, siendo numerosos los testimonios que denunciaban esta situación. “Millares y millares de camaradas —decía un informe emitido por el Comité Peninsular de la FAI en octubre de 1938— confiesan que sienten más temor a ser asesinados (en el frente) por los adversarios de al lado que a ser muertos en lucha con los enemigos de enfrente.” (140) Por su parte los socialistas también denunciaban amargamente el ambiente asfixiante y represivo existente en el frente: “Por negarse a aceptar la línea de la JSU, decía un informe de un grupo disidente de jóvenes socialistas, fechado el uno de junio de 1939, ‘se fusila a infinidad de jóvenes socialistas y se encarceló, degradó o negó la posibilidad de ser comisarios políticos a otro gran número de ellos’...”. (141)

De esta forma, a la Ejecutiva socialista dirigida por Lamonedada llegan cada vez más denuncias de abusos y arbitrariedades cometidas por los estalinistas contra los socialistas. La situación de Lamonedada era, llegados a este punto, muy comprometida. El argumento central de que había que mantener la calma y tener paciencia porque una ruptura abierta con el PCE podría tener efectos devastadores para el curso de la guerra y pondría a la República en peligro, con el que había intentado contener la rebelión interna en el PSOE, ya no tenía ningún efecto. La autoridad de la Ejecutiva Nacional se desmoronaba. A mediados de agosto la izquierda socialista pedía abiertamente la disolución de la JSU, con gran aceptación especialmente entre los jóvenes socialistas. Lamonedada, por su parte, se mantenía firme en la defensa de la unidad con el PCE y en el apoyo al Gobierno Negrín.

El 29 y 30 de septiembre del 38, se reunió el grupo parlamentario socialista para preparar la sesión de las cortes que estaba prevista para el 1 de octubre. La reunión fue muy tensa. En ella las denuncias a las prácticas de los estalinistas y el acoso al que sometían a los socialistas fueron especialmente intensas, como la hecha por el diputado caballerista Carlos Rubiera, en el sentido de que en el frente era peligroso admitir que se era socialista. Pero a pesar de la tormenta, los seguidores de Negrín y Lamonedada impusieron su mayoría y, con la abstención de los diputados caballeristas, acordaron seguir respaldando al Gobierno.

La República se derrumba

La presión hacia la Ejecutiva socialista, lejos de remitir se incrementó. Ricardo Zabalza, secretario general de la FNTT, que había recogido numerosas denuncias de militantes socialistas, a principios de noviembre envió una carta a Lamonedá en la que acusa sarcásticamente a toda la Ejecutiva de abandonar a la militancia a su suerte frente a los ataques del PCE: “En la carta afirmáis que el Partido se ocupa con todo interés de estos problemas, a pesar del tiempo que le ‘hacen perder las intrigas de tendencia.’ Nos complacemos muchísimo de esa actividad vuestra deseando que vaya en aumento y que tenga eficacia siquiera sea para bien de tantos compañeros socialistas y miembros de esta Federación que sin duda, por temores imaginarios, se quejan de estar abandonados y de tener sus vidas amenazadas por los excesos de cordialidad de un partido hermano.”

(142)

Pocos días después es trasladado a Almería el gobernador civil de Murcia, el socialista Sánchez Hernández al haber apoyado este a los disidentes en el conflicto interno en la Federación murciana de la JSU, al que ya hemos hecho referencia. Pero fue el “caso Piñuela”, lo que se convirtió en la gota que colmó el vaso desatando la rebelión generalizada contra la Ejecutiva Nacional del PSOE.

El 10 de noviembre es cesado el socialista caballerista Fernando Piñuela como Comisario Político de la zona centro-sur, y es sustituido por el comunista Jesús Hernández. La reacción es casi inmediata. Los comités de enlace se rompen en toda la zona centro-sur, y se produce la dimisión en masa de comisarios políticos socialistas en solidaridad con Piñuela. La Ejecutiva pidió tímidamente la restitución de Piñuela o por lo menos que fuera sustituido por un socialista, a lo que Negrín se negó rotundamente. La Ejecutiva Nacional no se enfrentó a Negrín por el caso Piñuela. Sus miembros eran rehenes de Negrín y de los estalinistas. Por otro lado en la medida que Piñuela era caballerista, no querían que este suceso diera más alas a la fracción de Caballero.

El 11 de enero una Ejecutiva dividida, votó en contra de pedir a Negrín la restitución de Piñuela y aprobaron, por el contrario, intentar convencer a los comisarios dimitidos para que se reincorporaran a sus puestos, lo que lejos de apaciguar los ánimos y reforzar a la Ejecutiva, confirmó su desapego total de la inmensa mayoría del Partido. En la UGT, el proceso fue en paralelo. El resentimiento contra los estalinistas hacía caer la autoridad de la Ejecutiva Nacional dirigida por González Peña, y los caballeristas afianzaban cada vez más sus posiciones en las Federaciones de Industria.

Tanto en el PSOE como en la UGT, como entre los jóvenes socialistas, los caballeristas fueron los que aglutinaron todo el sentimiento antiestalinista incubado en la base del movimiento socialista. Pero a estas alturas de la guerra, sobre todo tras la caída de Cataluña en febrero de 1939, en un ambiente de depresión entre las masas, con la derrota frente a los fascistas como la perspectiva más probable y llenos de resentimiento hacia el PCE por las afrentas soportadas, los socialistas de izquierda, y no digamos los prietistas y besteiristas, ya hacía meses que políticamente se habían derrumbado. Todos los sectores del socialismo estaban unidos por un único objetivo: rescatar las organizaciones socialistas de la influencia estalinista, eliminar a estos últimos de la escena política, desalojar a Negrín del Gobierno e iniciar negociaciones de paz. A

finales de 1938 la radicalización política de los socialistas había acabado en un colosal aborto.

En esta debacle política de los socialistas, las posiciones de un renacido Julián Besteiro fueron asumidas por todos los sectores del PSOE. Besteiro había declarado en numerosas ocasiones, incluso antes de la caída del Gobierno de Largo caballero, que para la República era imposible ganar la guerra y que era necesario negociar la paz. Este era el nivel al que se había caído en el movimiento socialista después de ocho años de revolución.

La Ejecutiva Nacional del PSOE se fue a Francia tras la caída de Cataluña. El Gobierno desde Valencia hizo una declaración que parecía dejar entrever la posibilidad de estar dispuesto a acabar la guerra de forma negociada: “A pesar de los contratiempos sufridos, el Gobierno, inspirándose en el sentir popular, está decidido a seguir defendiendo hasta el último extremo el principio de independencia nacional, libre determinación de España sobre sus destinos y unión de todos los españoles, para lo cual es indispensable asegurar que esta contienda no acabará bajo la dominación extranjera ni en un ambiente de odio feroz y de represalias, que haría ficticia y pasajera toda tentativa de paz.” (143) Pero nada podía frenar ya el derrumbe de Negrín, los estalinistas y la propia República.

La pérdida acelerada por parte del PCE del apoyo de las clases medias y de los militares profesionales, y la rebelión en la zona republicana dentro del PSOE, la UGT, la JSU contra su predominio, fue el caldo de cultivo para que, el 5 de marzo de 1939, el coronel Segismundo Casado dirigiera el golpe de Estado que supuso la caída definitiva de Negrín y de los estalinistas y abrió la puerta a la definitiva derrota republicana. Al Consejo de Defensa Nacional (así se denominó el órgano golpista que sustituyó al depuesto gabinete de Negrín), además de Casado y el general Miaja, este último en calidad de presidente, se incorporaron dos representantes del PSOE (Julián Besteiro y el caballerista Wenceslao Carrillo) y uno de la UGT (Antonio Pérez). También había dos miembros de la CNT, uno de la Izquierda Republicana y otro de la Unión Republicana.

El Golpe de Casado fue la culminación de un proceso de desmoronamiento que empezó a finales de 1938, alcanzando su cenit en marzo. La resistencia armada de los militantes comunistas (mientras los dirigentes de apresuraban a abandonar el país) fue inútil ante el aislamiento que sufrían y la animadversión generalizada que inspiraba el partido entre sus antiguos aliados. El Gobierno Negrín salió del país definitivamente el 6 de marzo y acto seguido los dirigentes del PCE.

Los jóvenes socialistas asaltaron las sedes de la JSU en Madrid, Valencia, Alicante, Murcia..., expulsando a las estalinizadas Ejecutivas provinciales. También se expulsó sin miramientos a los estalinistas de la dirección de cada una de las Federaciones de Industria de la UGT. El 24 de marzo se constituyó una nueva Ejecutiva Nacional del PSOE opuesta a Negrín y formada por besteiristas y caballeristas. Personajes como Andrés Saborit, Trifón Gómez y Julián Besteiro, derechistas del PSOE con nula influencia política prácticamente desde el verano de 1933, volvieron a adquirir protagonismo en la política “socialista” de esos momentos. Todos ellos permitieron a Casado tratar de negociar una paz sin represalias con Franco. Pero esta actitud capituladora fue rechazada con desdén por el dictador, que ya preparaba una venganza cruel.

La derrota y el exilio mantuvieron escindido al PSOE. Prisionero Largo Caballero de la Gestapo en la Francia ocupada y Julián Besteiro cautivo en las cárceles franquistas (en las que moriría en septiembre de 1940), el Partido se dividió en dos. Un ala en torno a Negrín, con el servicio de Evacuación de los Refugiados Españoles (SERE) en Francia y después en México con el círculo Jaime Vera, y la otra, mayoritaria, en torno a Prieto, primero en Francia con la Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles (JARE) y después en México con el círculo Pablo Iglesias.

En marzo de 1939 la Agrupación Socialista Madrileña había declarado la suspensión de militancia de Negrín y Álvarez del Vayo. En el congreso de Toulouse de mayo de 1946, con mayoría prietista, fueron ratificadas estas expulsiones y ampliadas a un total 36 militantes, entre los que se encontraban Ramón Lamonedá, Ramón González Peña, Juan Simeón Vidarte y Amaro del Rosal, todos acusados de “filocomunistas” y de ser caballos de Troya de la Rusia estalinista.

Empezaron los años de exilio para los socialistas que pudieron salir del país a tiempo y de cruel represión para los que no pudieron conseguirlo. El precio que pagó la clase obrera por la nefasta política llevada a cabo por los dirigentes de sus organizaciones, fue muy alto, dejando una huella que los 73 años transcurridos no han podido borrar.

Epílogo

El XXXVII Congreso Federal del PSOE, celebrado el 4, 5 y 6 de julio de 2008 en Madrid, volvió a readmitir a los expulsados en Toulouse en 1946. José Blanco, entonces secretario de Organización del Partido, dijo que la decisión no tenía que ver con los hechos que se vivieron en aquella España sino con la evidencia de que la reconciliación debía empezar en casa.

Negrín, del Vayo, Zugazagoitia, González Peña, Lamonedá, y otros muchos dirigentes socialistas que trabajaron hombro con hombro con los estalinistas hasta el final de la guerra, aplicando su línea hasta el último día de la República, volvieron a contar, a título póstumo, con el carné del PSOE. Pero esto no puede ocultar la imborrable responsabilidad histórica que adquirieron por la hecatombe sufrida por la República. Esta difícilmente puede ser eliminada por una resolución de un congreso.

Pero no son los únicos. Prieto y los que se mantuvieron fieles a él, también contribuyeron decisivamente al aplastamiento de la clase obrera y la revolución. Expulsaron a los “negrinistas” para intentar desviar la atención sobre su colaboración con la contrarrevolución, pero esto no puede ocultar la verdad. Tampoco Largo Caballero, Luis Araquistáin y el resto de dirigentes del ala izquierda del movimiento socialista están libres de responsabilidad. En manos de la izquierda socialista estuvieron todos los resortes para llevar a la victoria la causa de la emancipación de los trabajadores y dilapidaron la enorme fuerza de la clase obrera.

Cada uno de los sectores del socialismo español, como hemos visto, siendo más o menos conscientes del papel que estaban jugando, hicieron su contribución a la derrota de la revolución que comenzó en abril de 1931.

Las lecciones de la guerra civil y la revolución española deben ser tenidas en cuenta en el momento presente. Hoy es más necesario que nunca rescatar las verdaderas tradiciones del socialismo en el Estado español, el ejemplo de lucha, abnegación y sacrificio de miles de militantes del Partido, del Sindicato y de las Juventudes. La lucha de clases fue lo que provocó la tormenta en la familia socialista. La dictadura franquista fue una gran tragedia para el proletariado y sus organizaciones, pero no acabó con la lucha de clases, ni borró la memoria ni las tradiciones revolucionarias de la clase obrera. Ante el resurgir de la lucha de masas en los años setenta del siglo pasado, el movimiento socialista volvió a reflejar en su seno estas convulsiones. Volvieron a contarse por decenas de miles los jóvenes y trabajadores que acudieron a sus filas, a las Casas del Pueblo, a los locales sindicales, al PSOE, a las JJSS, para participar en la lucha por la transformación socialista de la sociedad.

Nada podrá evitar que esa rica tradición revolucionaria de la clase obrera del Estado español llame nuevamente a la puerta del movimiento socialista, y perturbe la tranquila y apacible vida de muchos funcionarios de la política. Nada podrá impedir que los trabajadores intenten recuperar, una vez más, las organizaciones socialistas para la causa por las que nacieron: la emancipación de los oprimidos y la superación del capitalismo.

El esfuerzo realizado en este libro no tiene un propósito académico. Consideramos que es necesario extraer todas las lecciones de la experiencia de la revolución española, además de las luchas de la clase obrera y los oprimidos de todo el mundo, de cara a los retos que los trabajadores y la juventud afrontaremos en el futuro.

El socialismo científico explica que la revolución es un proceso objetivo. Las organizaciones, los partidos, los dirigentes obreros pueden acelerar el proceso hacia la transformación social y hacerlo menos traumático si aplican una política acorde con las necesidades del momento, o jugar un papel totalmente pernicioso y convertirse en un inmenso obstáculo, si no están a la altura de las circunstancias. Pero los dirigentes no crean, en última instancia, las circunstancias revolucionarias. Estas vienen determinadas por la podredumbre del sistema capitalista, por la incapacidad de la vieja organización social de garantizar unas condiciones de vida dignas a la mayoría de la población.

En la década de los años treinta del siglo pasado el mundo capitalista sufrió la crisis económica más importante vivida hasta esa fecha. Y aunque sus efectos destructivos fueron más severos en aquellos países, como el estado español, menos desarrollados, todos, avanzados y atrasados, sufrieron las demoledoras consecuencias de un sistema que se revelaba agotado y caduco.

El paro masivo, los ataques a los salarios, el aumento de la jornada laboral, el recorte sistemático de los derechos democráticos, etc., hundieron en la miseria a cientos de millones de personas en Norteamérica y Europa, por no hablar de los países coloniales o ex coloniales de Asia, África o Sudamérica. Pero también despertó la conciencia política de esos millones de hombres y mujeres, azuzándolos y poniéndolos en movimiento en el camino hacia la lucha por un mundo mejor.

La lucha por el socialismo, la búsqueda del mejor instrumento para que fuera victoriosa, pasó a formar parte de las prioridades fundamentales de las masas y solo la ausencia de esa herramienta, del partido revolucionario, impidió que este objetivo se cumpliera. Solo así se podría haber evitado a la clase obrera y a la humanidad en su conjunto los horrores del fascismo, la guerra civil o la segunda guerra mundial.

Ochenta años después de ese agitado período, y tras décadas de aparente estabilidad y derechos sociales por lo menos en los países capitalistas más avanzados, el capitalismo vuelve a mostrar su auténtica cara. Los límites de la sociedad burguesa se nos presentan en toda su dimensión, poniendo al mundo entero al borde del precipicio. Las ideas recogidas en *El Manifiesto Comunista* escrito por Marx y Engels, adquieren, en la actualidad, mas vigencia si cabe: “La sociedad se encuentra súbitamente retrotraída a un estado de repentina barbarie: diríase que el hambre, que una guerra devastadora mundial, la han privado de todos sus medios de subsistencia; la industria y el comercio parecen aniquilados. Y todo eso ¿Por qué? Porque la sociedad posee demasiada civilización, demasiados medios de vida, demasiada industria, demasiado comercio (...) Las relaciones burguesas resultan demasiado estrechas para contener las riquezas creadas en su seno. ¿Cómo vence la crisis la burguesía? De una parte, por la destrucción obligada de una masa de fuerzas productivas; de otra, por la conquista de nuevos mercados y la explotación más intensa de los antiguos. ¿De qué modo lo hace, pues? Preparando crisis más extensas y más violentas y disminuyendo los medios para prevenirlas.” (144)

El capitalismo en su estadio actual de desarrollo está recorrido por contradicciones irresolubles. Su incapacidad para garantizar unas condiciones de vida y un futuro dignos a la mayoría de la población, es cada vez más evidente para los trabajadores en todo el mundo. Las condiciones para un período revolucionario, en los principales países capitalistas, una vez más, al igual que en la década de los treinta del siglo XX, están gestándose. Las mismas fuerzas que se desataron en aquel período están acumulándose y pugnan por salir a la superficie.

De las victorias, la clase obrera puede aprender muchas cosas, pero también de las derrotas. La revolución española es una gran fuente de inspiración, y debemos extraer todas sus enseñanzas para que esta vez si consigamos culminar lo que nuestros abuelos intentaron con tanto ahínco: acabar con el capitalismo y sobre la base de una sociedad socialista construir un mundo nuevo.

Notas

1. Julián Besteiro, mitin en el Cinema Europa. Julián Besteiro, *Obras completas* Vol. II, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1983, p. 599.
2. Discurso leído por Julián Besteiro en el acto de su recepción en la academia de ciencias morales y políticas el 28 de abril de 1935, publicado como libro con el título *Marxismo y antimarxismo*, Editorial ZYX, 1968, p. 22.
3. Conferencia dada por Indalecio Prieto en la sociedad El Sitio, en Bilbao, el 3 de mayo de 1930. Fuente: *Discursos. La historia a través de los discursos de sus líderes*, w.beersandpolitics.com.
4. Mitin de Largo Caballero. Cine Pardiñas, 23 de julio de 1933. Publicado en *El Socialista*, 25 de julio de 1933.
5. G. Munis, *Jalones de derrota, promesa de victoria*, Ed. ZYX, Madrid, 1977, p. 79.
6. Mitin de Largo Caballero. Cine Pardiñas, *op. cit.*
7. G. Munis, *op. cit.*, p. 115.
8. L. Fersen. “Crítica de la reforma agraria”, en revista *Comunismo* nº 27, agosto 1933. Recogido en *Comunismo, 1931-1934, la herencia del marxismo español*. Ed. Fontamara. Barcelona, 1978, p. 138.
9. José Luis Comellas, *Historia de España moderna y contemporánea*, Ediciones Rialp, Madrid, 2003 p. 414
10. UGT. Comisión Ejecutiva: Circular nº 5 septiembre 1932. En Manuel Redero San Román, *Estudios de historia de la UGT*, Ediciones Universidad de Salamanca. 1992. p. 46.
11. “Porcuna: Los patronos agrícolas Rafael Trujillos de los Ríos y Agapito Montes han sido encarcelados por emplear maquinaria agrícola que fue precintada por el alcalde. (Febus)”, en *El Socialista*, 1 de julio de 1932.
12. *Boletín de la UGT*, septiembre de 1932, nº 45, p. 6. Hemeroteca de la Fundación Pablo Iglesias.
13. Manuel Redero San Román, *op. cit.*, p. 45. Reunión comité nacional UGT. *Boletín de la UGT* nº 37, enero 1932, p. 18.
14. Manuel Redero San Román. *op. cit.*, p. 48. Memoria y orden del día del XVII Congreso Ordinario que se celebrará en Madrid los días 14 y siguientes de octubre de 1932, Gráfica socialista, Madrid, 1932, p. 61.
15. Miriam Municio, *Entre el Gobierno y la revolución. La fractura socialista*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid 2011, p. 21.

16. Hoja pública de la UGT de Arnedo declarando la huelga general:

“A LA OPINIÓN:

La Unión General de Trabajadores, que siempre ha defendido, defiende y defenderá al que trabaja, no consentirá que nadie coma y goce derrochando lo que el obrero (tan explotado en Arnedo por varios patronos sin conciencia) ha ganado con su sudor. Hoy nos encontramos en un conflicto con los caciques que despiden a los obreros que no dejan que se pisotee su conciencia libre y honrada; esos señores, con sus vergonzosos mañas y valiéndose de obreros pobres de espíritu, que, como perros asustados al palo de sus amos, dueños y señores, firman, sin saber lo que hace, contratos contra ellos mismos, o mejor dicho, dan al amo el puñal para que los maten, porque ellos no tienen valor ni para defenderse. De esta peste patronal se dan varios casos vergonzosos en los señores Muro, Arrecubieta y Ruiz de la Torre, los tres acostumbrados a hacer trabajar a los obreros diez y doce horas con jornales de hambre, y hoy, que se lo queremos impedir, nos forman mil barajas con testigos falsos y cambios de dueños en las industrias, para no admitir a los obreros que sólo piden trabajo. Pero nosotros, todos unidos como un solo, el día 5, impulsados por tanto abuso como se está cometiendo por los citados patronos, haremos cumplir la Justicia y siendo todos firmes, acabaremos con la explotación del hombre por el hombre. ¡TRABAJADORES DE ARNEDO! Uníos a nosotros para pedir el pan nuestro y el de nuestros hijos, que esos patronos sin entrañas quieren arrebatarlos. Arnedo 1932 La directiva.”

Citado en Carlos Gil Andrés, *La República en La Plaza: Los Sucesos de Arnedo de 1932*, Instituto de Estudios Riojanos, 2002.

17. Mitin de Largo Caballero. Cine Pardiñas, *op. cit.*

18. Crónica aparecida en *El Socialista*, 13 de agosto de 1933, de la conferencia dada por Largo Caballero en la escuela de verano de organizada por las JJSS, 12 de agosto de 1933. Hemeroteca de la Fundación Pablo Iglesias.

19. León Trotsky, “¿Qué es el centrismo?”, en *La Verité*, 27 de junio de 1930.

20. León Trotsky, *op. cit.*

21. G. Munis, *op. cit.*, p. 131.

22. Luis Araquistain, revista *Leviatán*, nº 1, mayo 1934.

23. Serrano Poncela. “El proceso interno de las juventudes”, en *Renovación*, nº 109, 16 de septiembre 1933.

24. Entrevista a Largo Caballero, *Renovación*, nº 110, 23 de septiembre de 1933.

25. *Renovación* nº 125, Editorial, “Los cepos de la burguesía”, 13 de enero de 1934.

26. *Renovación* nº 110, Editorial, 23 de septiembre de 1933.

27. *Renovación* nº 126, José Laín, 20 de enero de 1934.

28. *Renovación* nº 132, 3 de marzo de 1934.

29. *El Socialista*, 17 de marzo de 1934, artículo firmado por “Un militante”.
30. *Renovación* nº 137, “Por la depuración del Partido”, 7 de julio de 1934.
31. *Renovación*, nº 145 “Por la depuración revolucionaria del partido”, 1 de septiembre de 1934.
32. *Renovación* nº 111, “¿Hacia la IV Internacional?”, Editorial, 30 de septiembre de 1933.
33. *Renovación* nº 134, “No con mi voto”, Rafael Castro, 18 de abril de 1934.
34. *Renovación* nº 147, 14 de septiembre de 1934.
35. *Renovación* nº 149, 29 de septiembre de 1934.
36. G. Munis, *op. cit.*, p. 214.
37. *Octubre: segunda etapa*. Federación Nacional de Juventudes Socialistas, octubre 1934. Publicado en *Marxismo Hoy* nº 13, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2005.
38. Andrés Saborit, *Julián Besteiro*, editado por el autor, México, 1961
39. Traducido de la versión francesa de *La Verité*, nº 231, 10 de febrero de 1935.
40. Gran Enciclopedia Aragonesa.
www.encyclopedia-aragonesa.com/voz.asp?voz_id=7525
41. G. Munis, *op. cit.*, p. 214.
42. *Comunismo* nº 31, enero de 1934. “Del verbalismo socialista a la acción” ICE. Recogido en *Comunismo, 1931-1934, la herencia del marxismo español.*, p.376.
43. *Comunismo* nº 32, febrero de 1934. “La actitud del Partido Socialista y la situación política”, *Ibid.*, p 380.
44. *Renovación* nº 145, “Por la depuración revolucionaria del Partido”, 1 de septiembre de 1934.
45. Polémica Maurín-Carrillo en *La Batalla*, octubre 1935, en Ramón Molina, *Polémica Maurín-Carrillo*, Siglo XXI, 1978, p. 33
46. *Renovación* nº 141, 4 de agosto de 1934.
47. Marta Bizcarrondo “De las Alianzas Obreras al Frente Popular”. En VVAA.: *Contribuciones a la historia del PCE*. Madrid, FIM Fundación de Investigaciones Marxistas, 2004, pp. 217-251.

48. *L'Internationale Communiste*, nº 20, noviembre de 1935, pp. 1.594-1.595.
49. Segundo Serrano Poncela, “Comentarios al VI Congreso de la IJC”, en Ricard Viñas, *La formación de las Juventudes Socialistas Unificadas (1934-1936)*, Ed. Siglo XXI, pp. 142, 143, 144.
50. Santiago Carrillo, “Hacia la unidad orgánica a marchas rápidas”, *Claridad* 7 de diciembre de 1935, citado por Ricard Viñas, *op. cit.*, p. 140.
51. Santiago Carrillo, *Mundo Obrero*, número extraordinario, 1º de Mayo de 1936, citado por Ricard Viñas, *op. cit.*, p. 60.
52. G. Munis, *op. cit.*, p. 211.
53. Reseña del discurso de Besteiro en la clausura del congreso ferroviario de la UGT, *El Socialista*, 27 de julio de 1933. Julián Besteiro, *Obras completas*, Vol. III, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1983. p. 603.
54. “Nuevo programa reformista de Besteiro”, *op. cit.*, p. 605.
55. *Ibid.*, p. 606.
56. Esta propuesta alternativa de Besteiro la reproducimos en el apéndice documental de este libro.
57. G. Munis, *op. cit.*, p.140.
58. *Ibid.*, p. 134 y 135.
59. Para un análisis más a fondo de la huelga general de Octubre del 34, consultar *Marxismo Hoy* nº 13, “La Comuna asturiana de 1934. La insurrección proletaria y la República”.
60. Discurso de Indalecio Prieto en la escuela socialista de verano de Torreldones, publicado en *El Liberal* (Bilbao) el 9 de agosto de 1933.
61. *Renovación* nº 120, 2 de diciembre 1933.
62. Discurso de Indalecio Prieto en el cine Pardiñas, publicado en *El Socialista* el 6 de febrero de 1934.
63. Octavio Cabezas, *Indalecio Prieto, socialista y español*, Algaba ediciones, Madrid, 2005, p. 279.
64. “Posiciones socialistas: La amnistía, base de la coalición electoral”, *El Liberal*, 23 de mayo de 1935.
65. “Posiciones socialistas: El valor de la acción parlamentaria”, *El Liberal*, 24 de mayo de 1935.

66. “Posiciones socialistas: La planta exótica del caudillismo”, *El Liberal*, 26 de mayo de 1935.

67. Santos Juliá, *La izquierda del PSOE (1934-1936)*, Ed. Siglo XXI, Madrid 1977, p. 79-80.

68. *El Socialista*, 14 de enero de 1936, Citado por Burnett Bolloten, *La guerra civil en España, revolución y contrarrevolución*, Alianza Editorial, Madrid, p. 75

69. Recogido en el apéndice documental de este libro.

70. Santos Juliá, *op. cit.*, p. 105.

71. Santos Julia, *Ibid.*, p.306. Recoge los siguientes datos: Según *El Socialista* (1 de julio de 1936), candidatos a presidente: González Peña (centrista) 10.933, Largo Caballero (izquierda) 2.876. Candidatos a vicepresidente: Jiménez Asúa (centrista) 11.374, Álvarez de Vayo (izquierda) 1.966. Según *Claridad* (1, julio, 1936): Largo Caballero 21.965, Álvarez del Vayo 20.160, Enrique de Francisco 20.285, todos ellos de la izquierda.

72. Luis Araquistain, “Largo Caballero ante los jueces”, reproducido en *Leviatán* nº 20, enero de 1936.

73. Indalecio Prieto, discurso en Ejea de los Caballeros, publicado en *El Socialista*, el 19 de mayo de 1936.

74. Indalecio Prieto, *Ibid.*

75. Largo Caballero, discurso en la plaza de toros de Cádiz, 24 de mayo de 1936, publicado en *Claridad* el 25 de mayo de 1936 y en *El Socialista*, el 26 de mayo de 1936.

76. Largo Caballero, *Ibid.*

77. *Abc*, 2 de junio de 1936. Edición de la mañana página 21, ‘Los mítines marxistas del domingo’. “Écija, el señor Prieto y otros socialistas, agredidos a tiros y pedradas. Asistió al acto el ex ministro de Gobernación, don Amós Salvador. Varios heridos entre ellos un agente de policía. El señor Prieto dice en el Congreso que providencialmente la Guardia Civil salvó las vidas del taquígrafo Sr. Salazar y del Dr. Negrín. En Zaragoza se produjeron ruidosos incidentes en el mitin en que intervino el Sr. Largo Caballero el cual fue interrumpido con hostilidad.”

‘El mitin socialista de Écija La organización sevillana hizo el vacío al acto’. Sevilla, 1, 5 de la tarde.

“Desde que se pensó en la celebración del mitin socialista en la plaza de toros de Écija, verificado en el día de ayer, en dónde habían de hablar Indalecio Prieto, González Peña, Belarmino Tomás y otros, nótese que la organización socialista de Sevilla hacía el vacío a este acto hasta tal extremo, que la propaganda quedó reducida a dos notas aparecida en la prensa local, cuando en cualquier otro acto hubiera aparecido propaganda de carteles, notas de prensa, etc.

“De los elementos de la organización afectos a Largo Caballero reunidos en la plaza de toros de Écija había poca concurrencia y se notaba la llegada de elementos de las

Juventudes Socialistas de Sevilla dispuestos a interrumpir el acto. Parece ser que Indalecio Prieto, al darse cuenta de la situación, se mostró partidario de la suspensión del acto para producir mejor efecto moral con la suspensión que no con la espera de sucesos, que hubieran traído trágicas consecuencias, dada la actitud de los ánimos.

“Desde las primeras horas de la mañana habían ido llegando a Écija camiones, procedentes de varios puntos de Andalucía, pero en número mucho menor del que se esperaba. Los camiones llevaban banderas rojas y sus ocupantes iban uniformados.

“*El ex ministro de la Gobernación Sr. Salvador asiste al acto.* En Écija, entre otras personalidades, se hallaban el ex ministro de la Gobernación Sr. Salvador, algunos diputados, el presidente de la Diputación y el alcalde de Huelva, afecto a la tendencia de Prieto. De Sevilla salieron para Écija numerosos agentes de policía, pues se tenía impresión de que algo desagradable iba a ocurrir. A las tres y media llegó, procedente de Sevilla, hasta donde había hecho el viaje desde Madrid, en el expreso, el ex ministro D. Indalecio Prieto, acompañado de varios correligionarios y de los doctores Negrín y Fraile. También le acompañaba un grupo de jóvenes socialistas de la organización madrileña. Belarmino Tomás y González Peña se hallaban en Écija desde la mañana y habían estado visitando la finca que en explotación lleva colectivamente la Agrupación socialista de aquella población.

“*Al comenzar el mitin se vitorea al Sr. Largo Caballero.* Al comenzar el acto en la plaza de toros había unas 3000 personas. El precio de la entrada era de una peseta. A las cuatro y media llegaron a la plaza los oradores, quienes durante todo el trayecto fueron saludados, mejor dicho, hostilizados con gritos de ‘¡UHP!’, ‘¡Claridad!’ y ‘¡Viva Largo Caballero!’’. En la plaza de toros se veían grandes cartelones con expresiones alusivas a la alianza de obreros y campesinos, a la unidad sindical y a las milicias del pueblo.

“Nutridos grupos de mujeres, uniformadas —blusa azul y corbata roja—, ocupaban varios sectores.

“Antes de comenzar el acto hubo un desfile de jóvenes uniformados. A las cuatro y media dio comienzo el mitin. Hizo la presentación de los oradores el diputado Sr. Barrios, que explicó la significación del acto. Declaró que se trataba de honrar la memoria de los que supieron cumplir en Asturias con un deber defendiendo al proletariado.

“Seguidamente comenzó a hablar Belarmino Tomás, cuya presencia fue acogida de ‘¡UHP!, ¡Viva Largo Caballero!, ¡Claridad, Claridad, Claridad!’’.

“Es para mí —dice— verdaderamente doloroso el espectáculo que ofrecen los camaradas de Écija que a la entrada nos han recibido con gritos y actitudes provocadores. En esa actitud no debéis venir a un mitin organizado por el Partido Socialista.’

“El griterío es imponente, y las palabras del orador se perciben con gran dificultad. En un momento en que Belarmino consigue hacerse oír, añade: ‘Vosotros gritáis ¡Viva Largo Caballero! Yo grito también con vosotros que viva; pero no es tolerable que deis esos vivas provocándonos a nosotros. ¿Podéis —añade— discutir mi significación revolucionaria? Yo me he jugado la vida, con un fusil en la mano, durante quince días en Asturias. ¿Tenéis derecho a hacer esto conmigo y con González Peña? Nosotros podemos hablar tan alto como el que más, cuando se trata de revolución. El Partido Socialista no persigue a nadie porque piense de otro modo que sus dirigentes; lo que hacemos es por mandato de la organización en general. Yo traigo para vosotros un abrazo de los trabajadores asturianos, y será muy doloroso para ellos conocer la actitud en que os habéis colocado. Ni pagados por la burguesía lo haríais mejor.’

“*La multitud no permite que hablen los oradores.* Nuevos gritos estridentes, y vivas a Largo Caballero. Suenan algunos disparos, cundiendo la alarma por todos los sectores de la plaza. Ya se prevé que el acto no podrá terminar normalmente.

“Yo puedo hablar tan alto como el que más...” —grita Belarmino—; pero es imposible percibir sus palabras. En ese momento se oye a González Peña: ‘¡Como el que más...! ¡Como el que más...!’ Belarmino Tomás se dirige a un grupo que se distingue por su actitud retadora, y les desafía a que se acerquen para decirle lo que tengan que decir. “¡El UHP es nuestro —sigue diciendo el orador— y no tenéis derecho a continuar en esa actitud...!”

“Se produce un acto de sabotaje y se corta la corriente eléctrica, por lo que no puede funcionar el micrófono. Belarmino, en un gran esfuerzo y en medio de un gran escándalo, se hace oír: ‘Cumpliré la misión de daros cuenta de lo que fue el movimiento de octubre...’. Pero es imposible: las interrupciones arrecian, González Peña tampoco consigue hacerse oír.

“En unos tendidos, unas mujeres uniformadas se distinguen por sus protestas. Los ánimos están excitadísimos y ya se registran algunas colisiones aisladas. En las afueras de la plaza de toros y en el patio de caballos suenan algunas descargas cerradas. El pánico es enorme, pero cuando se calman un poco los ánimos, el presidente suspende el acto.

“*El Sr. Prieto y sus acompañantes salen precipitadamente empuñando pistolas. Cinco heridos.* El Sr. Prieto y sus acompañantes se disponen a ganar la salida. Entonces algunos espectadores se descolgaron sobre el callejón por donde debían de pasar los oradores y el momento es muy grave para estos, que tienen que defenderse empuñando pistolas. La policía y los guardias de Asalto luchan a brazo partido para proteger a Prieto, a Belarmino Tomás, a González Peña... que por fin consiguen ganar la puerta bajo una lluvia de botellazos y pedradas, protegidos por gran número de policías. Hubo muchas pedradas y botellazos, avanzando algunas personas hacia Indalecio Prieto con el propósito de golpearle.

“El espectáculo es tristemente doloroso e impresionante por su feroz protesta. Ha habido cinco heridos, entre ellos un agente, al defender a Indalecio Prieto.

“A la salida continuaron las pedreas contra los automóviles donde iban los oradores por la carretera, camino de Sevilla.

“*Agresión al secretario del señor Prieto. Otros heridos.* Sevilla 1, doce de la noche.

“El secretario del señor Prieto, D. Víctor Salazar Herrera, de veintiocho años, que vive en la calle de Cañizares, en Madrid, ganó con dificultad el último coche de la caravana y para defender su vida de las constantes agresiones de que era objeto hubo de hacer uso de su pistola. El coche partió velozmente, pero los grupos, muy excitados, exigieron a los motoristas que vigilaban la carretera, que detuvieran el automóvil donde iba el secretario de D. Indalecio Prieto, al que tachaban de fascista.

“Es de observar que el Sr. Salazar Herrera, con motivo de los sucesos de octubre, fue juzgado por un Consejo de guerra, que le condenó a seis años de prisión, cumpliendo (...) aquí se corta la página.”

Fuente: Hemeroteca *Abc*.

78. M. Dolores de la Calle Velasco y Manuel Redero San Román, *Movimientos sociales en la España del siglo XX*, Ed. Universal, Salamanca, 2008, p. 138.

79. Santos Juliá, *Historia Contemporánea*, 6, 1991, pp. 207-220. “¿Feudo de la UGT o capital confederal? La última huelga de la construcción en el Madrid de la República”, Universidad Nacional de Educación a Distancia. Madrid.

80. Helen Graham, *El PSOE en la guerra civil*, Ed. Debate, Barcelona, 2005, p. 72.
81. Santos Juliá, *op. cit.*, pp. 137-138.
82. G. Munis, *op. cit.*, pp. 286 y 292.
83. *Ibíd.*, p. 294.
84. *Ibíd.*, p. 298.
85. Burnett Bolloten *op. cit.*, p. 222
86. *Ibíd.*, p. 218.
87. G. Munis, *op. cit.*, p. 286.
88. *Ibíd.*, p. 330.
89. Helen Graham *op. cit.*, p. 60.
90. Luis Araquistain, “El comunismo y la guerra de España”, citado por Burnett Bolloten *op. cit.*, pp. 237-238
91. *Ibíd.*, p. 245.
92. Ricard Viñas *op. cit.*, p. 65.
93. Esta resistencia de los dirigentes de la CNT, provenía principalmente de la presión de la propia base militante cenetista que intuitivamente entendía el alcance contrarrevolucionario del objetivo de disolver las milicias y sustituirlas por un ejército regular de tipo burgués. Los dirigentes de la CNT habían sido partícipes de la política contrarrevolucionaria tanto en el Gobierno de Madrid, como en el de la Generalitat. (Nota del Autor)
94. Burnett Bolloten, *op. cit.* p, 547.
95. Largo Caballero, *Mis recuerdos*, Ed. Unidas, México DF, 1976, pp.198-199.
96. Burnett Bolloten *op. cit.*, p. 548.
97. *Ibíd.*, p. 549.
98. *Ibíd.*, pp. 671-672.
99. *Frente Rojo*, 4 de mayo del 37.
100. Largo Caballero, *op. cit.*, p. 204.
101. Burnett Bolloten *op. cit.*, pp. 706-707.

102. *Ibíd.*, p. 706.
103. Azaña, *Obras Completas*, IV, pp. 587-588. Citado por Burnett Bolloten, *op. cit.*, p. 707.
104. *Fragua Social*, 12 de junio de 1937. Citado por Bolloten, p. 761.
105. *Ibíd.*, p. 761.
106. G. Munis *op. cit.*, p. 470.
107. Comité Nacional del PSOE del 17 al 21 de julio de 1937, Estenograma de las sesiones, p. 83. Fundación Pablo Iglesias
108. Comité Nacional del PSOE, *Ibíd.*, pp. 114-115.
109. Helen Graham, *op. cit.*, p.149.
110. Comité Nacional del PSOE, *op. cit.*, p.126.
111. *Ibíd.*, pp.130-131.
112. *Ibíd.*, p.139.
113. *Ibíd.*, p.140.
114. J. Martínez Amutio, *Chantaje a un pueblo*, G. del Toro Editor, Madrid, 1974. p. 70.
115. Helen Graham. *op. cit.*, p.156.
116. *Ibíd.*, p.162.
117. Carlos Hernández Zancajo, *Tercera etapa de octubre*, Ediciones Meabe, Valencia 1937, pp. 12-19.
118. Helen Graham. *op. cit.*, p.283.
119. *La correspondencia de Valencia*, 22 de septiembre de 1937, citado por Burnett Bolloten *op. cit.*, p. 840.
120. *Obras Completas* de Azaña, citado por Bolloten, p. 844.
121. Artículo en *CNT*, 26 de mayo de 1937, citado por Bolloten, p. 396.
122. “¿Son pequeños propietarios los que conspiran contra los trabajadores y los caciques del pueblo; son pequeños propietarios los que tienen veinte o veinticinco obreros y los que tienen tres o cuatro pares de yuntas? Yo he de preguntar a dónde llega la política agraria del ministro de agricultura, hasta dónde llega el calificativo de

pequeño propietario.” Discurso *Juventud Libre*, 24 de julio de 1937. Citado por Bollothen, p. 398.

123. Entrevista concedida a *Adelante*, reproducida en *Solidaridad Obrera* el 28 de mayo de 1937, citado por Bollothen, p. 401

124. Helen Graham. *op. cit.*, p. 254.

125. *Ibid.*, p. 255.

126. *Ibid.*, p. 258.

127. Todas las citas extraídas de “Discurso pronunciado por Francisco Largo Caballero en el cine Pardiñas de Madrid el 17 de octubre de 1937”. Texto del folleto: *La UGT y la Guerra*. Editorial Meabe, Valencia 1937. Archivo General de la Guerra Civil, Salamanca.

128. Burnett Bollothen, *op. cit.*, p. 849.

129. Juan Simeón Vidarte, “Todos fuimos culpables”, citado por Helen Graham, *op. cit.*, p. 169.

130. Helen Graham, ve así este cambio de actitud de Prieto hacia los estalinistas: “Parece verosímil que su sorprendente y repentina propuesta de unificar el PSOE y el PCE a estas alturas, se debiera a que se percató de que la República dependía por completo de la ayuda soviética. Impulsivo como de costumbre, la decisión de Prieto fue instantánea. Si el precio de la victoria de la República implicaba la pérdida de la identidad socialista, que así fuera, ya que, con la derrota, se perdería absolutamente todo.” (p. 171) Desconocemos que es lo que ha llevado a su autora a atribuir al dirigente “centrista” del PSOE tan alto espíritu de sacrificio, cuando, incluso una lectura de los datos objetivos que ella misma aporta en este libro sobre la trayectoria y actividad política de Prieto, lo desmienten y confirman el carácter de maniobra de esta supuesta pretensión unificadora.

131. Diario oficial de Ministerio de Defensa, 28 de junio de 1937, citado por Bollothen *op. cit.*, p. 816.

132. “Yo fui ministro de Stalin”, Jesús Hernández Tomás, citado por Bollothen, pp. 862-863.

133. Felix Morrow, *Revolución y contrarrevolución en España*. Ed. Akal, Madrid, 1976, p. 5.

134. Miriam Municio, *op. cit.* pág. 82. Tomado de Bollothen, p. 890.

135. Juan Simeón Vidarte, “Todos fuimos culpables”, citado por Bollothen, pp. 862-873.

136. Juan Simeón Vidarte, *Todos fuimos culpables*, *Ibid.*, p. 870.

137. Juliá Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Ed. Crítica, Barcelona 1977, p. 413.

* Es llamativo y significativo del férreo control informativo que regía la vida periodística republicana, la dulzona e intrascendente reseña que de esa misma sesión apareció en *La Vanguardia* (periódico controlado por Negrín) el 9 de agosto. He aquí un resumen: Sobre la intervención de Negrín: “Toda la vida gubernamental española y todos los terribles problemas que nos plantea la guerra desfilaron por sus labios con sencillez elocuente (...). Más de dos horas duró la disertación. Los reunidos la siguieron con atención apasionada, y cuando a las dos y media, se dio por terminada la sesión (...) todos se levantaron con la impresión de que el Comité Nacional Socialista inauguraba unas tareas dignas, por su seriedad y por su importancia, de la historia del gran Partido que fundó Pablo Iglesias hace cincuenta años.” Y sobre la exposición de Prieto, esto es lo que en esencia dice la nota de prensa: “Este se limitó a informar, ofreciendo la información desnuda de todo comentario para que los vocales fueran haciendo los suyos. Su relato, prolijo en algunos pasajes y brillante siempre, se concretó (...) a los hechos que le son conocidos por intervención directa y que fueron produciéndose hasta el cinco de abril, fecha en la que se cierra su información porque en ella quedó cerrada su gestión ministerial.” Hemeroteca de *La Vanguardia*, www.lavanguardia.com.

138. *La Vanguardia*, 12 de agosto de 1938. Hemeroteca de *La Vanguardia*, www.lavanguardia.com.

139. Pere Gabriel, *Historia de la UGT: Un sindicalismo de guerra 1936-1939*, Vol. IV, Siglo XXI, p. 141.

140. Burnett Bolloten, *op. cit.*, p. 939.

141. Araquistain, *Papers*, Leg. 72/13. Tomado de Bolloten, *op. cit.*, p. 940.

142. Carta de Ricardo Zabalza a la CE del PSOE, 3 de noviembre de 1938, citado por Helen Graham. *op. cit.*, p. 290.

143. Pere Gabriel, *op. cit.*, p. 480.

144. Carlos Marx y Federico Engels, *El Manifiesto Comunista*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 1996, p. 45.

Bibliografía consultada:

Julián Besteiro, *Obras Completas*, editadas por el Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1983.

Indalecio Prieto, *Marxismo y antimarxismo*, Editorial ZYX, Madrid, 1968.

Helen Graham, *El PSOE en la guerra civil. Poder, crisis y derrota (1936-1939)*, Ed. Debate, Barcelona, 2005

Grandizo Munis, *Jalones de derrota, promesa de victoria*, Ed. ZYX, Madrid, 1977

Revista Comunismo, 1931-1934, La herencia del marxismo español. Ed. Fontamara, Barcelona, 1978

José Luis Comellas, *Historia de España moderna y contemporánea*, Ediciones Rialp, Madrid, 2003

Manuel Redero San Román, *Estudios de historia de la UGT*, Ediciones Universidad de Salamanca, 1992.

Miriam Municio, *Entre el Gobierno y la revolución. La fractura socialista*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid 2011.

Andrés Saborit, *Julián Besteiro*, editado por el autor, México, 1961.

Ramón Molina, *Polémica Maurín-Carrillo*, Distribuido por siglo XXI, 1978.

Ricard Viñas, *La formación de las Juventudes Socialistas Unificadas (1934-1936)*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1978.

Indalecio Prieto, *discursos fundamentales*, Editorial Turner, Madrid, 1975.

Octavio Cabezas, *Indalecio Prieto, socialista y español*, Algaba ediciones, Madrid, 2005.

Santos Juliá, *La izquierda del PSOE (1934-1936)*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1977.

Burnett Bolloten, *La guerra civil en España, revolución y contrarrevolución*, Alianza Editorial, Madrid, 1997.

Luis Araquistain, *Marxismo y socialismo en España*, Ed. Fontamara, Barcelona, 1980.

Francisco Largo Caballero, *Obras completas*, Instituto Monsa de Ediciones, Madrid, 2003.

Francisco Largo Caballero, *Mis recuerdos*, Ediciones Unidas, México DF, 1976.

Francisco Largo Caballero, *Discursos a los trabajadores*, Ed. Fontamara, Barcelona, 1979.

M. Dolores de la Calle Velasco y Manuel Redero San Román, *Movimientos sociales en la España del siglo XX*. Ediciones Universal, Salamanca, 2008.

Santos Juliá, *Historia Contemporánea*, 6, 1991 “¿Feudo de la UGT o capital confederal? La última huelga de la construcción en el Madrid de la República”, Universidad Nacional de Educación a Distancia. Madrid.

La UGT y la Guerra. Editorial Meabe, Valencia, 1937. Archivo General de la Guerra Civil, Salamanca.

Carlos Marx y Federico Engels, *El Manifiesto Comunista*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 1996.

Hemeroteca y fondo de archivos de la Fundación Pablo Iglesias: *El Socialista*, *Renovación*, *Boletín de la UGT*, *Actas del Comité Nacional del PSOE del 17 al 21 de julio de 1937*.

J. Martínez Amutio, *Chantaje a un pueblo*. G. del Toro Editor, Madrid 1974.

Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Ed. Crítica, Barcelona, 1977.

Juan Ignacio Ramos, *Revolución socialista y guerra civil (España 1931-1939). Las raíces históricas*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2010.

Epistolario Prieto-Negrín. Ed. Planeta, Barcelona, 1990.

Felix Morrow, *Revolución y contrarrevolución en España*, Ed. Akal, Madrid, 1976.

León Trotsky, *Escritos sobre España 1930-1940*, Ed. Fontanella, Barcelona, 1977.

Luis Araquistain, *Sobre la guerra y la emigración*, Espasa-Calpe, Madrid, 1983.

Julián Besteiro, *Marxismo y antimarxismo*, Ed. ZYX, Madrid, 1968.

Juan Francisco Fuentes, *Largo Caballero, el Lenin español*. Ed. Síntesis, Madrid, 2005.